

Benjamín Prado

Los dos reyes



Lectulandia

Recién publicada la novela de su anterior caso, *Todo lo carga el diablo*, Juan Urbano y su amada Isabel Escandón se van a pasar unos días a Ceuta. Allí quieren descansar, viajar a Nador para visitar la tumba del hermano de Caridad Santafé, la protagonista de esa novela anterior, y reunir algunos datos para la siguiente, que tendría como telón de fondo la Marcha Verde.

Pero, una vez más, el nuevo caso sale al encuentro de Urbano cuando un cliente misterioso le pide que busque a un hombre y un tesoro: el primero es el soldado al que se ordenó matar a Hassan II durante un célebre golpe de Estado del año 1971 y que cuando lo tuvo a su merced, encañonado, decidió perdonarle la vida; el segundo es la recompensa que le pudo dar el rey a cambio.

Dos niñeras españolas, ahora ancianas, pueden tener la clave de este secreto que lleva medio siglo esperando resolverse.

El sexto caso de Juan Urbano (las «páginas arrancadas de la historia», en palabras del autor) lleva al lector a un Marruecos enigmático, a Ceuta y Melilla o a Granada, en una trama apasionante de influencias, secretos, traiciones y fortunas escondidas.

Benjamín Prado

Los dos reyes

Juan Urbano: 06

ePub r1.0

Titivillus 09.10.2022

Título original: *Los dos reyes*
Benjamín Prado, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Gratitud y bibliografía

*dedicada a la memoria de
Almudena Grandes*

*... y entonces, cuando el viento de la noche
se adueñe de las ruinas,
buscará allí la música de los tiempos pasados,
le oirás murmurar de nuevo su canción.*

MARY SHELLEY

Capítulo uno

Aún era de noche en las dos ciudades, la que pronto iba a perder su nombre y la que al día siguiente correría de boca en boca por medio mundo. Si no fuera por los camiones llenos de soldados que avanzaban con una lentitud de cortejo fúnebre por las carreteras del noroeste del país, dejando atrás un horizonte de mezquitas, zocos y fortalezas, aquella habría parecido una madrugada como todas las demás. Y, de hecho, en esos momentos ni los que estaban a punto de morir ni quienes iban a matarlos podían sospechar que unas horas más tarde y a trescientos kilómetros de allí más de cien personas, entre ellas varios altos mandos del ejército y cuatro ministros del Gobierno, iban a ser asesinadas a tiros en el palacio de Sjirat.

Mientras la caravana que había partido de los cuarteles de la academia militar de Ahermumu llegaba a Rabat y se detenía en el bosque de la Mamora, cerca del jardín zoológico, en otras calles de la capital ya empezaban a verse circular algunos coches de lujo que salían desde los barrios exclusivos de Souissi y Embajadores hacia la residencia de verano del rey. Sus chóferes los conducían con delicadeza, en silencio y de uniforme, evitando cualquier maniobra que pudiese intranquilizar a sus jefes, porque en los asientos de atrás de aquellos vehículos iban sentados algunos de los hombres más poderosos y temidos de Marruecos. Los que al día siguiente aún estuviesen vivos podrían alardear en el futuro de haber sido invitados a una de las fiestas de cumpleaños más célebres de todos los tiempos.

A la vez que en Sjirat se empezaban a oír el zumbido dulzón de las conversaciones y el tintineo de los primeros brindis, en Mamora, bajo la sombra de sus famosos árboles, los oficiales a cargo de la columna armada la dividían en varios comandos operativos y engañaban de nuevo a algunos cadetes, que hasta ese instante creían que iban en traje de campaña y armados porque estaban de maniobras. Sus superiores les contaron que su auténtica misión era liberar a Hassan II y su Corte de una banda de secuestradores que los retenían por la fuerza. A otros se les dijo que el objetivo era derrocarlo y

forzar su exilio; y a un tercer grupo, previamente seleccionado y aleccionado, se le hizo saber que el verdadero plan era acabar de una vez por todas con el monarca y su régimen tirano, borrar del mapa a la élite insaciable que tenía a la nación en un puño y establecer un sistema democrático. «Ellos dejarán de tener grifos de oro y nosotros dejaremos de tener sed», se oyó proclamar a uno de los cabecillas de la insurrección. Es más que probable que entre quienes asintieran convencidos al oír aquellas palabras estuviese el joven que, en gran medida, va a protagonizar esta historia.

Los atacantes ya estaban frente a los edificios que formaban el complejo donde tenía lugar la recepción, situados junto a una hermosa playa de uso privado. El sol de julio llameaba con tal furia que parecía raro que el cielo fuese azul en lugar de rojo como la bandera de la nación. La música árabe hacía sentir la tentación de bailar a los asistentes, que ya paladeaban las delicias de *tajine*, *rfissa* o *méchoui* llevadas en equilibrio, de un lado a otro, por los camareros, o las fuentes colmadas de langostas y bogavantes; pero nadie llegaría a los cuernos de gacela y los *briwat* con miel: los postres se quedarían sin tocar en sus bandejas de plata o, algunos de ellos, en el suelo de la cocina, volcados en su huida por quienes intentaron usar esa vía de escape y por sus perseguidores. Esa imagen de canelas y azúcares derramados fue una buena metáfora de que allí no hubo lugar más que para la amargura.

Las tropas pusieron pie en tierra y echaron a andar hacia su objetivo. Hubo un instante de silencio cuando la multitud, que ya los miraba con intranquilidad y sin poder explicarse lo que estaba sucediendo, oyó el ruido metálico de los fusiles al cargarse e intuyó que equivalía al sonido que hacen, cuando los abre Iblís, el diablo, los cerrojos de las puertas del mal. Nadie los pudo proteger, entre otras cosas porque los guardaespaldas que se encargaban de la vigilancia del recinto no se habían tomado en serio el aviso de un consejero del trono que, al cruzarse a muy poca distancia de allí con el convoy militar, había tenido un mal presagio e intuyó, de algún modo, lo que se les venía encima. Los escoltas de palacio pensaron, despreocupadamente, que serían patrullas de algún regimiento destinado a blindar la zona, no a agredirlos, y por toda respuesta le dijeron que su majestad estaba comiendo y que no se le podía interrumpir bajo ninguna circunstancia. Además, qué podían temer, si allí estaba a cargo de la seguridad ni más ni menos que el todopoderoso general Madbuh, máximo responsable de las Fuerzas Armadas, cuya tarea era proteger aquel lugar y a su dueño, quien lo consideraba su mano derecha y un buen amigo. Nadie podía sospechar que, en realidad, era

el jefe de los sublevados: en todos los abrazos hay un ángulo muerto, y es por ahí por donde se acerca el traidor.

Los mil cuatrocientos hombres venidos de las montañas del Atlas entraron en el recinto a sangre y fuego. Su furia desconcertó a sus propios superiores, según admitirían después ante el tribunal en el que fueron juzgados. Es posible que muchos de aquellos guerreros adolescentes disparasen contra la desigualdad: la gran mayoría eran bereberes pobres, nacidos en zonas deprimidas por la escasez y el hambre, que debieron de sentir una rabia ciega al presenciar aquel espectáculo donde centelleaban la ostentación, el derroche y la abundancia. En cualquier caso, fueran cuales fuesen sus sentimientos, no les resultó difícil saciar su sed de justicia o de venganza, porque no encontraron más resistencia que la de unos cuantos miembros de la gendarmería real y los guardaespaldas que no habían querido creer que aquella amenaza contra la que les habían prevenido era cierta. En un abrir y cerrar de ojos, todos ellos fueron abatidos. Los rebeldes acribillaron también a decenas de civiles en apenas unos minutos; los que trataban de alejarse a nado, creyendo ver en el mar y en las barcas ancladas cerca de la costa su única salvación, fueron perseguidos con saña y ajusticiados en la orilla. Al resto se los obligó a tumbarse en el suelo, con las manos en la nuca, y a quienes fueron identificados como figuras relevantes de la política o del ejército también se los eliminó sin piedad. Se dice que el general Madbuh, supuesto líder del llamado Consejo de la Revolución, no sólo no instigó aquella masacre, sino que trató de evitarla, y que su segundo, el coronel Mohamed Ababu, que era, de hecho, el director de la escuela militar de Ahermumu y tenía un gran ascendente sobre sus guarniciones, lo mató por la espalda para que no detuviese el golpe. Él mismo caería poco después, en Rabat, y se cuenta que, ya malherido, le suplicó a su hermano que le diese el tiro de gracia: no quería que lo capturasen con vida.

En medio del caos, alguno de los asaltantes vio a Hassan II tratando de darse a la fuga e hizo sonar la voz de alarma. Le dieron caza y le dispararon casi a quemarropa; pero al ir a reconocerlo se descubrió que no era él, sino su médico personal, el doctor Fadel Benyaich, que se había disfrazado con la túnica real para confundir a los sediciosos mientras su señor permanecía oculto, a la espera de que llegasen sus fieles a salvarlo. Esta suerte de héroe había estudiado la carrera de Medicina en España y estaba casado con una mujer de Granada. En señal de gratitud, su hija sería criada en palacio junto con los del propio rey, se le dio una educación selecta que le permitiría, con los años, hacer la carrera diplomática y ser nombrada embajadora en España.

Al monarca lo encontraron escondido en unos servicios, en el ala sur del complejo, acompañado por su hombre de confianza y titular de la cartera de Defensa, el general Ufkir, y varios de sus ministros. El otro general y desde ese día supuesto enemigo, Mohamed Madbuh, se presentó ante él, le juró estar desolado por el giro que habían tomado los acontecimientos y le ofreció detener el aquelarre en que se había convertido lo que él planeó como una toma firme pero incruenta del poder. A cambio, Hassan II tenía que firmar su abdicación y partir al destierro. Al parecer lo hizo, pero lo cierto es que jamás se ha encontrado por ninguna parte ese documento. Cuando Madbuh, probablemente llevando consigo la renuncia de Hassan II al trono, se fue a parlamentar con su coronel, un pelotón de guardia se quedó vigilando la precaria guarida, transformada en calabozo. Mientras tanto, en el ala norte, otros soldados derribaban las puertas de las habitaciones en las que se encontraban refugiados el heredero de la corona, Mohamed VI, sus hermanas Lalla Mariem, Lalla Asma y Lalla Hasna y su hermano Muley Rachid. La mayor tenía nueve años y el pequeño, tres. Una de las niñeras españolas de los príncipes, la que ocupaba el puesto de gobernanta, les gritó en francés: «¿Qué hacéis aquí y a quién estáis buscando? ¡La familia aún no está lista! ¡La fiesta no ha comenzado todavía!». «Te equivocas, acaba de empezar», le respondieron, antes de apretar sus gatillos y lanzar una ráfaga de proyectiles contra el techo, a modo de advertencia. Luego, avanzaron hacia los niños.

En la planta baja, con el cuerpo derribado de Madbuh a sus pies, el coronel Ababu tomó el mando, dispuso «ejecutar sin perder un instante al dictador y sus descendientes», y encargó la misión a tres soldados elegidos entre los más fieros. Después salió hacia Rabat con la intención de proclamar la república, instaurar la ley marcial y el Estado de sitio hasta que el panorama se aclarase y, sobre todo, para hacer saber que el ejército del Pueblo había tomado el poder y que el déspota que los oprimía estaba muerto. Media hora más tarde, ya en la capital, repitió todo eso por la radio, sin saber hasta qué punto se equivocaba: el rey seguía vivo y, de hecho, ese día se forjó para la eternidad la leyenda de su *baraka*, su bendición divina, esa suerte de perfiles inhumanos que lo asistiría a menudo, especialmente en las situaciones más dramáticas, como aquella misma o la que dos años más tarde iba a padecer cuando su otro lugarteniente más cercano, el propio general Ufkir, pasando de leal a conjurado, intentase derribar el avión en el que viajaba de Francia a Marruecos, a su paso por Tetuán.

Eran las cinco en punto de la tarde en Sijrat cuando, en medio de un silencio sepulcral, tres de los noventa cadetes que habían quedado como

centinelas en el palacio hicieron salir a Hassan II de su madriguera y lo llevaron a un lugar apartado, para cumplir con la orden de fusilarlo. Dos de ellos se quedaron como petrificados, incapaces de llevar a cabo aquel crimen. El tercero sacó su arma y le apuntó a la cabeza. La mano le temblaba y sus ojos se llenaron de lágrimas. La historia oficial cuenta que el soberano lo miró serenamente y pronunció tres frases:

—¿Vas a derramar la sangre de tu rey? ¿Vas a matar al Comendador de los Creyentes? ¿Por qué no me besas la mano?

Y que aquel joven se arrodilló ante él.

Capítulo dos

Era uno de esos hombres que se mantienen en buena forma pasados los sesenta; no muy alto, pero robusto, destacaban en él a primera vista los ojos verde mar, en ocasiones turbadores; la boca tensada por un inalterable proyecto de ironía y, sobre todo, las manos nerviosas, lapidarias, expresivas a una velocidad que, en algunos momentos, más que reforzar lo que estaba diciendo daban la impresión de decirlo por anticipado, como si fuesen las palabras quienes las perseguían a ellas y no al revés. El pelo era blanco, pero aún suficiente, y su voz sonaba poderosa, con el toque metálico que suelen tener las personas acostumbradas a pronunciar discursos, pero suavizada por el acento cordial de aquella zona del país. Y, desde luego, casi nadie sabía más de las relaciones entre España y Marruecos que el profesor José Antonio Alarcón. Por suerte para nosotros, sólo una cosa estaba a la altura de sus conocimientos, y era su generosidad a la hora de compartirlos.

Estábamos con él en Ceuta, adonde habíamos llegado unas horas antes en helicóptero desde Málaga, para que yo presentase mi última novela en la biblioteca pública, y en ese momento disfrutábamos de una buena cena al aire libre con nuestro anfitrión, sentados en la terraza de un restaurante con vistas al Mediterráneo, mientras escuchábamos sin perder detalle sus historias sobre los yacimientos prehistóricos de Benzú, las Columnas de Hércules, los traficantes del estrecho de Gibraltar o las idas y venidas de algunos españoles, durante la dictadura franquista, a las antiguas playas nudistas de Arcila; y también sus explicaciones de por qué se llamaban así la sierra de la Mujer Muerta o los embalses de agua dulce del Infierno y del Renegado. Por la tarde nos llevó a ver la Casa de los Dragones, la Fortaleza del Monte Hacho y los baños árabes, y antes de que se hiciera de noche los dos estábamos completamente enamorados de aquella ciudad, sus mitos, su belleza y la forma en que su gente luchaba para armonizar sus contrastes.

A petición nuestra, y dado que también estábamos allí porque yo quería documentarme sobre los años de la Marcha Verde y el abandono del Sáhara

Occidental por parte de España, Alarcón nos contó, con todo lujo de detalles, los pormenores del intento de golpe de Estado contra Hassan II, en el palacio de Sijrat, en el verano de 1971.

—Aquel fue el primer intento golpista de los dos que se intentaron contra él —dijo, remarcando la cifra con los dedos índice y anular, lo mismo que si hiciese el signo de la victoria, mientras nos servía a los tres otra copa de vino. Era ya la segunda botella y, por lo tanto, nos estábamos volviendo sinceros.

—El otro fue el de los aviones del general Ufkir —intervino mi novia, Isabel Escandón, sorprendiéndome, como hace a menudo, con aquella muestra de sus conocimientos insospechados sobre una materia de la que yo no hubiera pensado que supiese una palabra. Es su forma de ser, nunca va a una reunión, sea del tipo que sea, sin antes haberse preparado a fondo el asunto del que eventualmente se vaya a tratar. Según dice, hacemos un buen equipo porque ella es profesional y yo profesoral; o lo que tal vez sea lo mismo: porque ella sabe cómo hacer las cosas y yo sé cómo venderlas.

—Exacto —respondió el profesor Alarcón—. Había sido ayudante de campo del padre de Hassan, el sultán Mohamed V, y después se convirtió en su propio hombre de confianza y fue durante décadas uno de sus colaboradores más estrechos: había dirigido con mano de hierro la Seguridad del Estado; se sospecha que organizó el secuestro y asesinato en París del disidente Ben Barka y fue ministro del Interior y de Defensa. Pero la ambición le cegó, su poder le hizo creerse invencible y empezó a fantasear con dirigir el país.

—Un clásico: el monstruo que ataca a quien lo ha creado.

—Otros dicen que no fue así, que no tenía alma de usurpador sino de libertador y que, simplemente, no pudo soportar durante más tiempo ser cómplice de las injusticias de la corona, ni quedarse de brazos cruzados mientras la aristocracia del país nadaba en la abundancia y la gente humilde no tenía dónde caerse muerta, por ejemplo, los habitantes de los montes del Atlas, de donde él procedía, casi todos ellos bereberes. A quienes lo defienden les gusta recordar que su apellido significa, literalmente, «empobrecido».

—Pero tú no crees en esa segunda versión.

—Hombre, qué quieres que te diga... No parece que defendiera mucho a los desfavorecidos cuando mandó reprimir en Casablanca a los manifestantes que pedían libertad, dejando la ciudad llena de muertos. O cuando persiguió uno por uno a los opositores políticos del Gobierno y a muchos de ellos los torturó y asesinó con sus propias manos. Eso sí, a modo de recompensa, Hassan II lo nombró, como os decía, ministro del Interior.

—Y, de repente, mordió la mano que le daba de comer.

—Lo intentó, pero pinchó en hueso. Puede que tuviera mala fortuna o que no preparase bien el magnicidio, quién sabe. El caso es que mandó seis cazas del ejército del Aire, salidos de la base de Kenitra, a derribar el avión en el que el rey volvía a Marruecos desde Francia, tras unos días de vacaciones en su castillo de Betz y, por cierto, después de hacer escala en Barcelona para entrevistarse con el ministro de Asuntos Exteriores español. Lo ametrallaron a izquierda y derecha y, según se dice, algunas de las balas pasaron a milímetros de él..., pero volvió a sobrevivir de milagro.

—La famosa *baraka*...

—Eso es: la suerte de los elegidos, la protección divina. Sin embargo, no digo que no hubiera algo de cierto en ello, está claro que ese hombre caía siempre de pie, como los gatos, pero yo hablaría, más bien, de las ventajas que da la astucia: se supone que, en medio del caos, con el fuselaje de la nave agujereado y mientras otros rezaban la *chaâda*, la oración de los difuntos, fue el propio Hassan quien ordenó a los pilotos desobedecer las indicaciones que les mandaban tomar tierra en la base de Kenitra y comunicar por la radio que estaba muerto. Nadie fue a comprobarlo y así, mientras los instigadores del alzamiento volvían a vender la piel del oso antes de cazarlo, su Boeing hizo un aterrizaje de emergencia, lo recogieron sus fieles a pie de pista en el aeropuerto de Rabat y allí sus perseguidores volvieron a ametrallar la sala en donde se había cobijado, pero sin alcanzarle. El resultado final, ya se sabe: sofocó en un visto y no visto aquella nueva intentona de derrocarlo.

—Y, a partir de entonces, su furia no tuvo límites, se los llevó por delante a todos —insistió Isabel.

—Bueno, se habló de ejecuciones sumarísimas, se dice que se hicieron en su presencia e incluso hay quien afirma que él mismo remató a Ufkir, al que había dejado malherido el por entonces jefe de Seguridad del Estado, Ahmed Dlimi... La versión oficial, sin embargo, fue que, al verse acorralado, el ministro se quitó la vida. Eso sí, de cuatro tiros y alguno de ellos por la espalda... Es lo que alguien llamó, irónicamente, «un suicidio de contorsionista».

—Y su familia desapareció durante veinte años, metieron a sus hijas Soukaïna y Malika, y a los demás miembros de su familia, en la prisión de Tazmamart, junto con el resto de los detenidos. Aquella cárcel era un infierno en mitad del desierto, sin luz ni apenas ventilación, y allí murieron más de la mitad de ellos. He leído los libros que escribieron las dos niñas.

—Sí, sí, Hassan II era vengativo, de eso no hay duda. Tras la primera tentativa de derrocamiento, la de 1971, hasta le cambió el nombre a la ciudad de la que habían salido los cadetes hacia el palacio de Sjjrat: dejó de llamarse Ahermumu para ser Ribat El Kheir. Pero también era dadivoso con quienes lo servían: al piloto del avión en el que volaba cuando lo atacaron lo puso al frente del ejército del Aire.

—¿Y no es todo demasiado literario? —dije—. Me refiero, por ejemplo, a lo del cadete que en vez de cumplir sus órdenes de matarlo se arrodilla ante él y le besa la mano; o también a las niñeras españolas que detienen con su sola presencia a quienes iban a sacrificar a Mohamed VI y sus hermanos.

El profesor Alarcón hizo el gesto característico de poner las palmas de las manos hacia arriba, encogerse de hombros y abrir exageradamente los ojos: quién lo puede saber, qué quieres que te diga, saca tus propias conclusiones. Después levantó su copa como si hiciese un brindis por la noche de Ceuta y se tomó su tiempo para paladear la bebida y meditar su contestación. No había prisa, uno no se cansaba de contemplar el reflejo de la luna, leche derramada en el agua, y el sonido pautado de las olas alisaba cualquier tentación de mostrarse impacientes por poner fin a la velada. Mi única urgencia, en todo caso, era llegar con Isabel a la esplendorosa habitación del parador nacional, donde nos habían alojado, y aprovechar las vistas al mar, el jardín de palmeras y la piscina para tener ojos sólo para ella.

—Pues no quiero adelantarme a los acontecimientos, pero a lo mejor resulta que tú estás aquí justo para responder a eso —continuó enigmáticamente nuestro anfitrión.

—Vaya, pensé que había venido a presentar mi última novela.

—Eso ya lo has hecho esta tarde.

—Y el segundo punto del día, si no me equivoco, era que me contaras cosas de aquel Marruecos de los años setenta, para mi novela sobre la Marcha Verde y el Sáhara. Ya sabes, los camiones llenos de gente en dirección a la frontera y Hassan II diciendo a su pueblo eso de «mañana pisarás unas arenas que te pertenecen y besarás una tierra que es tuya».

—Lo que necesites, eso dalo por hecho. Pero puede que haya algo más para ti.

—Soy todo oídos —dije, zalamero.

Alarcón volvió a sonreír como quien sabe algo que tú ignoras, dándoselas de misterioso, y a hacer una pausa dramática. Era un buen orador, había pisado muchas aulas y muchos escenarios y dominaba todos los trucos del oficio. Había entrado en contacto con él hacía algunos años, cuando me invitó

a dar una conferencia sobre uno de mis libros en aquella ciudad que él conocía como la palma de su mano y donde era toda una institución.

—A ver, señor don Juan Urbano —me dijo, con un tintineo de mordacidad en el tono que ya vaticinaba una dosis de sarcasmo—, ¿vosotros dos estáis a gusto en vuestro hotel? Imagino que sí y también que habrás notado, con la perspicacia que te caracteriza, que no es el mismo que te pusimos la otra vez que viniste a Ceuta, ni de la misma categoría, sino otro muy superior.

—Está muy bien, muchas gracias —dijo Isabel—. Las flores y la fruta son un bonito detalle.

—Y también está muy por encima de nuestras posibilidades. Pero tengo que reconocer que la cosa tiene trampa. En realidad, no somos nosotros, la biblioteca pública, quienes lo hemos sufragado, sino un mecenas.

—Quieres decir un patrocinador —dije, aceptando el reto de las burlas amables.

—No, lo cierto es que no es el caso, porque no ha pedido nada como contrapartida, no quiere anunciar nada y, de hecho, nos pidió que no le diéramos ninguna publicidad a su ayuda ni se mencionase siquiera su nombre.

—Vaya, un benefactor anónimo... Pues mira, sea quien sea te felicito calurosamente por haberlo encontrado, porque me parece a mí que en estos tiempos no está muy de moda el altruismo: la gente les prepara el desayuno a sus padres y les cobra un euro.

—Muy cortés por tu parte, pero tengo que decir que, de hecho, no es que lo hayamos encontrado: fue él quien vino a buscarnos, o más bien a ti. No sé si me explico.

—Como un libro cerrado y además escrito en japonés. Me temo que ha habido un malentendido: lo que te conté por teléfono que habla perfectamente Isabel es el chino.

—¿En serio?

—*Jiù xiàng dàhǎi lǐ mǎn shì yú yīyàng zhēnshí*. Tan cierto como que ese mar está lleno de peces —dijo ella, con una sonrisa capaz de derretir Islandia. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—Fascinante. Una lengua y una cultura fascinantes. En fin, volviendo a nuestro tema, lo que quería explicaros es que no se trata de que la persona en cuestión quiera financiar nuestras actividades culturales en general: lo que se ofreció a pagar fue tu estancia en concreto. Aunque, eso sí, aparte de hacerse cargo de vuestro viaje y alojamiento, nos ha donado una cantidad importante para comprar libros en español y en árabe, y ese dinero nos vendrá de

maravilla para renovar nuestros fondos y ampliarlos de cara al futuro. Y quién sabe si, una vez roto el hielo, esto no sea el principio de una larga y fructífera colaboración. Ya os he contado que sueño con abrir un centro cultural en la antigua estación del ferrocarril y un museo arqueológico en el Baluarte de Santa Ana.

—¿Quién es ese hombre del que hablas? ¿Y por qué tiene un interés semejante en mí? —dije, sin esconder ya que me sentía intrigado y con ganas de que el profesor dejase de jugar al gato y al ratón conmigo y fuese al grano.

—Es un admirador de tu trabajo. Y le gustaría conocerte. Además, según me dejó entrever, parece que quiere hacerte una propuesta de trabajo. He sido encargado de transmitirti una invitación suya para que le hagáis el honor de comer mañana con él en su casa del Rincón del Medik, aquí enfrente, a medio camino entre Ceuta y Tetuán, y muy cerca, por cierto, de donde tiene su residencia favorita de verano el rey Mohamed VI. Igual lo veis por ahí al volante de su Mercedes Benz plateado, tomando el sol en su velero o, directamente, en su moto acuática, haciendo esquí.

—¿Qué más sabes de él? No del rey, del otro. ¿Qué impresión te causó a ti?

—Ninguna, porque no lo he tratado personalmente, quien contactó con nosotros y nos ha hecho de interlocutora en todo momento es una de sus secretarias. Ella me encargó también que te comunicara que, en el caso de que aceptases reunirse con el señor Akram al-Husayni, su chófer personal se encargaría de venir a buscaros y traeros de regreso. No es necesario recordarte que en Marruecos las reglas de la cortesía son casi sagradas.

—Desconfío de las cosas sagradas, siempre acaban con alguien quemado en una hoguera.

—No te pongas melodramático, hombre. Y piensa en el bienestar de los amigos: en esto tú no tienes nada que perder y yo tengo mucho que ganar. Pero es tu decisión, naturalmente; si no te interesa, le avisamos y aquí paz y después gloria —acabó, dejando que sus palabras cayesen sobre mi conciencia igual que una lluvia de dardos en una diana.

Miré a Isabel, indeciso, y ella aprobó el plan con un gesto: ¿por qué no?

Así empezó todo. Y luego una cosa llevó a otra, como suele ocurrir, y no todas fueron buenas: tiras del hilo y al final aparece la araña.

Capítulo tres

Lo que esperábamos de aquel viaje eran otras cosas: visitar Tánger y dormir un par de noches en el hotel El Minzah; acercarnos a Tetuán y dar un paseo por su famosa medina de siete puertas; ir después a Melilla —ya veríamos cómo, si en avión, tren o por carretera—, para que pudiese enseñarle a Isabel mis lugares favoritos de la ciudad, por ejemplo, la ensenada de los Galápagos, la playa del Hipódromo, el Fuerte de Camellos y los edificios modernistas del ensanche de Reina Victoria y alrededores; y luego dar el salto a Nador, donde intentaríamos buscar junto al puente sobre el río Kert la tumba sin nombre del hermano de una amiga nuestra, la antigua esquiadora olímpica Caridad Santafé, que aún soñaba, a sus muchos años y en los pocos momentos de lucidez que tenía, con recuperar los restos mortales de aquel joven, caído durante la guerra colonial de Marruecos. Hay que añadir que mi novia es jefa de prensa y relaciones públicas del hijo de aquella mujer centenaria, que además es dueño de una multinacional farmacéutica y la persona que me había encargado la investigación que dio lugar a mi novela *Todo lo carga el diablo*, precisamente la que acababa de presentar en la biblioteca pública de Ceuta. Sabíamos que las posibilidades de encontrar la fosa, abierta y cerrada a toda prisa un siglo antes, eran mínimas y que, aun en el caso de conseguirlo, lograr después su exhumación y su traslado resultaría prácticamente imposible. Pero nuestra misión era de tipo sentimental, y en lo que se hace por puro romanticismo cuenta siempre más la intención que el resultado. O eso es lo que nos decimos para buscar consuelo a nuestras derrotas, porque, en el fondo, sabemos que lo de que los héroes sean los ganadores sólo ocurre en la literatura policiaca y en las películas del Oeste con final feliz: en la realidad no suele ganar el más justo, sino el que tiene o más armas o mejores abogados.

Aparte de hacer turismo y ejercer de buenos samaritanos, nos queríamos olvidar por unos días de nuestras ocupaciones y responsabilidades, porque en eso consisten unas vacaciones y porque, en realidad, todo el que hace planes

hace el mismo: ser otro. Aun así no puedo negar que fantaseaba con llegar al Sáhara, entrar en Argelia y conocer los campamentos de refugiados de la región de Tinduf y el entorno del Frente Polisario, con la intención de recoger datos e impresiones que me sirvieran para escribir mi libro, ambientado en los tiempos de la Marcha Verde y en la toma de esas tierras por parte de Hassan II. Lo único que me interesaba de los dos golpes de Estado fallidos contra él que nos había contado el profesor Alarcón era que se consideraban una de las razones de que el monarca viese en la conquista del desierto una oportunidad que ni pintada para lavar su imagen, vestirse de caudillo y ganar enteros frente a la opinión pública de su país y, sobre todo, ante sus propias Fuerzas Armadas, temeroso de que la fortuna le volviese la espalda y a la tercera fuese la vencida. No tenía interés, por el momento, en que me contaran ninguna otra historia, y menos todavía en aceptar cualquier tipo de encargo que me apartara de mi objetivo, al que pensaba dedicar todo el tiempo libre que me dejaran mis clases en el instituto. Aunque quizá me engañaba y tal vez eso ya había quedado atrás: no podía quitarme de la cabeza a las dos niñas españolas que protegieron como verdaderos escudos humanos a Mohamed VI. ¿Me vendría bien darles algún papel en mi libro? Me pregunté de qué forma verían ellas las cosas desde Rabat, si les causaría inquietud o cargo de conciencia estar al servicio del rey que había azuzado a trescientos cincuenta mil civiles para que cruzasen la aduana de Tah y acamparan en El Aaiún, ya al otro lado de la frontera; el mismo líder que movilizó las tropas que ocuparon la ciudad de Esmara y que, poco después, terminaría por quitarle el Sáhara Occidental a España igual que su padre, Mohamed V, le había arrebatado sigilosamente cabo Juby y Sidi Ifni, en 1957, aunque la dictadura se lo ocultase a la opinión pública.

Mientras la Marcha Verde convulsionaba el norte de África, el general que había exprimido con puño de hierro y durante cuatro décadas España se moría en Madrid, en el Hospital La Paz, y su delfín y sucesor, Juan Carlos I, se disponía a entregar aquel territorio conflictivo y lavarse las manos, perdiendo así todo lo invertido en construir hospitales, escuelas, minas o carreteras, que era mucho dinero, renunciando a los yacimientos de fosfato, petróleo y gas de la zona, o a los bancos de pesca que albergan sus mil doscientos kilómetros de litoral y, sobre todo, abandonando a su suerte a sus pobladores, que desde entonces viven sin identidad propia y en una tierra de nadie pero con dueño. Eso sí, toda desgracia tiene sus beneficiarios, y esa era una de las cosas que iba a descubrir a lo largo de esta aventura. Pero, de momento, me centraba en recrear la visión del conflicto que pudieron tener

las y los españoles que estaban en Marruecos durante aquellos días convulsos, y había pensado en buscar algunos casos entre los comerciantes que tenían allí sus negocios. Y en ese patrón encajaban las cuidadoras que le sacaron las castañas del fuego a Mohamed VI en 1971 y a las que imaginaba cuatro años después con el corazón dividido, en unos momentos de exaltación patriótica en las dos naciones.

Sin poder remediarlo, y por mucho que hubiese prometido olvidarme de todo durante una semana, le había echado un vistazo en la red a su escueta biografía y eran dos personajes muy atractivos. Se llamaban Juana Labajos González y Ascensión Díaz Folgueras, eran diplomadas en Puericultura y se habían ocupado del entonces príncipe Sidi Mohamed Ben Hassan y de sus hermanos desde su nacimiento. La primera ostentaba el cargo de gobernanta de la Casa Real y las dos eran respetadas y queridas de forma unánime por quienes frecuentaban los palacios de Rabat y Sijir.

Las crónicas de lo ocurrido durante la toma del segundo eran confusas, como los recuerdos de quienes sufrieron aquella experiencia traumática entre el tableteo de las metralletas y las explosiones de las granadas de mano. En lo que respecta a las ayas o institutrices, sin embargo, todas las fuentes coinciden en lo esencial: que se negaron en redondo a obedecer cuando fueron conminadas, a punta de pistola y bajo amenaza de muerte, a arrodillarse con las manos en la nuca, y que los alzados en armas se quedaron tan perplejos al oír a Juanita regañarlos como a los adolescentes que eran, primero en francés y luego en árabe, que no supieron reaccionar. Un testigo presencial contó que aquellos gritos alertaron al general Madbuh, cabeza visible de los conjurados, que la conocía de sobra y la apreciaba, igual que todo el mundo allí, y que, según otra de las versiones que se han dado de aquellos acontecimientos, la rescató de entre los prisioneros. Fue lo último que hizo, porque unos segundos más tarde, como ya sabemos, él mismo sería asesinado. También se dice que, en ese instante de descuido, el futuro Mohamed VI, que entonces tenía siete años, trató de escabullirse, con tan mal pie que cayó a una piscina, y que ella se zafó de quienes trataban de retenerla y saltó al agua sin pensárselo para evitar que el niño se ahogase. Su acción habría tenido doble mérito, teniendo en cuenta que, al parecer, casi no sabía nadar.

La gratitud de Hassan II fue infinita, le impuso a la heroína las dos máximas condecoraciones del reino de Marruecos, las de Oficial y Dama del Trono Alauita; y cuando en 1977 su empleada regresó a la capital de España para tratarse una grave enfermedad y fue operada en la Clínica Nuestra

Señora de Loreto, sus cinco hijos, con el heredero del trono a la cabeza, se presentaron en aquel hospital de Madrid para despedirse de su adorada «tía Juanita», como siempre la habían llamado. Las enfermeras presentes recuerdan que todos ellos pasaron horas llorando de manera inconsolable alrededor de su cama. Una corona de laurel con el nombre del príncipe acompañaría los restos mortales hasta su sepultura en el cementerio municipal de la Almudena. En cuanto a su otra cuidadora, Ascensión Díaz, vivió el resto de su existencia en Rabat, y él jamás dejó de verla ni de encargarse, a todos los niveles, de su bienestar. Entre ellos hablaban, por lo general, en el perfecto castellano que sus cuidadoras le habían enseñado.

Me gustó lo que encontré, era un buen material al que, a poco que anduviese listo, podría sacarle punta y que me serviría para convertir a las niñeras en dos buenas actrices secundarias de mi novela. Investigaría más a fondo al regresar a casa y puede que hasta llegase a ponerme en contacto con algunos de sus familiares, a los que se mencionaba en un par de textos que recogían declaraciones suyas. Me vi ante ellos, con la grabadora en la mano: ¿Eran puericultoras, ATS? ¿Estaban casadas o solteras? ¿Haberse formado en una institución ultracatólica como la facultad de Enfermería y Fisioterapia Salus Infirmorum, que dependía de la Universidad Pontificia de Salamanca, no fue un impedimento para desempeñar sus funciones en un país musulmán? Se me ocurrió, además, que el comportamiento dadivoso y cálido de Hassan II con ellas, a quienes premió con atenciones sin límite, explicaba un extremo de su carácter igual que el otro lo definía su crueldad con las hijas del general Mohamed Ufkir, cuyo tormento me había contado Isabel, que lo conocía tras leer sus autobiografías, *La prisionera* y *La vida ante mí*. Haber dado con Malika y Soukaïna, Juana y Ascensión, me animaba aún más a escribir el libro sobre la Marcha Verde y me quitaba las ganas de escuchar ningún otro canto de sirena.

—Tampoco es un gran trastorno perder una mañana con esa cita que nos propone el profesor Alarcón, ¿no crees? —dijo Isabel a mis espaldas, igual que si me hubiese leído los pensamientos desde la ducha. Llevaba un albornoz blanco con el logotipo del hotel bordado a la altura del corazón.

—Sin embargo, no me apetece. Quisiera estar solo contigo, a nuestro aire, y no pensar estos días en ninguna otra cosa —mentí, con la esperanza de que esta vez no me descubriese.

—Pero es que ha sido tan amable con nosotros que, si en algo puede beneficiarle que vayamos a esa comida, opino que lo deberíamos hacer. Y, si

ese tal Akram al-Husayni es realmente tan importante y tiene tan buenos contactos como nos dejó entrever tu amigo, incluso podría serte de ayuda.

Mi amor es así, cumplidora, diplomática... O sea, todo lo contrario de uno, que más bien tiende a no andarse por las ramas ni detenerse en protocolos. Sin embargo, juraría que esa es una de las razones de que nos complementemos. Bueno, eso y que sigo estando loco por ella. Lo que mata el amor no son las diferencias, sino la indiferencia.

—Me temo que, más bien, lo que pretende es que lo ayude o sirva yo a él —dije—. Me apuesto algo a que quiere encargarme una de mis biografías a la carta y, ahora mismo, ni quiero ni podría hacerla.

—Es lógico, tienes una empresa dedicada a eso. Tal vez desee que hagas la de alguno de sus antepasados. Te pagaría bien, si hace honor a su nombre: *akram* significa «generoso».

No me sorprendió que también supiera eso porque, en otra muestra de su curiosidad insaciable, llevaba meses dedicada a la antroponimia, la ciencia que estudia el significado de los nombres. Según esa rama de la onomástica los Juan somos «francos, decididos, voluntariosos, prudentes, más bien autoritarios y con tendencia al egocentrismo, desconfiados, a menudo elegantes, posesivos, de una conciencia profesional exacerbada y coléricos en caso de que se hiera nuestro amor propio»; también se nos identifica como «maniáticos del orden y enemigos de la comida insana, amantes de la estabilidad, rencorosos ante cualquier paso en falso de nuestra pareja» y, esto último me encantaba, «más realistas que verdaderamente sentimentales». Reconozco que esa caracterización tenía sus aciertos y sus errores, pero también que me retrataba en algunas cosas. Ni sueñen que les diga en cuáles.

—El problema —le respondí a Isabel— es que tengo cinco o seis ya comprometidas... Y además está mi trabajo de maestro en el instituto. Y mi proyecto de novela. Y lo más importante de todo: tú. Cuando te dije que quería pasar el resto de mi vida contigo, me refería a este fin de semana.

—¿Ah, sí, de verdad? —dijo ella, desanudando con una lentitud sádica el cinturón del albornoz y haciendo que cayese a sus pies con un movimiento de los hombros parecido al que habría hecho si fuese a desplegar unas alas—. ¿Estás seguro? ¿Quién dices que tiene a quién?

La pregunta se respondía sola. Así que ninguno de ustedes podría dudar ni por un instante que al día siguiente estaríamos al otro lado del estrecho de Gibraltar, compartiendo mesa y mantel con el millonario Akram al-Husayni.

Hay tres tipos de experiencias posibles: las que se buscan, las que se encuentran y las inevitables. Aquella podríamos haberla evitado. Podríamos

haber ido directamente a Tánger, a Melilla y a Nador; pero, por suerte o por desgracia, en lugar de eso fuimos a ver a ese hombre al Rincón del Medik. Y, como pueden imaginar, tuvimos que atenernos a las consecuencias.

Capítulo cuatro

Hay personas que irradian peligro, que dan la impresión de ocultar una amenaza en cada gesto y cada palabra. Son seres llenos de segundas intenciones y dobles fondos, en los que late una violencia subterránea, una vocación de dominio; gente que te pone en guardia sin necesidad de mover un dedo y no necesita levantar la voz para que sepas que al hablarles conviene medir tus palabras: contrariarlos podría desencadenar un conflicto, igual que una reacción química provoca una explosión. No necesitas saber de dónde vienen ni qué hicieron allí para sospechar que hay algo turbio en su pasado, un historial temible que invita a andarse con pies de plomo en su presencia. Cuando han hecho fortuna, quién sabe a qué precio, y tratan de darse aires de grandeza, su refinamiento resulta postizo y sus modales forzados les hacen parecer incómodos y fuera de lugar, les dan un aspecto de matón de discoteca vestido para una boda. Su calma tensa, su ira silenciosa te ponen inmediatamente en guardia y su modo de mirar hace bajar los ojos a la mayoría de quienes se ven bajo su escrutinio. No tuve duda ninguna de que Akram al-Husayni era un magnífico ejemplar de arribista, de esos que han escalado posiciones hasta ponerse a la sombra de los amos del poder y del dinero, a quienes, por regla general, les hacen el trabajo sucio a cambio de sentarse a su mesa. Unos ponen los puñales, otros los cubiertos y los dos salen ganando.

Tras aceptar a regañadientes su invitación, habíamos ido por carretera desde Ceuta al afamado Rincón del Medik, una ensenada presidida por los montes de Cabo Negro y Taifor que, de un tiempo a esta parte, se había convertido en uno de los centros neurálgicos del turismo en Marruecos, en buena medida gracias a la presencia habitual allí de Mohamed VI, cuyo magnetismo atraía a cortesanos, meritorios y buscavidas, aparte de fomentar la construcción de infraestructuras: donde está el rey se ponen alfombras rojas... y se barren debajo de ellas las penurias y las desigualdades. Desde el coche que fue a recogernos al hotel, y en compañía de un chófer al que se le

había comido la lengua el gato y un secretario o relaciones públicas en cuyo costado izquierdo me pareció ver asomar fugazmente una pistola, habíamos contemplado las dos mezquitas de la ciudad, la nueva y la antigua, una a la entrada y otra en el centro histórico, con sus ventanas y puertas azules y su minarete blanco lleno de cigüeñas. Pero, sobre todo, fuimos testigos del espectáculo de la prosperidad, hecho de vistosas avenidas flanqueadas por palmeras, urbanizaciones de postín y varias marisquerías de aspecto tentador. Puro boato, pero también, según nos había dicho el profesor Alarcón, una muestra de los planes de Rabat, encaminados a desarrollar las regiones colindantes a España para eclipsar la actividad de nuestras comunidades autónomas en África y conseguir, al menos, su soberanía conjunta, que era una de sus obsesiones.

—Por ahí van los tiros —nos contó—, esa es la idea que hay detrás de la construcción en Monte Arruit de una base de las Fuerzas Aéreas Reales, de un centro de inteligencia militar con radares de última generación y de un aeropuerto internacional. También de la puesta en marcha de un tranvía para conectarlo con el puerto de Beni Ensar, que será habilitado además como punto de amarre de transatlánticos de recreo, y de la edificación de la Ciudad Mohamed VI en Tánger, con capital aportado por China, Rusia, India y varios países de África. Su sueño es que los habitantes de Ceuta y Melilla prefieran ser marroquíes, igual que los de Gibraltar prefieren ser ingleses. Y a partir de ahí...

La casa de Akram al-Husayni estaba muy cerca de la del nuevo Comendador de los Creyentes, que según nos contó el profesor Alarcón había pertenecido en tiempos del Protectorado a unos españoles de Tánger, la familia Llodra, que, tras ganarse la vida transportando material de construcción en un carromato, regentar una panadería y abrir un café-bar, hizo fortuna en el ramo del transporte de viajeros con la empresa de autobuses La Valenciana, primero con dos simples camiones que iban a Larache, Tetuán e incluso hasta Melilla, y más adelante con una flota entera que abrió rutas hacia Casablanca, Marrakech o Rabat, y una línea en la España peninsular para cubrir el trayecto entre Algeciras y Sevilla. Los Llodra también habían sido promotores inmobiliarios y pusieron en pie, justo en aquella zona en la que estábamos, una selecta colonia de viviendas, bautizada como La Kabila, en la que el futuro sultán pasó gran parte de los veranos de su infancia. En cuanto se la oí contar, me interesó tanto esa historia que hasta compré en la red la autobiografía del hijo de los fundadores de aquellas empresas; de hecho, estaba deseando regresar al cuarto del parador nacional para comenzar

a leerla. Los Llodra y las niñeras Juanita y Ascensión, me repetí para darme ánimos, serían unos grandes personajes de reparto en mi novela. Se lo mencioné por encima y sin entrar en detalles a nuestro anfitrión, mientras tomábamos un té verde para abrir boca, por si sabía algo que me pudiera servir y, sobre todo, para dejarle claro que estaba volcado en ese proyecto y cortar de raíz cualquier intento de contratarme que se le hubiera pasado por la cabeza: no se moleste en llamar, la tienda está cerrada.

Akram al-Husayni nos había recibido ceremoniosamente en su yate, anclado en un embarcadero propio que se encontraba en la parte trasera de su vivienda y estaba atendido por una tripulación en la que no quedaba claro quiénes eran marinos, quiénes camareros y quiénes guardaespaldas, aunque probablemente todos ellos fuesen esto último y una de las otras dos cosas: nada más verlos di por hecho que unos sabían cocinar langostas, otros lanzar amarras a los noráis de los puertos y cualquiera de ellos partirte el brazo con un golpe de kárate.

Aquel ingenio flotante con helipuerto, piscina y un mirador de cristal desde el que ver el fondo de las aguas por las que se navega era un capricho de ricos que me llevó a atribuirle inmediatamente a su propietario todos los negocios sucios habidos y por haber, desde el comercio de armas y objetos de arte al narcotráfico; somos así, hemos visto demasiadas películas. O no, si tenemos en cuenta que en el mundo real existen naves de las mil y una noches con el timón hecho de diamantes, grifos de oro, un submarino en la bodega y misiles tierra-aire para defenderse de cualquier agresión; hay uno que hasta lleva a bordo un cuadro de Leonardo da Vinci que es la pintura más cara de la historia, vendida en una subasta por cuatrocientos cincuenta millones de dólares. Cuando decimos que la realidad supera a la ficción nos quedamos cortos: también supera a la ciencia ficción.

Íbamos a comer en alta mar, según indicaba la mesa que se había dispuesto para la ocasión en la cubierta de proa, vestida con un mantel blanco y engalanada con flores que imitaban los colores de las banderas de Marruecos y España. Me pareció un detalle retórico cuyo fin era darnos coba, por el motivo que fuese. Y, como suelo hacer en esas ocasiones, me puse a la defensiva, porque para mí todo halago es una maniobra de distracción. Mal empezábamos.

—Sí, sí, con mucho gusto le cuento lo que necesite acerca de la familia Llodra —dijo Akram al-Husayni, mientras nos alejábamos del muelle—. ¿Debo entender que piensa escribir sobre mi país?

Hice un gesto vago, puede que sí y puede que no. En general, no me gusta que intenten sonsacarme; pero es que, además, en lo que se refiere a mis libros nunca suelto prenda: soy muy supersticioso y creo que, si lo cuentas, lo estigmatizas.

—Estoy aún en una fase muy preliminar, reuniendo documentación, tomando notas... Es una tarea absorbente, no me deja tiempo ni espacio para pensar en ninguna otra cosa.

—Entiendo... Si me permite la pregunta, ¿tiene relación su búsqueda, quizá, con algún episodio de nuestro pasado común?

Al acabar la frase chasqué los dedos con energía, para urgir al servicio a llevarnos algunos entrantes, saltando al árabe desde el español, que hablaba con un acento francés muy aromático, y mientras llegaban los manjares nos sonrió beatíficamente. Había algo clerical en sus movimientos. ¿Por qué será que casi toda la gente que me contrata parece cortada por el mismo patrón?, me pregunté, recordando que ya había lidiado anteriormente con otras personas de su estilo, sujetos dominantes, con dinero y algún tipo de poder, peces gordos que, por uno u otro motivo, prefieren no acudir a los jueces, la policía o cualquier representante de la autoridad cuando necesitan encontrar algo, sino a un investigador como yo, un verso suelto al que imponer cláusulas de confidencialidad, límites en su tarea y un derecho a censura sobre su trabajo, no vaya a ser que se pase de la raya y termine sacando los pies del tiesto.

—Aún es pronto para dar nada por sentado —respondí, haciendo de la inconcreción una muralla.

—La familia Llodra, claro que sí. Me ha hablado con frecuencia de ella su majestad Mohamed VI, la última vez hace apenas unas semanas, durante una recepción a la que tuve el honor de asistir en el palacio real de Fez. Mantiene desde su infancia una cordial amistad con ellos, los respeta, porque son unos grandes emprendedores que hicieron fortuna a la vez que creaban riqueza. Son personas que demuestran lo estrechos que pueden llegar a ser los lazos que nos unen —dijo, haciendo con la mano derecha un gesto cuya intención me temí que fuera recalcar el simbolismo hortera de los adornos florales—. En los años de la ocupación levantaron el parador de Ketama en las montañas del Rif, cerca de lo que antes se llamaba Achaken y nuestro soberano Hassan II rebautizó como Isaguén. Los turistas iban allí en los autobuses de La Valenciana para ver la nieve y a cazar jabalíes o chacales.

—También fue donde llevó el coronel Yagüe a sus tropas en julio de 1936 y las preparó para la sublevación militar —dije, en voz alta pero casi más para

mí que para él.

—... Y donde los oficiales golpistas firmaron el Juramento del Llano Amarillo —apuntó Isabel. También se había preparado eso. Al-Husayni le dedicó una mirada condescendiente.

—Sí, sí, ese individuo tan detestable... ¿Cómo lo llamaban? Ah, ya lo recuerdo: «el carnicero de Badajoz»... Y dígame, Urbano, ¿la novela en la que trabaja es sobre él?

—Nada que ver.

—Lástima, haría bien de villano, porque fue un demonio. Al final les hizo en España a sus compatriotas lo que antes nos había hecho aquí a nosotros los marroquíes.

Me quise morder la lengua para no responder a lo que no supe si era una invitación o una provocación que, por otra parte, ni me iba ni me venía. No pensaba ser yo, ni en mil años, quien sacase la cara por aquel sádico militar y falangista, como es evidente, pero tampoco estaba interesado en perder el tiempo en hablar contra él. Aunque, si su juego era ese, no iba a dejarle irse de rositas: donde las dan las toman.

—En cualquier caso —dije, regresando al punto anterior—, tengo entendido que poco importa si le ponen a ese lugar el nombre de Achaken o el de Isaguén, porque la gente sigue llamando Ketama al sitio donde levantó su hotel la familia Llodra, ¿verdad? Imagino que es por los cultivos de cannabis para fabricar hachís. El famoso *oro negro* del Rif... Son ustedes los mayores productores del mundo. ¿Es verdad lo que se dice, que es una región sin ley controlada por las mafias de la droga y que les dejan hacer de su capa un sayo porque muchos peces gordos se llevan su parte del pastel?

Su mirada se endureció y sus ojos se pusieron a la defensiva, me llevaron a pensar en dos cangrejos de mar enterrándose en la arena. Pero se rehízo en un segundo.

—No crea todo lo que oye —dijo, tras soltar una risotada seca que me dejase claro que lo que acababa de decirle era más grotesco que ofensivo—. En realidad, estamos hablando de un paisaje soberbio y de una región en la que se ha invertido mucho esfuerzo y dinero para modernizarla. Es otro de los grandes legados que le dejará a su patria nuestro sultán Mohamed VI, un hombre que va a pasar a la historia como uno de los más grandes modernizadores de nuestro país. O sea, como un digno heredero de su padre.

—Pues, con todo el respeto, cuando visita el Sáhara y, en lugar de pisar la arena camina sobre las alfombras que van echando a su paso sus sirvientes, no parece tan moderno...

—Son tradiciones inofensivas, actos tan simbólicos, por cierto, como muchos que se celebran en su país, cuyo nombre oficial, corrijame si me equivoco, es Reino de España... Pero, volviendo a Isaguén, les recomiendo que lo visiten, da igual la estación del año, en invierno hay montañas blancas y bosques de cedros donde practicar el senderismo; pero, si prefieren la natación, tienen a tiro de piedra la bahía del pueblo de Jebha.

—En otra ocasión, quizá. Esta vez ya veníamos con un itinerario decidido.

—¿Y dónde piensan ir? ¿A Marrakech, la ciudad roja? ¿Casablanca? ¿Las hermosas Arcila o Esauira, en la costa del Atlántico? ¿Quizá la propia Chauen, con sus paredes azules, su kasbah y su plaza Uta al-Hammam? Nuestra nación es rica en belleza. Y también en misterios. Y me parece que a usted le gustan los misterios, ¿no es cierto, señor Urbano?

—Me gustan algunos más que otros. Y, por encima de todo, me gusta ser yo quien los elija.

—Pero ¿y si le sugieren uno que sería una locura rechazar? A nadie le amarga un dulce —remató. Le gustaban las frases hechas y tuve la impresión de que formaban parte de una táctica, eran un señuelo, un modo de usar la sencillez como moneda de cambio y ganarse la confianza de sus interlocutores.

—Habría que ver si desestimarlos llegaría a locura o se quedaba en un simple error.

—En cualquier caso, mejor no cometerlo, ¿no cree?

—«Que errar lo menos no importa / si acertó lo principal». Es de don Pedro Calderón de la Barca. Se lo mandé comentar hace poco a mis alumnos, en un examen.

—Sin embargo, hay equivocaciones que se pagan caras. Yo suelo recompensar de forma generosa a quien trabaja para mí y no las comete.

Empezaba a poner las cartas sobre la mesa. Pronto nos daría la razón por la que nos encontrábamos allí, compartiendo una travesía en barco y unas bandejas de *maaqouda* y pastelas de cordero, almendras y azafrán.

—Lo celebro por sus empleados —dije, señalando a los que estaban a nuestro alrededor. Ninguno sonreía.

—Así que tiene una decisión tomada y un tema ya elegido. Y no se apartará de ellos.

—Ni por todo el oro de mundo. Lo que trato de explicarle —añadí, suavizando el tono para no cargar las tintas ni ser descortés, tampoco había razón alguna para ello— es que a la hora de decidir el tema de una novela las

posibilidades son casi infinitas, así que hay que pensárselo bien, seleccionar una y, a partir de ese momento, no salirte de tu camino, pase lo que pase.

—En ese caso, ¡me da muy buenas noticias! Y creo que lo serán también para usted —dijo. Isabel y yo nos miramos, desconcertados.

—No sé si le comprendo.

—He leído la entrevista que le hacen hoy en *El Faro de Ceuta*. Muy interesante. Ahí adelanta que está trabajando en una novela en la que sale esa ciudad y donde también se hablaría del Marruecos de Hassan II.

—¿Lo ve? Eso significa que antes me ha pedido que le contase algo que ya sabe.

Rio con ganas, moviendo la cabeza con el gesto apreciativo de quien le reconoce una virtud al adversario, sobre todo cuando es un rival al que está seguro de vencer.

—Tiene razón, sí señor. Era un intento de sonsacarle algo más de información: es usted muy escurridizo en sus respuestas. Sin embargo, soy vehemente o, si lo prefiere, incorregible, y me atreveré a preguntarle si sería tan generoso de compartir alguno de sus secretos, ahora que está entre amigos.

—No tengo muchos, créame —dije, ambiguamente, para que no se supiera a cuál de las dos cosas me refería, los secretos o los amigos—. Como le decía, estoy más en la fase de las opciones que de las decisiones.

—Se lo preguntaré de otra manera: Hassan II ocupó el trono durante treinta y ocho años. ¿Se refiere su obra a alguna época concreta? Imagino que, desde la perspectiva de España, lo más llamativo será la Marcha Verde y la reconquista del Sáhara... ¿O tal vez los dos intentos de magnicidio de los años setenta?

—No podría asegurarlo. Digamos que me estoy probando los anillos, pero aún no sé cuál voy a comprar. Quizá ninguno —dije, mientras Isabel extendía la mano para verse mejor la sortija que le había dado la noche antes, al final de la cena, cuando le pedí que se casara conmigo.

Akram al-Husayni levantó los ojos al cielo y puso las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto de rendición.

—Es usted un auténtico brujo, me ha leído la mente. No podía haber elegido una metáfora más oportuna. Porque resulta que de eso es justo de lo que quería hablarle.

—¿Del Sáhara o de los golpes de Estado?

—De las joyas, señor Urbano. Quería hablarle de una joya que pretendo que busque para mí y que nos puede cubrir de gloria a los dos.

Capítulo seis

—Así que nuestro, espero que muy pronto, común amigo, el profesor Alarcón, le ha contado lo ocurrido durante aquel desventurado asalto al palacio de Sjirat —dijo Al-Husayni. Tenía esa forma de hablar en la que a menudo resultaba imposible saber si lo que acababas de oír era una afirmación o una pregunta.

—Sí, en efecto. Algo sabíamos ya, porque es un suceso célebre y sobre el que nos habíamos informado un poco por encima; pero él nos ha dado otros puntos de vista.

—Es un hombre extraordinariamente preparado, conoce al dedillo la historia de España y la de Marruecos —terció Isabel.

—Y deduzco, entonces, que si ya había trabajado en él será porque está interesado en ese episodio —siguió él, sin inmutarse.

—En ese y en otros. Algunos los ha mencionado ya: la Marcha Verde, el abandono del Sáhara por parte de España... Otros que podrían llegar a servirme son las andanzas de las niñeras españolas de Mohamed VI o la hipótesis de que el asesinato del opositor Ben Barka, atribuido al general Ufkir, fue un mandato de su jefe, Hassan II —dije, improvisando sobre la marcha lo último, un suceso terrible pero que no entraba en mis cálculos tratar, con el simple propósito de incordiarle. Hay gente cuya manera de ser aviva en nosotros un gen competitivo, un instinto marrullero.

—Bueno, bueno —respondió, esbozando otra sonrisa de superioridad, la de quien no sólo sabe cosas que tú ignoras, sino que, además, da a entender que no te las puede contar y que, si lo hiciese, tampoco las entenderías—, si eso último hubiera sido realmente así, cosa por otra parte muy discutible, no habría lugar para las dudas: sencillamente, sería la historia de un traidor que mató a otro traidor...

—En todo caso, lo sería más adelante, pero desde luego no entonces, dado que en el momento del crimen Ufkir era ministro del Interior.

—... Sin embargo, donde sí que hay lagunas —dijo, volviendo a pasar de largo por lo que se le decía y no le interesaba oír— es en aquel intento de golpe de Estado de 1971. ¿No lo cree así?

Me tomé mi tiempo antes de contestar y él quedó a la expectativa, haciendo ver que mi respuesta a esa cuestión era importante. Soplabla una leve brisa, las gaviotas que hacían círculos sobre nosotros eran bellas de lejos, pero monstruosas al acercarse. La embarcación cabeceaba a derecha e izquierda, lo mismo que si el agua, con su vaivén, la utilizara para negar algo o para lamentarse de una mala decisión. No sabía dónde pensaba ir a parar Al-Husayni, aunque estaba seguro de que tendría sus razones para andar mareando la perdiz: ese hombre no daba puntada sin hilo.

—Estoy de acuerdo —dije—. Es una escena demasiado épica. El asalto, la violencia innecesaria de los cadetes que van a matar al rey y no vacilan en llevarse por delante a cualquiera que se ponga entre ellos y su objetivo..., y que en cambio se detienen justo cuando llegan hasta él. Luego está el mito de las cuidadoras que se oponen a las metralletas y las granadas de mano con su autoridad moral por escudo. Y tenemos también al general arrepentido que trata de parar el golpe que él ha puesto en marcha, al ver correr la sangre. ¿Dónde creía que iba: a una fiesta de disfraces del día de Todos los Santos? Y finalmente, como remate apoteósico, tenemos la epopeya del soldado que, en lugar de apretar el gatillo cuando tiene en sus manos la vida de Hassan II, prefiere ser un súbdito y no un redentor y, en vez de cambiar con una simple bala la historia de Marruecos, baja el arma y se arrodilla ante su soberano... Suena todo muy estudiado, bastante inverosímil. Yo no lo contaría de ese modo en una de mis novelas.

—Y, sin embargo, así fue y quienes estaban allí lo atestiguan, da igual si se trata de un camarero o de un embajador, todos coinciden de forma unánime, y punto por punto, al describir esa secuencia que vieron con sus propios ojos: el rey que se va encañonado y regresa escoltado, los cadetes que pasan en un santiamén de pelotón de fusilamiento a guardia pretoriana..., exactamente tal y como usted lo acaba de contar. Lo paradójico es que nada de eso importa. Podría decirse que, en este caso, la verdad nos engañó, los árboles no nos dejaron ver el bosque.

—¿En qué sentido?

—En el de entender que aquí no se trata de lo que vieron, sino de lo que no vieron. Esa es la clave —sentenció, con un deje triunfal, y después guardó silencio para que sus palabras flotaran en el aire como si fuesen una bocanada de humo.

—Se refiere a lo que ocurrió entre Hassan II y los tres soldados, mientras estaban a solas —me dijo Isabel, cazando al vuelo la idea que quería transmitir Al-Husayni.

—Déjeme que lo adivine: me va a contar que hubo una negociación y que el rey le tuvo que ofrecer algo irrechazable a aquel muchacho, a cambio de que no lo matara. ¿Me equivoco?

—Ha dado en el blanco, ya lo sabe: ese ruido que oye en su cabeza es el de la botella al romperse.

—Tiene sentido. Y suena más aceptable. Los milagros no existen, pero los sobornos sí.

—No presuma de infiel ante un hombre piadoso: existen las dos cosas, mi querido amigo, las dos cosas.

—¿Se sabe cuál fue su recompensa y qué hizo con ella? ¿Vive todavía ese soldado? —dije, fantaseando ya con la posibilidad de entrevistarle: un personaje así es un caramelo para un novelista. Sentí que Akram al-Husayni me había engatusado y se llevaba el agua a su molino, pero la verdad es que no me importó, más bien al contrario: ahora ya no lo consideraba un metomentodo, sino una gran fuente de información.

—Sé algunas cosas y las compartiré con usted en cuanto firmemos un contrato y un acuerdo de confidencialidad.

—Así que esto es el comienzo de una hermosa amistad basada en la desconfianza mutua —ironicé.

—No, por favor, es una simple formalidad, parecida a asegurar una obra de arte que se le presta a un museo. La información que voy a poner en su conocimiento es muy valiosa.

—¿Nadie ha buscado antes a aquellos cadetes, ni un periodista, ni los compañeros del asalto a Sjirat a los que se sobreentiende que dejaron en la estacada, ni siquiera algún cazarrecompensas? ¿Nadie desveló nunca su identidad?

—No se supo una palabra de ellos entonces ni se ha sabido después —dijo Al-Husayni—. Y que no se sepa nada en el fondo lo explica todo, ¿no le parece?

—Bueno, explica, por pura lógica, que su identidad fue salvaguardada para protegerlos de las posibles represalias —dijo Isabel.

—Seguro que sí —respondí, dándole la razón—. Pero ya han pasado cincuenta años. Es mucho tiempo, incluso para un fantasma.

—¡Exacto! Vuelve a dar en el clavo —casi rugió él, acompañándose con una palmada en la mesa—. Es usted un hacha y estoy firmemente convencido

de que vamos a formar un gran equipo.

—Soy un cazador solitario, señor Al-Husayni, un verso suelto. No trabajo en equipo.

—Lo sé, lo sé, no se inquiete, era sólo una manera de hablar. Quiero decir que lo que está buscando y lo que yo le voy a pedir que encuentre son dos perlas del mismo collar.

Valoré hacerme el sorprendido, pero de qué iba a servir. Si algo le sobraba a aquella conversación eran circunloquios. Por otra parte, él era un depredador y había olido mi entusiasmo como un zorro huele a sus presas desde el otro extremo del bosque.

—¿Es que de verdad estamos hablando de negocios? En ese caso, le pediría que fuese al grano, si no tiene inconveniente. Mi futura esposa y yo tendríamos que volver a Ceuta, a no mucho tardar.

El pomposo anuncio matrimonial le dejó frío. No hubo felicitación. Me acordé de que su admirado Hassan II era polígamo, se casó al mismo tiempo con dos mujeres, primas entre sí, y mantuvo durante todo su reinado un harén con más de cuarenta concubinas.

—Lo haré en cuanto me diga que sí.

—¿Quiere que busque a ese soldado? ¿Para qué?

—¿No desea saber primero por cuánto?

—Ya lo sé: tengo mis tarifas.

—Pero no sabe lo que pienso pagarle.

—Aún no le he dicho lo que cobro. ¿Estamos regateando?

—Al contrario, ni mi casa es un bazar ni eso será un problema. Le ofrezco el doble de sus honorarios, ni que decir tiene que por adelantado. Y otro tanto si me consigue lo que deseo.

Al decir eso hizo uno de sus gestos de mando y el mismo asistente que nos había ido a buscar a nuestro hotel apareció como de la nada con unos documentos que puso delante de mí y que llevaban escrito lo que acababa de serme anunciado. Pensé que Akram al-Husayni tenía una gran historia y me iba a dar mucho dinero por regalármela, así que era imposible no preguntarse si allí había gato encerrado. Me acordé de la frase de Quevedo, «nadie ofrece tanto como quien no piensa cumplir», pero me pareció evidente que no era el caso. La siguiente duda caía por su propio peso:

—¿Por qué yo? No me diga que ha tenido un impulso y se le ocurrió hacerme llamar al leer ese artículo sobre mí en el periódico. ¿Por qué me necesita? Por lo que veo, tiene a sus órdenes a un auténtico ejército —dije,

señalando a algunas de las personas que faenaban por el barco sin quitarnos ojo.

—La razón es muy sencilla: porque una gran parte de sus indagaciones, ya le explicaré por qué a su debido tiempo, tendrá que hacerlas en su país. Allí usted se mueve como un pez en el agua y nosotros, en cambio, me temo que no seríamos bien recibidos —contestó, amagando un gesto de resignación que no fue muy creíble.

—Me hago cargo: les sonarían las armas en los detectores de metales del aeropuerto —ironicé.

—Y no —continuó, sin dignarse a comentar mi broma—, no necesitaba ver su fotografía en el diario para saber quién es: le sigo desde hace tiempo, conozco sus libros al igual que su reputación y, en consecuencia, sé muy bien con quién me la estoy jugando. Le tengo que confesar, eso sí, que había un par de mis hombres en su presentación de ayer y que el reportero de *El Faro de Ceuta* que fue a entrevistarle es un viejo conocido.

¿Era una advertencia? ¿Estaba marcando su territorio y también el mío haciéndome saber que me vigilaba, que tenía ojos en todas partes? Miré a Isabel y me hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, señor Al-Husayni. Es posible que busque a ese fantasma para usted, con la condición de que, más adelante, pueda utilizar lo que me venga bien para mi novela, que de todas formas tratará de otra cosa. Ya sabe: la Marcha Verde, el abandono del Sáhara...

—Mientras mi nombre no se mencione, se evite cualquier detalle que pueda relacionar a sus personajes conmigo y mis abogados puedan echarle un vistazo al manuscrito...

—Tiene mi palabra.

—Y, además, tendré su compromiso firmado —recalcó, mirando los papeles que habían puesto ante mí. La última vez que ese individuo había dejado un cabo suelto fue cuando le cortaron el cordón umbilical.

—Y queda claro que no moveré un dedo hasta que acaben mis vacaciones. Como le dije, tenemos un par de cometidos que llevar a cabo en Marruecos, antes de regresar a Madrid.

No puso ninguna objeción. Y, en cuanto le di lo que quería, me contó el principio de la historia que ahora voy a compartir con ustedes.

Al despedirnos ya era de noche y yo sabía que lo que tenía que buscar no era lo que le dio el rey a aquellos cadetes para que no lo matasen, sino lo que uno de los soldados se llevó como garantía de que iba a cumplir su palabra. Tomamos los últimos vasos de té y, al decirnos adiós en la puerta de su

mansión, vecina de la de Mohamed VI, a mí me dio la mano y a Isabel le dedicó una inclinación de cabeza formal y algo afectada, que ella le devolvió junto con una sonrisa y un saludo en árabe.

—Por cierto, casi se me olvida —añadió Al-Husayni cuando ya nos habíamos alejado unos pasos y el conductor nos esperaba con las puertas del vehículo abiertas—: a su llegada a Nador los recogerá uno de mis colaboradores en la zona y, si no les parece mal, será su guía. Creo que ha hecho sus averiguaciones y que les va a decir el sitio exacto en donde está enterrado el hermano de su amiga Caridad Santafé. Y creo estar en disposición de anunciarles que conseguiremos que los autoricen a repatriar sus restos a España.

Mientras desandábamos el camino de la ida, recorriendo una vez más las aparentes calles del Rincón del Medik, me pregunté cómo sabía a qué íbamos al puente sobre el río Kert y casi preferí no saberlo. A ver si más que ir a meterme en la boca del lobo era él quien ya había estado dentro de mi casa.

Capítulo seis

—Así que lo que quiere Akram al-Husayni es el papel en donde Hassan II escribió de su puño y letra su abdicación, a cambio de que no lo ejecutaran, y donde puso su firma y su sello real —me había dicho Isabel, en cuanto nos quedamos solos en el hotel.

—Eso parece. Y que no lo quiere para él, sino para regalárselo a su amigo Mohamed VI.

—O sea, que está seguro de que el documento existe y no es lo que ahora llamamos una leyenda urbana.

—Tan seguro que hasta nos contó el detalle de que, para estampar la figura del anillo en el papel, usaron a modo de tinta la sangre de uno de los heridos en el combate.

—La secuencia, entonces, es la siguiente —enumeró Isabel, siempre didáctica—: uno de nuestros tres soldados le quitó la renuncia de entre las manos al cadáver del general Madbuh, asesinado por su segundo, el coronel Mohamed Ababu, a las puertas de la estancia donde el primero de ellos acababa de negociar con el Comendador de los Creyentes su salida inmediata para el exilio, acompañado de su familia al completo.

—Y se supone que eso está probado, porque quien se llevó la nota hizo después llegar una carta a Hassan II, al parecer desde el extranjero, para informarle de que la tenía.

—Era su seguro de vida. Y tu nuevo jefe quiere convertirlo en el suyo: si la consigue y se la regala a Mohamed VI, este sentirá por él una gratitud infinita. Y eso son muchos ceros a la derecha.

—Probablemente los vale: ese documento, de salir a la luz, arruinaría toda la reputación de su padre: ni *baraka*, el famoso socorro de Dios a los elegidos, ni astucia, ni valor sobrehumano... Su imagen y su leyenda saltarían, literalmente, en pedazos.

—No cabe duda.

—En resumen —dijo Isabel, poniendo orden del modo en que una maestra escribe en la pizarra las claves de un problema—: tenemos a tres soldados; de dos conocemos sólo el nombre y uno de esos dos sabemos que está muerto; mientras que del tercero no hay ni rastro. Al-Husayni pensó durante años que sería uno de los caídos en la refriega de las siguientes horas con las tropas leales al rey, pero luego le llegaron rumores de que había venido a España y se le había visto en Valladolid.

—Para completar el embrollo, no hay constancia de adónde se dirigió después cada uno, ni tampoco sabemos cuál de ellos pudo ser el que se llevase el texto autógrafo de Hassan II.

—«La mala noticia es que hay demasiada gente a la que buscar; la buena, que así hay más sitios donde encontrar algo».

Eso último lo dijo parodiando mi forma de hablar, lo que constituía una de sus bromas recurrentes cuando nos encontrábamos a solas. A mí no me ofendía, sino al contrario, me gustaba que lo hiciese porque esa travesura le ponía una cara de diabla adorable.

—No estamos tan mal —dije—, necesitamos buscar a tres personas y sabemos cómo se llaman dos. Ellos nos llevarán al otro.

—Haidar Rachidi y Fahim Jamal: el primer nombre de pila significa «león» y el segundo «inteligente».

—También sabemos que Jamal pasó a mejor vida, aunque no sabemos ni cuándo ni por qué, y que está enterrado en el cementerio de Zeluán; y que el otro, tras dar el salto a España, fue muy probablemente a Granada, y a partir de ahí se le perdió la pista, lo mismo que al tercero en discordia.

—Pues estamos de enhorabuena: con dos fantasmas y un muerto, ¿qué puede salir mal?

Esas informaciones nos las había pasado, naturalmente, el propio Akram al-Husayni y eran, según nos confesó con cierta pesadumbre, lo que había logrado reunir «de su lado de la frontera», como él la llamaba. La otra mitad era asunto nuestro. Pronto descubriríamos que ni las cosas fueron exactamente como se recordaban, ni sus protagonistas eran ya los mismos. Es un clásico: una historia que se vuelve a contar son dos historias distintas.

Pensaba en todo eso mientras viajábamos a Isaguén o Ketama desde Nador, donde habíamos comprobado que Akram al-Husayni era, sin duda alguna, un hombre influyente: todo resultaba más fácil cuando se invocaba su nombre y te acompañaba uno de sus «ayudantes», como él los llamaba. Nuestro plan de

viaje, tal y como lo trazamos en Madrid, consistía en alquilar un coche, visitar Tetuán, pasear por su medina y su plaza Moulay El Mehdi; seguir hacia Alhucemas, darnos un baño en playa Quemado; llegar a Nador para hacer nuestra visita ritual al puente sobre el río Kert, donde estaban los restos del hermano de Caridad Santafé, y de ahí pasar a Melilla, antes de regresar a casa. Mi nuevo jefe eventual, sin embargo, nos ofreció poner a nuestra disposición uno de sus vehículos con chófer y «la compañía y asesoramiento» de un «empleado de su confianza», que «nos ayudaría con todos los trámites» y del que, una vez más, si sumabas su aspecto de forzado de gimnasio, su traje a medida y su dominio de la jerga burocrática, resultaba de todo punto imposible estar seguro de si era un guía, un abogado, un guardaespaldas o las tres cosas. Su patrón nos aseguró, con una de sus sonrisas ladeadas por la mordacidad, que sus esbirros «velarían por nosotros las veinticuatro horas del día», aunque quién sabe si nada más que para defendernos o también para vigilarnos. A ambiguo, desde luego, no lo ganaba nadie.

Con sus buenas artes de negociadora, un terreno en el que se ejercitaba a diario y en cuatro idiomas gracias a su trabajo, y en el que era difícil echarle un pulso, Isabel, que estaba tan segura como yo de que tanta amabilidad escondía un deseo indisimulado de tenernos bajo control y estar al día de todos y cada uno de nuestros pasos, dejó caer que, ya puestos, nos interesaría visitar, tal y como él mismo nos había sugerido, el antiguo parador de la familia Llodra, que ahora se llamaba hotel Tidghine. A fin de cuentas, el pacto al que habíamos llegado era que investigaríamos a la vez lo que él quería y lo que yo necesitase para mi novela sobre la época de la Marcha Verde: para mí las niñeras de Mohamed VI y los autobuses La Valenciana, y para él, los cadetes de Sjurit. Se le notó que accedía de mala gana. Me pregunté por qué.

En la tumba invisible, y por lo tanto deshonrosa, de Fernando Santafé, cabo de los húsares de Pavía y después voluntario de las tropas de regulares del ejército durante la guerra del Rif, me pareció que Isabel rezaba, pero no hice ningún comentario. ¿Era, en el fondo, una persona religiosa? Me intrigó, aunque no me creí con derecho a meterme donde no me llamaban. Además, estaba centrado en entender lo que nos decía el funcionario que nos atendió, tras cuya amabilidad, rayana en el servilismo, no era complicado intuir la llamada de un amigo cercano del rey como Akram al-Husayni y quién sabe si una «gratificación en metálico», por repetir el eufemismo con que se refería él a los sobornos.

—Las invasiones son así —estaba diciendo, en aquellos instantes, aquel tiralevistas—, la gente que ha sido atacada se defiende... Aquí cayeron muchos españoles, huían de las tropas de Abd el-Krim, intentaban pasar a Melilla... Se cuentan tantas cosas de ellos: que si degollaban con sus gumías a los prisioneros desarmados, que si quemaban vivos a los enemigos... Pero entiendan que sus compatriotas habían venido como conquistadores, se comportaban igual que si fueran Pizarro o Hernán Cortés y esto volviese a ser América.

No le faltaba un punto de razón. Mientras visitábamos Alhucemas nos habían contado que esa ciudad surgió del desembarco español de 1925 en su bahía y que el general que comandaba aquel ejército le puso su nombre, Villa Sanjurjo, como si fuese un virrey y con el beneplácito de Alfonso XIII, que visitó el lugar y lo nombró marqués del Rif. Allí estableció el futuro golpista su Jefatura Militar y mandó construir un parque de intendencia, un aeródromo, una iglesia, un casino, dos escuelas y dos cines en los que también se hacían funciones de teatro porque la legislación del momento obligaba a las compañías que gozaran de cualquier subvención estatal a realizar alguna gira por el Protectorado. Cuando llegaron los primeros habitantes civiles lo hicieron también con espíritu de colonos, como sugieren los carteles de las tiendas que abrieron: La Imperial, El Oriente Español, La Reconquista...

—En fin, que fueron momentos duros para todos, pero lo pasado pasado está —respondí, tratando de sonar diplomático.

—Las guerras son siempre horribles, y aún más entre naciones hermanas —enfaticó aquel hombre que quizá trataba de compensar con unas cuantas frases sonoras su evidente sumisión a lo que le ordenaban.

—Estamos completamente de acuerdo en eso último y creo que devolverse los muertos es una gran demostración de respeto entre dos países que hayan tenido algún conflicto en el pasado.

—Claro, claro, naturalmente. Lo que pasa es que existen la burocracia, los aspectos morales de nuestros actos, por no hablar de las normas de salud pública... Así que no se trata simplemente de coger una pala y desenterrar unos huesos, discúlpennme la franqueza, no quiero parecer desconsiderado. Pero lo cierto es que esta actividad —continuó, tras intercambiar una mirada y una inclinación de cabeza con nuestro acompañante y variando el tono, que pasó de lúgubre a casi festivo— ha sido autorizada por las más altas instancias de Marruecos, y tengo el placer de anunciarles que, una vez llevada a cabo la exhumación y realizadas, con todas las garantías y en un centro

especializado de Rabat, las pruebas de ADN oportunas, se podrá llevar a cabo la repatriación. Por si fuera de su interés, tengo además el gusto de anunciarles que el señor Akram al-Husayni sufragará en estas tierras, ya libres de su carga, la construcción de un monumento en honor de los valientes patriotas que lucharon por nuestra independencia.

Pagará eso y todo lo demás, incluida tu comisión, pensé. Aunque tal vez, en ese caso, no había hecho falta ni el dinero y fue una llamada desde la Corte de Mohamed VI lo que allanó el camino. O quizá se combinaron las dos cosas. A nosotros nos daba igual porque, contra todo pronóstico, nuestra misión llegaría a buen puerto y lo que quedaba de Fernando Santafé pronto descansaría junto a sus padres en la tumba familiar del cementerio de Rota, Cádiz. Sólo había un pero: a partir de entonces quedábamos en deuda con Al-Husayni, y aquello no me gustaba. De bien nacidos es ser agradecidos, pero a veces la gratitud es una forma de cautiverio.

Cuando dimos por terminadas nuestras gestiones en Nador, dejamos la costa para deshacer parte de la ruta ya recorrida y nos encaminamos hacia Ketama o Isaguén, pasando entre olivos y plantaciones de romero, por lugares que habían sido parte del Protectorado español: Beni Abd-al-Lah, Targuist, Driuch... Y pronto estábamos alojados por una noche en el hotel Tidghine, que dejando aparte el nombre daba la impresión de haber cambiado muy poco: a simple vista, la única diferencia con las fotografías antiguas eran los imponentes coches todoterreno aparcados a la entrada. Las vistas sobre el Llano Amarillo, los bosques de cedros, algunos supuestamente milenarios, y la belleza general del paisaje dejaban claro por qué los franceses llamaban a aquel lugar «la Suiza marroquí». Por lo demás, las habitaciones eran correctas sin más y el restaurante ofrecía platos sencillos, tradicionales, pero bien cocinados. Isabel tomó una *harira*, la sopa con legumbres más típica del país, y yo una ración de *zaaluk* de berenjenas. Después de la comida, en nuestro cuarto, ella se puso a releer la historia de las hijas del general Ufkir y yo la de la familia Llodra.

Estaba disfrutando con las peripecias de aquellos emprendedores que habían llegado a Marruecos a principios del siglo veinte; de sus comienzos con la empresa de transportes La Valenciana, en Tetuán, y del relato de las estrategias comerciales del fundador, que para atraer a la clientela sorteaba billetes gratuitos o invitaba a sus pasajeros a un café a medio trayecto de la línea que iba a Melilla; y, sobre todo, de los capítulos dedicados a la construcción del parador de Ketama. Habían descubierto aquel lugar, en el que ahora estábamos Isabel y yo, cuando a dos de sus hijos, uno voluntario de

la Falange que se había alistado en el ejército rebelde nada más comenzar la Guerra Civil y había sido herido en la batalla del Jarama, y otro enfermo de tos ferina, les recomendaron ir a la montaña para respirar aire puro. Su padre localizó aquel sitio, se enamoró de él y, con el tiempo, decidió montar allí un apeadero para que se detuvieran a reponer fuerzas durante media hora los conductores de su compañía, se revisaran los autobuses, se llenaran los depósitos de combustible y tomaran un refrigerio las y los viajeros. Muy pronto aquella localidad se puso de moda como sitio de vacaciones para las clases adineradas de Melilla y de Tetuán, e incluso atrajo a gente de la península, relacionada de una u otra manera con los Llodra y deseosa de añadir a sus propias vidas un toque de exotismo. Eso ocurrió, por ejemplo, con unos personajes que cobrarán relieve e irán ocupando cada vez más espacio según avance esta historia: el entonces comerciante y luego empresario asturiano Narciso Santos Freal y sus herederos. En cuanto a los propietarios del lugar, les gustaba tanto que pasaban allí temporadas cada vez más largas, y, cuando en 1954 un incendio dejó casi en ruinas el edificio, lo reconstruyeron de inmediato.

Pero, tras la independencia de Marruecos y la retirada de España, las cosas se torcieron en el Protectorado para los colonos y a los Llodra el paraíso se les llenó de espinas. Las presiones de las nuevas autoridades eran incesantes, primero les exigieron que contrataran exclusivamente a personal local en La Valenciana; después los forzaron a vender gran parte de esa empresa, que había sido valorada en trescientos millones de pesetas y por la que les pagaron quince; más adelante, los forzarían a entrar en la Sociedad Maroc Tourist, donde se les advirtió que sólo conservarían una parte minoritaria de las acciones de su firma inmobiliaria: el resto quedó bajo el control del recién creado Ministerio de Bienes Islámicos, cuyo titular era primo del rey Hassan II, y de la Caja de Depósito y Gestión Nacional. Con el político establecieron una relación cordial, quizá para ser fieles a una de las máximas del clan, que hay que tener amigos hasta en el infierno. A otros niveles, sin embargo, la batalla fue marrullera, sin cuartel, y estuvo llena de golpes bajos. Para imaginar el grado de violencia y la clase de coacciones que debieron de padecer en algunos momentos, hay que señalar que el alto funcionario que dirigía las operaciones de acoso y derribo, un individuo que alternaba los agasajos y las bravatas, que lo mismo los trataba con deferencia que los citaba a horas intempestivas en su despacho de Fez para lanzarles amenazas cada vez menos veladas, acabó unos años más tarde en la cárcel, por robar alimentos que la comunidad internacional enviaba al país en

concepto de ayuda humanitaria dirigida a los más necesitados y revenderlos en el mercado negro. Una buena pieza.

Aun así, aquello era su vida y no se rindieron. En realidad, harían justo lo contrario, diversificar sus negocios y seguir en la pelea. Un día, estaban a pie de obra supervisando los últimos detalles del restaurante que proyectaban abrir en otra de sus urbanizaciones, cuando apareció por allí, en su coche oficial y seguido de una escolta, el jefe de gabinete del rey y les dijo que lo preparasen todo porque su majestad deseaba asistir a la inauguración. Así comenzó la larga historia de amistad entre la Corte alauí y los Llodra. Como nos había contado el profesor Alarcón y había confirmado su vecino Akram al-Husayni, el actual monarca, Mohamed VI, aún hoy pasaba épocas de descanso en una de las casas que la familia edificó en el Rincón del Medik.

Yo estaba encantado con aquella historia, era justo lo que necesitaba para documentarme sobre los españoles que se quedaron en Marruecos tras el fin del Protectorado y después hicieron buenos negocios en el país, unos más legales que otros, durante el largo y tenso reinado de Hassan II. No paraba de tomar notas y les aseguro que en aquellos instantes no hubiese dejado de leer esa obra por nada del mundo, pasase lo que pasase.

—¿Vas a tardar mucho en venir a la cama? —ronroneó Isabel. Me volví, estaba desnuda sobre las sábanas y tenía ojos de gata. Antes de que acabara la frase, mi ordenador estaba apagado y yo junto a ella. «Eres así a la espada parecida: / que matas más desnuda que vestida», le hubiera dicho Quevedo. Yo me limité a quedarme sin palabras.

Capítulo siete

—A mi hijo me lo mató el general Ufkir por ser leal al rey a quien él traicionó. ¡Era un asesino, una alimaña!

La madre del cadete Fahim Jamal se llamaba Raissa y estaba por encima de los ochenta años. Cuando se produjo el asalto al palacio de Sjirat acababa de cumplir treinta y cinco, de manera que había tenido a su primogénito a los diecisiete. Luego llegaron cuatro más, todas ellas niñas. Pero nada había llenado el vacío dejado por su primogénito. Mientras nos contaba todos esos detalles de su vida, lloraba amargamente, de forma sincopada, meciéndose al ritmo de sus sollozos, y sostenía en las manos una foto del muchacho, ya adolescente, en la que posaba orgulloso con su uniforme militar. Tenía cara de niño, unos hermosos ojos como de gacela y una sonrisa encantadora que contrastaban con la *abaya* y el *hiyab* de tela negra que vestía su madre. La mujer llevaba cinco décadas de luto, porque hay heridas incurables que no puede cerrar ni la medicina del tiempo. En sus palabras y en su expresión se mezclaban una tristeza antigua y la ira renovada de quien se sabe víctima del desprecio de los poderosos hacia la gente humilde, cuya vida creen que no vale nada y cuyos lamentos consideran una molestia intolerable, casi un acto egoísta. Supe cómo se sentía porque en el pasado había visto algo muy similar entre los familiares de los republicanos caídos en España durante la Guerra Civil y enterrados por sus verdugos en cunetas, al pie de las tapias de los cementerios y en fosas comunes que casi nadie les ayudaba a abrir. La señora Raissa hablaba un francés astillado e Isabel ejercía de traductora e intérprete.

—La acompañamos en el sentimiento —le dijo, acariciándole la mano para intentar confortarla un poco—, no puedo ni imaginar lo que debe de ser sufrir una pérdida como la suya. Y le pedimos disculpas por avivar con nuestras preguntas unos recuerdos tan dolorosos.

—Era un buen chico, trabajador y dulce. Estaba tan orgulloso de haber entrado en la academia militar de Ahermumu... Quería servir a su país... Pero cuando lo de Sjirat lo engañaron, les mintieron a todos, ni él ni sus

compañeros sabían nada de aquel ataque a la familia real, ni de ningún golpe de Estado. ¡En qué cabeza cabe! ¡Ellos pensaban que iban a proteger al rey, no a ejecutarlo! Por eso Fahim y sus dos amigos lo salvaron. ¡Si él mismo se lo dijo! ¿Cómo iban a disparar al Comendador de los Creyentes?

—Perdóneme, señora, ¿usted vio a su hijo después de aquello? ¿Vino aquí, a Zeluán?

—¿Y por qué no iba a haberlo visto? Pues claro que sí. Vino después de todo aquel espanto. Lo trajeron en un coche, no sé bien quiénes eran, gente del rey, supongo.

—¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Notó que tuviese miedo, que se sintiera perseguido o que algo le preocupase?

—Estaba raro. Se veía que había algo que quería decirme, pero no se atrevía... Una madre se da cuenta de esas cosas. Pero también estaba feliz por lo que había pasado, se sentía un héroe, estaba tan contento de haber besado la mano del rey... Mi pobre niño, mi Fahim.

—Señora Raissa, ¿le dijo algo acerca de una recompensa?

La mujer miró con una cierta hosquedad a Isabel.

—Ya me preguntaron eso mismo los otros que vinieron y les dije que no sabía de qué me hablaban. ¿Por qué vuelven sobre lo mismo? ¿Una recompensa? ¿De qué clase? ¿Quién se la habría dado y por qué?

Nos miramos y no hizo falta abrir la boca para decirnos que los dos intuíamos que eran los hombres de Akram al-Husayni quienes habían estado allí. Le hice a Isabel un gesto que englobaba la vivienda en la que estábamos y donde nuestros antecesores habían visto lo mismo que nosotros: en aquel cuchitril no había nada más que una humildad al borde de la pobreza que explicaba, por sí sola, que allí nunca hubo dinero, sino necesidad.

—¿Le preguntaron esos hombres por algún papel? ¿Hicieron referencia a alguna clase de documento?

—Sí que me preguntaron. Buscaban una hoja escrita a mano, con un sello rojo. Me ofrecieron doscientos dírham por que les dejara registrar el cuarto de Fahim por las buenas. Eso me dijeron: por las buenas. *Mucho para mí* —dijo, en español, frotándose los dedos pulgar e índice, aunque yo pensé que en realidad no habían sido muy generosos: por aquel entonces tal vez sería algo más, no mucho, pero al cambio de hoy esa cantidad equivale a menos de cincuenta euros.

—En su opinión, ¿dieron con lo que buscaban?

—No. Lo sé porque al irse estaban de mal humor. Pero no le den más vueltas, fue ese diablo quien me lo mató, el general Ufkir, ese *shaitán* a quien

maldigo cada noche y cada día. Fahim fue a verlo, eso me dijo, tenía que llegar ante él, quería contarle la verdad, eso repetía, contarle toda la verdad.

—Entonces ¿se vio con Ufkir después del asalto de Sjirat?

—Sí, y el demonio lo mató. Era un muchacho inocente, mi único varón. Lo dejaron tirado en una calle, detrás de su propio cuartel general. Quisieron hacer ver que lo había atropellado un coche. Nos lo mandaron en una caja para fusiles, ni siquiera en un ataúd decente. Lo hizo aquel canalla, él me lo quitó, ojalá arda por toda la eternidad en el lago de fuego del Yahannam.

Tenía ojos de asfalto, se decía de Mohamed Ufkir para simbolizar lo inmovible de su mirada. Por fuera, sus rasgos esenciales eran ese y un perfil de tiburón que te hacía imaginar que ocultaba en la boca unos largos colmillos. Las gafas rectangulares, de sol o graduadas, siempre de pasta negra, le añadían un toque siniestro, de burócrata del mal. Por dentro lo caracterizaba su crueldad extrema, que lo hizo famoso y temido: hay quien sostiene que le producía un gran placer causar dolor. Se había curtido en la Legión Francesa y su uniforme estaba lleno de condecoraciones ganadas en los frentes de la Segunda Guerra Mundial y de Indochina. Fue herido por un lanzallamas alemán; entró a la cabeza de las tropas aliadas en Roma, con la bandera en la mano; fue ayudante de campo de Mohamed V; sobrevivió de milagro a la explosión de un obús en Saigón y, cuando le interesó tomar distancia con París y acercarse a Hassan II y los nacionalistas que reclamaban un Marruecos independiente, hizo todo lo que pudo por dividir a estos últimos y servirle el poder en bandeja a su nuevo amo, de forma que en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en el más fiel servidor del heredero al trono. Su primera medida fue tejer una red de delatores y espías que lograsen que no se pudiera dar en todo el país un paso sin que él lo supiera, y vigilar cualquier movimiento que pusiese en peligro el sistema autoritario que pretendía instaurar su jefe. La segunda fue alentar en el monarca la idea de que su patria tenía que hacerse con los enclaves de Ceuta, Melilla, Ifni y Tarfaya, todos en poder de España, invadir Mauritania y también el Sáhara Occidental. Y esa era justo la razón por la que me había interesado en él cuando empecé a documentarme para mi novela sobre la Marcha Verde. Por eso sabía perfectamente de quién hablaba la madre del difunto Fahim Jamal.

—Y, sin embargo, para sus hijas fue un padre ejemplar y muchos en Marruecos lo tienen mitificado y peregrinan en secreto a su tumba —me había dicho Isabel, aludiendo a los libros de Soukaïna y Malika.

—Lo primero pueden justificarlo los lazos de sangre, pero lo segundo es inaudito porque fue un ser terrible, un verdadero exterminador, y no creo que

hubiera un milímetro de nobleza o afán justiciero en sus actos, sino simple ansia de poder.

—Supongo que quienes lo tienen en un altar piensan en su intento de derrocar al tirano.

—Eran tal para cual, por eso se entendían tan bien.

—Quieres decir que eran tan parecidos que no había sitio para los dos en el mundo.

—Fueron grandes amigos y compañeros de farra. Y el guerrero se transformó en profesor del soberano, al que insistía en que su gran obra sería conquistar el Río de Oro, como él llamaba al desierto para resaltar sus riquezas subterráneas. En cuanto pudo, reprimió con la ayuda de las tropas coloniales a las tribus saharauis, aniquiló sus ganados, cegó sus pozos y las mandó a un éxodo del que nunca han regresado.

—Pero eso fue en los cincuenta.

—Sí, y España se quedaría en la zona otros dieciséis años, pero la semilla había sido sembrada y Hassan II no pararía hasta lograr su objetivo. En realidad, sólo tuvo que esperar a que Juan Carlos I se hiciera con la jefatura del Estado, porque en cuanto lo logró se lo puso muy fácil.

—Te refieres a que le dejó vía libre para que invadiese el Sáhara.

—Exacto, y con ello alcanzó su primer objetivo. El segundo, según el plan trazado por Ufkir, era aniquilar cualquier tendencia política que pudiera hacer frente a su modelo autocrático, en el que había una Constitución y un Congreso de adorno, sometidos a su voluntad, se celebraban elecciones que eran manipuladas y los opositores, calificados como «enemigos de la corona y de la nación», eran perseguidos con saña.

—Y vinieron los que se conocen como «días oscuros».

—Había en juego demasiados intereses como para querer renunciar a los privilegios que ofrece administrar el país en compañía del célebre *majzén*, la oligarquía que mueve los hilos del Estado desde la sombra y con grandes beneficios: de ese nombre deriva la palabra «almacén», y para hacerse una idea de lo que ha ido acumulando en los suyos la familia real, no hay más que recordar que Hassan II llegó a tener una fortuna estimada en casi tres mil millones de euros y que su hijo la ha duplicado.

—Tiene doce palacios —dijo Isabel, consultando sus notas—, más de mil cien sirvientes, yates, joyas e intereses en las principales empresas de la nación, incluyendo el banco hegemónico, Attijariwafa, del que su grupo financiero, llamado Al Mada, posee el cuarenta y seis por ciento de las acciones; compañías de seguros, turísticas, de telecomunicaciones,

energéticas, inmobiliarias, mineras y, por supuesto, dedicadas a la construcción, algo que tiene mucho que ver con el Sáhara y con el expolio de sus recursos naturales: es socio de la multinacional franco-suiza Lafarge-Holcim, la cementera más poderosa del mundo. Y para fabricar cemento se necesita arena.

Un entramado de esas dimensiones requiere silencio e impunidad a su alrededor. Le conté de qué manera había perseguido Ufkir, para satisfacer a Hassan II, cualquier intento de disidencia contra su régimen, y más que a nadie a sus dos adversarios más peligrosos, el nacionalista Sheikh el-Arabi, a quien apodaban *el inhallable* por su capacidad para burlar una y otra vez las trampas que le tendía Ufkir, y el socialista Mehdi Ben Barka, que había sido profesor de Matemáticas del soberano en el Colegio Imperial de Rabat. A este último intentó amedrentarlo con un par de atentados intimidatorios, después le robaron las elecciones comprando a los votantes por diez dirhams y diez kilos de harina o, en otros casos, por un pan de azúcar y un saco de té. Como ninguno de los dos opositores se rendía, se los acusó de traidores, se montó un juicio político contra ellos, con pruebas falsas y testigos comprados, y, con la disculpa de que los subversivos estaban en busca y captura, Ufkir organizó contra todos los militantes de izquierdas una persecución sanguinaria que le granjeó su siniestra fama como torturador.

—¿Quieres decir que lo hacía él, que se encargaba de eso personalmente?

—Le gustaba aparecer a última hora por los calabozos y usar el puñal para mutilar a los presos ante sus compañeros o para rematar a los detenidos ya agonizantes tras el suplicio. Otras veces los ametrallaba o les hacía profundos cortes en la espalda donde luego metía sal marina. Los cuerpos eran sepultados después bajo los naranjos del palacio de Dar el-Mokri, en un barrio residencial de la capital.

—¿Hay pruebas de todo eso?

—Cientos de testimonios.

—Pues menudo héroe popular.

—A Sheikh el-Arabi, un personaje que ha sido cuidadosamente borrado del mapa y del que ni siquiera las redes dan hoy en día mucha información, consiguió tenderle, por fin, una emboscada de la que no pudo escabullirse, en Casablanca y tras el soplo de uno de sus lugartenientes. Se cuenta que después de un tiroteo encarnizado, al verse sin posibilidades de huir, salió a la calle solo, con las manos en alto y su pistola en una de ellas, para encarar al ejército que lo apuntaba y al que Ufkir dio la orden de alto el fuego, y que, cuando uno y otro estuvieron frente a frente, El-Arabi le dijo al militar: «Yo

sé que me quieres vivo, tú sabes que sólo me queda una bala y ambos que, si fueran dos, la primera sería para ti; pero, por desgracia, no la tengo».

—¿Y se pegó un tiro?

—Efectivamente. Aquel mismo día, Mohamed Ufkir fue nombrado ministro del Interior.

Para liquidar a Ben Barka, al que odiaba desde que le había humillado en público al gritarle que sus medallas «no eran más que quincallería propia de un mercenario», tuvo que esperar un año y desplazarse a París. Allí fue secuestrado, el 29 de octubre de 1965, el fundador de los partidos Istiqlal y UNFP cuando se dirigía a entrevistarse con un director de cine que preparaba supuestamente un documental sobre él y sobre el llamado Movimiento Tercermundista, que, en realidad no era más que un cebo para atraerlo. Nunca más se volvió a saber de él. Las pesquisas realizadas por la policía llegaron a la conclusión de que había sido trasladado a una casa de las afueras y golpeado hasta la muerte, según unas fuentes por dos sicarios y según otras por agentes franceses, pero en cualquier caso siempre bajo el mando de Ufkir, quien habría participado de forma activa en el martirio. El militar y ya miembro del Gobierno fue juzgado en rebeldía y condenado a cadena perpetua, que obviamente no iba a cumplir. El cuerpo de la víctima jamás apareció, aunque, décadas más tarde, un antiguo miembro de los servicios secretos marroquíes aseguró que fue trasladado en un avión de las Fuerzas Aéreas a Rabat, para que lo viese con sus propios ojos Hassan II, y de ahí al palacio de Dar el-Mokri, donde fue disuelto en una caldera de ácido. En su libro *Diario de un príncipe desterrado*, Mulay Hicham el Alauí, sobrino del rey, primo de Mohamed VI, da otra versión: que sólo le llevaron la cabeza.

—Y a ese personaje siniestro fue a quien tuvo la idea de encomendarse el desdichado Fahim Jamal, al menos según la versión que nos contó en Zeluán su madre —concluí.

—Pobre inocente. Querría hacer valer su lealtad y pedir protección ante quienes sospechaba que lo buscaban para vengarse de él, que serían los asaltantes de Sjirat, tras haber visto fracasar su sublevación por culpa de esos tres cadetes que dispararon a todo el mundo menos a quien iban a matar.

—Quizá tuvo mala suerte y ese Ufkir ya era otra persona, alguien que no le iba a premiar por haberle salvado la vida a Hassan II, sino a castigarle por ello: es muy posible que ya estuviese tramando su propio golpe de Estado.

—Pero esa segunda intentona, como bien sabemos, también fracasaría.

—No sólo eso, sino que además Ufkir lo vio en directo, desde la torre de control del aeródromo de la base militar de Kenitra, que era el puesto de

mando que había elegido para contemplar la destrucción y caída del avión real que había ordenado atacar.

—Pero sus pilotos no dieron en el blanco.

—Ni a la primera ni a la segunda. ¿Recuerdas que el profesor Alarcón nos contó que lo volvieron a intentar cuando ya estaba en el aeropuerto de Rabat?

—Perfectamente.

—Ufkir envió a sus cazas para que ametrallasen el edificio y, si era necesario, lo bombardearan hasta reducirlo a cenizas. Pero, aunque parezca increíble, los engañaron de nuevo: una comitiva de vehículos oficiales, escoltados por motoristas que habían aceptado hacer de señuelo y de mártires, atrajo la atención de los golpistas, que salieron tras ellos: pero esos automóviles estaban vacíos, eran una simple maniobra de distracción. Mientras los perseguían, el rey escapó en dirección contraria.

A los compinches de Ufkir pronto les tocó hacer el papel de Judas en la llamada Operación Buraq, cuando el director de Seguridad Nacional, Ahmed Dlimi, que iba a bordo del avión que habían intentado derribar, les ofreció por teléfono salvar sus vidas a cambio de la del ministro de Defensa. Aceptaron el trato y le hicieron creer a su líder que habían localizado a Hassan II en una casa vecina a la embajada del Líbano, malherido y por completo indefenso. Cayó en la trampa y cuando llegó a aquel lugar, en uno de los Renault 6 blancos del Estado Mayor, para encargarse personalmente de rematar el crimen, tal y como le gustaba hacer, el propio Dlimi le abatió, sin darle tiempo a que sacase su pistola de la cartuchera. Si es cierto que Hassan II se acercó a él para darle el tiro de gracia personalmente, mientras yacía acribillado e indefenso a los pies de su señor y pupilo, Ufkir aún tendría fuerzas para verlo y al menos se iría al otro mundo con la satisfacción de saber que le había enseñado muy bien a su alumno cómo ejercer el oficio.

—También se ahorró conocer el calvario que les esperaba a sus hijas e hijos y a su mujer en Tazmamart —dijo Isabel.

Tras la Marcha Verde y la ocupación del Sáhara, Ahmed Dlimi fue ascendido a jefe de las fuerzas marroquíes en el desierto y suya fue la iniciativa de construir el muro que, supuestamente, protege a la nación alauí de los ataques del Frente Polisario, y que en la práctica mantiene a miles de personas deportadas en los campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia. A él, sin embargo, también le llegaría el momento de caer en desgracia y sus días acabaron en un sospechoso accidente de tráfico, justo después de haber sido recibido por Hassan II en el palacio de Marrakech.

Por su parte, a Mohamed Ufkir es verdad que algunos lo veneran y le rinden tributo visitando su tumba en Aïn Chaïr, en las montañas del Alto Atlas, cavada en un cementerio donde se usan como lápidas grandes piedras cuyo fin es que los chacales y las hienas no profanen las sepulturas; pero también es cierto que la ley prohíbe pronunciar su nombre. «Los delitos llevan en las espaldas el castigo», dice Miguel de Cervantes. A veces, lo llevan hasta el más allá.

Capítulo ocho

—En cualquier caso, no sé por qué nos hace a los dos perder el tiempo obligándome a que le cuente algo que usted ya sabía —le reproché por teléfono a Akram al-Husayni, por ocultarnos que él o sus matones, si eso es lo que eran, ya habían pasado por Zeluán.

—No se enfade, amigo Urbano, no se enfade —dijo, tras una de sus risotadas estruendosas—, era sólo una prueba inocente que confirma lo que esperaba de usted: ¡no se le escapa una! Además, valore en su justa medida que gracias a mi pequeña broma han conocido esa plaza famosa en España por ser el escenario de lo que en su país llaman el «desastre de Annual».

—Sí, por supuesto, se refiere a esa carnicería en la que pasaron a cuchillo, después de que hubieran sacado bandera blanca, a cerca de quinientos regulares españoles.

—Bueno, bueno, ya lo escuchó el otro día: «Las guerras son siempre horribles, y aún más entre naciones hermanas» —dijo, repitiendo palabra por palabra lo que nos había dicho el funcionario petimetre de Nador. Le encantaba hacer eso, dejarte claro que tenía ojos y oídos en todas partes. Era una forma de presión como otra cualquiera.

Miré nuestra puerta de embarque, donde ya había llegado la azafata de tierra. Los preparativos del vuelo de Melilla a Madrid en el que Isabel y yo íbamos como pasajeros estaban a punto de comenzar.

—La familia de Fernando Santafé le quiere dar las gracias por su intercesión para que sus restos puedan regresar a España —dije, porque de bien nacidos es ser agradecidos y porque, efectivamente, me lo habían pedido.

—Transmítales un saludo afectuoso de mi parte. Sé que son grandes empresarios del sector farmacéutico. Una lástima: no podremos hacer negocios, no es mi campo de acción. Al menos, de momento.

—No me dirá que ahora está interesado en el mundo de los antibióticos...

—«Yo nunca me cierro puertas, si lo haces, no sabes lo que hay detrás». La frase es suya.

Nos despedimos y antes de colgar prometí informarle de los progresos que hiciera en cuanto pudiese viajar a Granada en busca del segundo cadete, Haidar Rachidi. Eso sería el fin de semana. Hasta entonces, tocaba volver a nuestros trabajos, yo a mi instituto de enseñanza secundaria y mi novia a su puesto en González y Uribe.

Había llegado a algunas conclusiones, en cualquier caso. La primera, que tras su papel determinante en los sucesos de Sjirat, una hazaña o una felonía según a quién le preguntases, los tres cadetes se habían dispersado: uno fue a Zeluán y luego a Rabat, donde encontró la muerte; otro debió de tomar un barco a Algeciras o a Málaga, y desde ahí viajó a Granada, donde vivían unos parientes suyos; y del tercero se sospechaba que también se había marchado a España, probablemente a Valladolid. ¿Salieron juntos de Marruecos? Ese enigma aún no tenía solución. Y también había otra cosa que me intrigaba: por qué no se supo nunca el nombre del tercer cadete. Si todo el mundo lo vio llevarse a Hassan II para matarlo y regresar con él vivo, ¿cómo es que nadie lo conocía? Los soldados es verdad que son parecidos entre sí, el uniforme los iguala, los gestos aprendidos en la instrucción también, y más cuando su adiestramiento se ha llevado a cabo en una academia militar como la de Ahermumu, conocida por la extraordinaria dureza con la que trataba a los reclutas el coronel Ababu, que sometía a los futuros suboficiales a una disciplina de hierro, con maniobras extenuantes, pruebas de resistencia al límite y ejercicios de tiro con fuego real, cuyo fin era transformarlos en máquinas de obedecer, guerreros dispuestos a cumplir sin pestañear cualquier orden que se les diera. Que esa orden terminara siendo la de matar al rey, a quien su superior se refería despectivamente como «el negro», en referencia a los rasgos que había heredado de su madre, no era tan rara. Que no la hubiesen cumplido unos muchachos tan robotizados que varios testigos presenciales del día de la matanza coincidieron en pensar que iban drogados era algo impensable y que evidenciaba o la capacidad infinita de seducción de Hassan II o la magnitud de la recompensa que debió de ofrecerles. Se entendía muy bien que su hijo Mohamed VI quisiera recuperar a cualquier precio el documento con su abdicación, ya que de hacerse público destrozaría la imagen gloriosa y serena de su padre que había pasado a la historia.

Dábamos por hecho que la figura del monarca estaba tras el encargo de su amigo Akram al-Husayni, como demostraba lo fácil que había sido la recuperación de los restos mortales de Fernando Santafé en Nador, «aprobada por las más altas instancias de Marruecos», según nos había dicho el

funcionario que nos atendió. Los reyes sólo dan la cara en las monedas, para el resto de las cosas ya están sus vasallos.

El profesor José Antonio Alarcón, con el que cruzaba llamadas o mensajes muy a menudo y que era, realmente, un pozo sin fondo de conocimientos, salió una vez más en mi ayuda. A medida que le contaba por dónde iban mis investigaciones, tras pedirle la máxima discreción, él iba consultando los fondos casi inacabables de la biblioteca pública del Estado en Ceuta; y si algo no se encontraba allí, generalmente porque no existía, se tomaba la molestia de hablar con los mayores especialistas en los asuntos que nos ocupaban. Los conocía a todos y había trabajado con la mayoría. Si tu número no estaba en su teléfono es que no eras nadie en el ámbito de los estudios sobre Marruecos o acerca de sus relaciones de toda índole con España.

—Es muy fácil, hombre, no te ahogues en un vaso de agua —me dijo, con su habitual tono zumbón—, que esto lo resuelves con una operación matemática muy sencilla: si salieron mil cuatrocientos cadetes de Ahermumu hacia el palacio de Sjirat y para desplegarse también en otros centros neurálgicos en Rabat, y murieron trescientos, porque se sabe que Hassan II amnistió exactamente a mil cien, entonces necesitamos saber qué mil noventa y siete regresaron a sus cuarteles y qué tres no lo hicieron. Y yo conozco a la persona que puede comprobarlo.

Era cierto, un historiador amigo suyo, del que callaré el nombre porque así me lo ha pedido, llevaba tiempo trabajando en una crónica pormenorizada, y aún inédita, de las dos tentativas de golpe de Estado de los años setenta. Tenía sus fuentes en los archivos del ejército y contactos con algunos mandos que, antes de prestarle su ayuda, se habían asegurado de que no preparaba un libro que desacreditase a la Corte alauí. Le prometí que yo sólo aspiraba a contar en una «novela de aventuras» la historia del soldado que no quiso matar a Hassan II, y que necesitaba saber si de verdad vino a España y qué hizo aquí. Por supuesto, usaría un nombre supuesto en mi libro, lo que me interesaban eran sus peripecias, no su identidad y, además, en una obra de ficción como las mías, decir que le vas a dar un nombre falso a un personaje real para protegerlo «contribuye a incrementar el misterio y, si hay suerte, las ventas». No le veía muy por la labor, así que tuve que recurrir a un golpe bajo para ganarme su confianza: deslicé de forma sibilina un par de insinuaciones muy tenues acerca del legendario y nunca visto documento de abdicación del rey y sobre la posibilidad de que llegase a demostrar que existía y de tenerlo en mi poder. Reaccionó como un arqueólogo al que se le enseñara el Santo

Grial desde la otra orilla de un río: se tiró al agua y se abrió a compartir el dato que yo necesitaba y que era mucho más importante para mí que para él. Me pidió unas horas para comprobar los listados que tenía en su despacho. Hay gente que puede ser muy generosa, pero sólo si le das algo a cambio.

Mientras llegaba ese informe, seguí leyendo cosas sobre los empresarios españoles que habían tenido intereses comerciales en Marruecos durante la época del Protectorado y los tenían aún en los tiempos presentes, sobre todo en el Sáhara Occidental. Me interesaba conocer a los grandes beneficiarios de lo que ocurrió tras la Marcha Verde y la toma del desierto. Como sabemos por el ejemplo de la familia Llodra, la independencia conllevó la intervención del régimen en todos los bienes de su territorio. A gran escala, se decretaron una serie de nacionalizaciones en los sectores productivos que explotaban diferentes empresas francesas o españolas, y también se llevaron a cabo expropiaciones de terrenos agrícolas y factorías en manos de los colonos, que luego se sabría que convirtieron al propio monarca en el mayor terrateniente del país. En un plano más modesto, empresas familiares como La Valenciana o negocios como el parador de Ketama también fueron obligados a incorporar socios marroquíes y a compartir con ellos o con el Estado, que venían a ser lo mismo, el famoso *majzén*, la mitad más una de sus acciones. Muchos aceptaron vender sus propiedades a precios muy bajos y la mayoría cruzó la frontera, de vuelta a casa: en 1957 había algo más de doscientos mil españoles en Marruecos; en 1961, no llegaban a ciento cuarenta mil, y la desbandada continuó en los siguientes años. Pero esas cifras demuestran que no todos se marcharon, y un nombre que se repetía junto al de los Llodra, los Contreras, los Fierro, los Benet o los Gabarrón en los artículos y las monografías que consultaba, era el del gijonés Narciso Santos Freal, al que ya he citado como uno de los visitantes y cazadores asiduos de las montañas nevadas del actual Isaguén. Le fue rentable el entretenimiento, porque no tardaría mucho en ir de montería con el propio Hassan II, a quien fue presentado por uno de sus socios, el leonés Ildefonso González Fierro, creador de Manufacture d'Allumettes Franco-Marocaine y presidente del Banco Ibérico, que antes de diversificar sus quehaceres y convertirse en uno de los empresarios más sobresalientes de su época se había enriquecido fabricando cajas de fósforos, siempre en régimen de monopolio y gracias a sus estrechas relaciones con el poder de turno, en España, en Portugal y en el propio Marruecos, donde abrió factorías en Tetuán y Casablanca. Quédense con estos apellidos, Fierro y Freal, porque son primeros espadas de este relato.

Para situarlos en su contexto, recordemos que en los años del dominio español del territorio que abarcaba el Protectorado se había querido fomentar el turismo en la zona y se organizaron, por ejemplo, circuitos de una semana que recorrían Tetuán, Chauen, Larache, Arcila y Alcazarquivir, o de dos si la ruta se alargaba un poco más, hasta Nador, Melilla y el cabo de Tres Forcas, donde dependiendo de la estación del año era posible contemplar la migración de las aves desde África a Europa, ver bosques de coral rojo o avistar tortugas, cetáceos y las últimas focas monje del planeta. Esa oferta incluía una estancia intermedia de tres días en el parador de Ketama, sin duda porque aquellas cumbres del Rif habían pasado a formar parte de la mitología de la dictadura, que había levantado en el Llano Amarillo un monumento a la conjuración contra la República.

La primera empresa que Santos Freal montó en Marruecos, en plena Guerra Civil, fue una de coches de alquiler que recogían a los viajeros que llegaban al norte de África por vía aérea, en una de las líneas inaugurales de la compañía Iberia, fundada en 1927, que llegaba allí desde Vitoria y tras pasar por Salamanca, Cáceres y Sevilla. Poco después se asoció con los Llodra para construir algunos de los cines que se pusieron en marcha en varias ciudades: el Avenida y el Monumental en Tetuán, el Rif en Nador, el Gran Teatro Cervantes en Tánger... Más adelante organizó algunos servicios de abastecimiento para los comedores de las comandancias de infantería de Ceuta, Melilla y Larache, sobre los que con el tiempo correrían oscuras murmuraciones que hablaban de oficiales corruptos que se quedaban parte del dinero transferido por el Estado para comprar mercancías, utensilios y alimentos que nunca llegaban a su destino o que eran revendidos a terceros, exigiendo a los proveedores que emitieran facturas adulteradas o directamente en blanco, lo que proporcionaba ganancias sustanciosas a los implicados en el fraude.

Tras el fin del Protectorado, nuestro hombre supo moverse y aprovechar las oportunidades que se le presentaban, se reveló como un maestro en el arte de nadar entre dos aguas, las que se movían en Rabat y en Madrid y que no siempre estaban tranquilas, y dio en el clavo al introducirse en el mundo de la construcción de infraestructuras y viviendas, un negocio muy lucrativo en un lugar devastado a cañonazos. Para rematar la jugada, sus buenas relaciones con la Casa Real le llevaron a encontrar socios entre la aristocracia financiera del *majzén*. Poco a poco sentó las bases del emporio que sus herederos dirigen en la actualidad y cuyas sedes principales están ahora en Santa Cruz de Tenerife y en Málaga. Su nieto y heredero de la sociedad anónima Maresa se

llama Gustavo Santos Freal y es uno de los hombres más ricos de España, dueño, entre otras cosas, de una flota naviera que cuenta con un puerto de amarre privado en Las Palmas de Gran Canaria. Y una parte muy sustanciosa de las ganancias que exhibe su cuenta de resultados sale de la explotación en el Sáhara del segundo recurso natural más escaso de nuestro planeta, tras el agua: la arena.

Tuve que dejar ahí mis indagaciones destinadas a servir de base a la novela sobre la Marcha Verde y sus consecuencias, para ir a dar mi siguiente clase. Les iba poner a mis estudiantes un comentario de texto de un poema de Quevedo, para que analizaran si sus palabras seguían teniendo una lectura actual: «Sacrilegios pequeños se castigan; / los grandes en los triunfos se coronan / y tienen por blasón que se los digan. / Lido robó una choza y le aprisionan; / Menandro un reino, y su maldad obligan / con nuevas dignidades que le abonan». Era castellano del Siglo de Oro, pero a media clase le iba a sonar a chino.

Estaba en el Montevideo, el bar-restaurant cercano a mi instituto al que siempre voy a desayunar, a leer los periódicos y a veces a comer. De hecho, iba a encontrarme allí con Isabel, que me quería poner al corriente de sus hallazgos en el terreno que más conocía y donde más podía echarme una mano en este nuevo caso: el de las grandes corporaciones de nuestro país que operaban en el desierto, según la ONU de manera ilegítima, pues dos resoluciones de su Asamblea General dejaban meridianamente claro que ese territorio pertenecía al pueblo saharauí, que este tenía derecho a la autodeterminación y a explotar sus riquezas y que su único representante legítimo era el Frente Polisario. Pero los intereses de unos o de otros y el cinismo de casi todos habían convertido esos solemnes dictámenes en papel mojado.

—Si es que eres un ingenuo y por eso me gustas —se había burlado aquella mañana mi novia mientras desayunábamos—. Pero la verdad es que, aparte de ti, ya no quedan idealistas, eres el último ejemplar, el resto se han extinguido igual que tus focas monje de Melilla..., sólo que un siglo antes.

Acababa de decirle que la llegada de los pioneros del Rif, en los años del Protectorado, de la que ella me iba contando sus vidas y milagros, había tenido un cierto aroma épico, un porcentaje incluso de romanticismo, mientras que los inversores de hoy día eran puros burócratas, especuladores, gente que trabajaba a distancia, a menudo sin pisar siquiera los lugares donde actuaban sus propias empresas.

—No te montes películas —insistió— ni te presentes a tu examen sobre Quevedo porque lo suspenderías: lo que dicen esos versos que vas a ponerles a tus alumnas y alumnos valía tanto para su época como para la nuestra, y lo que pretendían los Fierro, los Llodra y los Freal entonces es lo mismo que quieren hoy Yecasa, Ceisa, Rodman, Urovesa o las distribuidoras de hidrocarburos, que no van allí por amor al Tercer Mundo ni en busca de paisajes exóticos, sino a llevarse materias primas, a repartirse los beneficios con el *majzén* o, en algunos casos, a venderle a Marruecos los vehículos blindados y el material antidisturbios con los que se reprimen las protestas contra su ocupación. Y, por cierto, también es lo que quiere nuestro amigo Akram al-Husayni, que según he averiguado tiene sus intereses allí: es socio de una cementera de copropiedad hispano-marroquí y dueño de una flota dedicada al transporte de materiales pesados. Y, a falta de hacer algunas comprobaciones, me parece que tiene que ver en parte con la compraventa de armamento militar. Pero hay algo más...

—Soy todo oídos.

—¿A que no sabes quién se sienta junto a él en el consejo de administración de las dos primeras?

—Fácil: los intermediarios de Mohamed VI.

—Eso por descontado. ¿Y quién más?

—Sorpréndeme.

—¿No lo adivinas?

—¿Me vas a decir que Santos Freal?

—Exacto: el heredero, presidente y accionista número uno de Maresa.

—¿Y te parece raro que nos lo ocultase?

—No es que nos lo ocultara, es que no nos lo dijo.

—Son cosas parecidas.

—Pero no son iguales. En realidad, no tenía por qué mencionarlo, dado que no es un asunto relacionado con el encargo que te ha hecho.

—Es curioso, vayamos por donde vayamos, todos los caminos van a dar al Sáhara. Y esa es una buena noticia para mi novela.

—El mundo es un pañuelo —dijo Isabel.

Estaba recordando esa conversación mientras recogía mis cosas para volver al trabajo, me despedía de Marconi, el propietario del local, y me encaminaba a la puerta de salida, cuando llegó un mensaje a mi teléfono. Era del historiador con el que me había puesto en contacto el profesor Alarcón. «Nassim el-Mansouri», decía. «Ese es su tercer hombre, no hay duda».

Fahim Jamal, Haidar Rachidi y Nassim el-Mansouri. Los tres soldados de Sjirat. Ya eran míos. O eso quise creer.

Capítulo nueve

—Al principio, cuando le oí hablar de Granada y de un tesoro, creí que te iba a mandar a excavar ahí enfrente, en el Patio de los Leones, en busca de las joyas enterradas de Boabdil «el Chico».

—Tú riéte lo que quieras, pero aquí había yacimientos y minas que ya explotaron los romanos, en lo que llaman el Cerro del Sol. No hace tanto venía gente de toda España a buscar pepitas en el río Darro, cuyo nombre, de hecho, significa eso: «de oro».

—Pero no las encontraron, o no lo logró casi nadie. Ni tampoco las supuestas orzas de los nazaríes, llenas de dinares amarillos y dírham de plata —dijo Isabel, que al parecer también había leído sobre eso.

—Quién sabe, quizá, entonces, es que siguen ahí, bajo las torres del castillo rojo.

—¿Vas a ir a buscarlas?

—No las necesito, ya tengo todo lo que me hace falta en la vida.

Estábamos justo enfrente de la Alhambra, cenando en Casa Juanillo, mi restaurante predilecto de la ciudad, en el corazón del Sacromonte. Las vistas eran espectaculares, los demás clientes miraban la Alcazaba, el Generalife y el resto del conjunto igual que se mira un fuego: hipnotizados; y yo no le quitaba ojo a ella, con su sonrisa retadora e inocente a la vez, su copa de vino blanco destellando en una mano, el anillo de nuestro compromiso en la otra y sus labios pintados de color rosa buganvilla. Estaba hecha de la piel del diablo, habría dicho mi madre, y yo le hubiese respondido que tenía razón.

Era un hermoso martes de principios del mes de diciembre y habíamos llegado cuatro días antes, la noche del viernes, al finalizar nuestras jornadas laborales y aprovechando un largo puente con dos fiestas que caían en lunes y miércoles. En las calles se veían ya las luces y los adornos de Navidad, en los escaparates brillaban tentadoramente los regalos, se oía en los comercios la música típica de esas fechas, edulcorada y evocadora a partes iguales, y una multitud iba y venía por las aceras cargada de bolsas y paquetes de

envoltorios satinados, bien abrigada porque el frío de nieve que descendía de Sierra Nevada era helador. Pero nosotros no habíamos ido de compras ni a pasear, sino tras los pasos de Haidar Rachidi y quién sabe si también de Nassim el-Mansouri.

Los parientes del primero eran de etnia bereber y extracción muy baja, igual que las de casi todos los cadetes de Ahermumu, que provenían de las montañas del Rif y el Atlas Medio y eran campesinos que malvivían en provincias dejadas de la mano de Dios como Ifrane, Sefrou o El Hajeb. Su tío paterno había llegado a España en los años sesenta, una época en la que el número de inmigrantes del Magreb era muy escaso, nada que ver con lo que ocurriría a mediados de la siguiente década, y menos aún con las oleadas que se producirían en el futuro. Era el menor de siete hermanos y estaba a punto de cumplir los veintiún años cuando se subió al barco que lo llevaría al otro lado del estrecho de Gibraltar. Además de anticiparse a miles de compatriotas, no lo hizo para enrolarse en el sector de la construcción, que era lo más frecuente, ni quiso buscar su oportunidad en grandes urbes como Madrid o Barcelona, que eran los destinos más habituales, sino que fue a Granada, parece que haciendo gran parte del trayecto a pie desde Algeciras, y se empleó en una tienda de antigüedades del Albaicín, donde empezó como mozo de carga y chico de los recados. Con el tiempo, a base de paciencia, esfuerzo y amabilidad, se convirtió en dependiente y luego en encargado del local. Se había hecho amigo de los propietarios del negocio, un matrimonio que era ya bastante mayor, y que le había tomado cariño por su bondad y trato respetuoso. Aquella mujer y aquel hombre, de edades muy avanzadas y solos, pues su único hijo y descendiente había muerto en las trincheras al final de la Guerra Civil, prácticamente lo adoptaron y, cuando les llegó la edad del retiro y empezaron a manifestarse los problemas de salud, él los cuidó igual que a unos padres y ellos, para su sorpresa, le traspasaron la propiedad del negocio y lo nombraron en su testamento único poseedor de sus bienes. Aquel dinero llovido del cielo lo usó para traerse desde la remota comuna rural de Ait Naamane a su prima Naouar, con la que se casó y fue feliz, pero no tuvo hijos. Ella era quien nos había contado su historia.

Samir Rachidi, que así se llamaba el tío de Haidar, era un personaje popular y muy querido por sus vecinos, que lo veían todo el día en danza, arriba y abajo, caminando de forma infatigable y siempre con una sonrisa en la boca por el Paseo de los Tristes, la cuesta del Chapiz o la placeta del Cristo de las Azucenas, para repartir su mercancía a domicilio. Nunca dejaba de ayudar a cualquiera de sus clientes en lo que pudiesen necesitar y aplicando

una línea del Corán que dice «Al-lāh está con los que tienen paciencia», siempre disponía de unos minutos para oír fascinado las leyendas que le contaban sobre el Mirador de San Nicolás, el Arco de las Pesas, la casa Horno del Oro o el Aljibe del Rey y cambiarlas por otras propias de su tierra, en las que aparecían el valle de las Rosas, al pie del monte Mgoun, los bosques de cedros de Taza o las interminables cuencas de los ríos Sebú y Oum Er-Rbia, que encendían la imaginación de sus contertulios con un exotismo de cuento oriental.

Tras la muerte de sus benefactores, Samir renovó su establecimiento para que tuviese un aire de bazar y cambió el género con el que comerciaba, importando de Marruecos faroles de cristal coloreado, lámparas con arabescos ornamentales, juegos de té de alpaca o las tradicionales alfombras y esteras *beni ouarain*, hechas con lana de oveja de los valles del Atlas. La idea salió bien y le dio para ganarse el pan sin pasar estrecheces, atendiendo cada día y cada tarde a los turistas con la ayuda de su esposa, hasta que se lo llevó una enfermedad fulminante, de un modo prematuro, en 2013, cuando acababa de cumplir los sesenta y nueve. Lo enterraron, de cara a La Meca, en el cementerio musulmán de La Rauda, en la dehesa del Generalife, un camposanto que se había creado en 1936 para la Guardia Mora de la que le gustaba rodearse al caudillo de los sublevados.

Naouar, su viuda, nos confirmó que el cadete Haidar Rachidi había ido a visitar a su tío a Granada poco después de los sucesos del palacio de Sjrát y que se quedó con él apenas unos días. Luego parece que se fue a algún lugar de Francia, aunque quizá no llegase tan lejos, porque Samir le oyó hablar con alguien, desde el teléfono de monedas que había en la tienda, y mencionar más de una vez el Principado de Andorra. Recordaba lo que su esposo le había contado, porque entonces ella aún estaba en Ait Naamane: entre otras cosas, que notó al muchacho asustado, como si supiera que alguien lo seguía y temiese ser encontrado.

—Y también contaba siempre lo del Corán —dijo.

—¿A qué se refiere?

—Nuestro sobrino llevaba uno muy hermoso consigo: papel de seda, lomos dorados, tapas de cuero rojo... No se separaba de él. Debía de ser un regalo de alguien importante.

—¿Lo que quiere decir es que era un joven religioso? —quiso saber Isabel, desconcertada por aquel salto narrativo.

—«Quien cambia la fe por la incredulidad deja lo bello en medio del camino» —citó—. Todos en nuestra familia somos creyentes, señorita

Escandón. Pero no, en este caso lo que iba a contarles es que ese libro debía de significar mucho para él; me refiero a ese ejemplar en concreto, porque antes de irse le pidió a su tío que le dejara ocultarlo en la tienda hasta su regreso, disimulado entre otros volúmenes decorativos que los propietarios tenían en algunos de los muebles, para que no se le perdiese o se lo robaran durante un viaje que debía hacer. Lo puso entre los que estaban más altos, en un rincón inaccesible excepto si usabas una escalera.

Cruzamos una mirada de entendimiento: los dos habíamos pensado lo mismo.

—¿Y qué fue de él? —le pregunté, tratando de no parecer demasiado ansioso—. No me diga que se lo llevó algún cliente...

—Vino a buscarlo él mismo, años más tarde. Mi Samir y yo éramos ya marido y mujer. Haidar estaba muy cambiado, no se parecía en nada al niño que yo recordaba de Marruecos ni tampoco, por lo visto, al adolescente que había venido de visita la primera vez. Vestía al modo occidental y llevaba ropa de calidad, zapatos caros y un buen reloj. Nos dejó caer que había estado en Francia y en Alemania. También nos trajo muchos regalos: flores, pasteles, una cesta con nueces, higos y dátiles...

—Y recuperó el Corán...

—Así es.

—Discúlpeme, ¿ustedes nunca tuvieron la tentación de mirar el libro? ¿Jamás le echaron un vistazo?

—¿Por qué íbamos a hacer eso? Tenemos el nuestro y todos los ejemplares dicen lo mismo, la palabra de Dios es sólo una.

—Es decir, que estuvo aquí unos años y luego Haidar lo recuperó. ¿Les había dejado alguna otra cosa a su cuidado?

—Pues no.

—Y tal y como había dejado el libro —insistió Isabel— se lo llevó.

—Nos pidió la escalera y subió a por él. Lo vimos sacarlo de entre aquellos cachivaches, usar un pañuelo para quitarle el polvo y hojearlo, supongo que debía de estar buscando una *sūrah* especial y un *āyah* que necesitase leer. Después bajó, con una gran sonrisa y alabando a Dios, y luego se fue.

—Y ustedes no le pidieron ninguna explicación —afirmó Isabel, con un cierto tono de reproche.

La mujer nos observó perpleja, con una expresión de desconcierto que parecía sincera.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? A los musulmanes se nos enseña a hacer el bien sin pedir nada a cambio. «Si eres agradecido, te daré aún más», dice Al-lāh.

—Ha sido usted muy amable con nosotros, señora Naouar. Si me lo permite, me gustaría plantearle una última cuestión, antes de retirarnos y dejarla tranquila, no queremos molestarla más.

—No lo hacen. Al contrario, su visita me ha permitido honrar la memoria del hombre maravilloso con el que tuve la suerte de compartir mis días y mi corazón —dijo, llevándose ceremoniosamente las manos al pecho, cruzadas igual que si fuera a crear el efecto óptico de un pájaro en un teatro de sombras.

—Lo que queríamos preguntarle es si volvieron a tener algún contacto personal o de otro tipo con él; no sé, si hubo conversaciones telefónicas o se intercambiaron cartas.

—Jamás. Y a Samir le dolió un poco, si tengo que ser sincera. Eso sí, cuando su tío murió, Haidar me hizo llegar un gran ramo de tulipanes rojos.

—¿Vino alguna otra persona a preguntar por él, como estamos haciendo ahora nosotros?

—Sí, muy pocos días después de que se marchara.

—¿Sabe quiénes eran?

—Ni remotamente. Bueno, sólo que se trataba de unos compatriotas nuestros. Creo recordar que Samir me contó que se presentaron como unos compañeros de Haidar en la academia de Ahermumu. Les dijo que no lo había vuelto a ver, que no nos había dejado señas ni teléfono, y que no mantenía contacto de ningún tipo con él. Pero luego, esa tarde y al día siguiente, le pareció verlos merodear por los alrededores de la tienda y por el barrio, como si no se fiaran.

Nos despedimos con la promesa de visitarla de nuevo cuando pasase por Granada para presentar la novela ambientada en Marruecos y España en la que le conté que estaba enfrascado, aunque sin entrar en muchos detalles ni mencionar el desierto, al Frente Polisario o la Marcha Verde, que siempre podían ser temas conflictivos. No me hubiera perdonado incomodarla, porque había sido muy hospitalaria con nosotros y nos habían desarmado la gentileza y serenidad con la que expresaba su dolor por los tiempos felices que no iban a volver. La existencia te obliga a beber «entre el néctar de amor mortal veneno», como dice Góngora, y saber pasar ese mal trago con tristeza y sin amargura es una virtud propia de los seres que tienen una gran presencia de

espíritu. Pero es que, aparte de gustarnos, también nos había sido de gran ayuda y nos había proporcionado información muy valiosa.

—Así que, número uno —dije, tres días más tarde, en nuestra mesa de Casa Juanillo, la noche en que estábamos haciendo inventario de nuestros descubrimientos—: al llegar aquí a Granada, Haidar Rachidi estaba igual de asustado que Fahim Jamal cuando llegó a Zeluán, y los dos dieron claras muestras de estar huyendo de algo y de sentirse en peligro.

—Número dos —siguió Isabel, tomando el testigo—: si fue a Andorra, no podía ser más que a cobrar el dinero que Hassan II les dio a él y a sus compañeros de Ahermumu a cambio de su vida. Tu Comendador de los Creyentes era un lince y lo tenía guardado a buen recaudo en aquel paraíso fiscal donde había libertad de circulación de divisas; no existía una moneda autóctona, lo cual hacía imposibles las regulaciones del Sistema Monetario Internacional; no se pagaban impuestos y se implantó el secreto bancario. El edén de los evasores de capitales.

—Y la conclusión número tres te la cedo a ti: ¿qué habría traspapelado a propósito nuestro segundo cadete en aquel Corán que ocultó en la tienda donde trabajaba su tío?

—¡La abdicación del rey!

Esa noche, mientras dormíamos abrazados en nuestra habitación del hotel, tan desnudos como sólo pueden estarlo unos cuerpos iluminados por la luz de la luna, a los dos se nos apareció el dulce vendedor de lámparas y alfombras Samir Rachidi. En mi caso, lo veía en el lugar donde nuestra anfitriona nos había mandado a buscar una parada de taxis, sentado al borde de la fuente del Aljibe Bāb al-Bunud, mirando al cielo con una gran sonrisa blanca en los labios, exactamente igual que la de la foto suya que habíamos visto en su casa; en el de Isabel, lo encontró en un sitio en el que había restos de una torre árabe que podía ser la antigua Puerta de los Estandartes, donde el suelo era de piedra y crecían unos árboles frutales que le parecieron naranjos, así que tal vez a los dos se nos había manifestado en el mismo rincón: la placeta del Abad. Ella también vio a su esposa, que caminaba hacia él por las mismas calles que habíamos recorrido en nuestro paseo por el Albaicín, vestida con un *soussia*, el traje de novia de las bereberes. Los dos tenían en la mano un tulipán rojo, y el caso es que, al contárnoslos por la mañana, descubrimos que lo llevaban tanto en su versión como en la mía.

Si alguien más hubiese estado en aquel cuarto, habría oído que hubo un momento en que Isabel me susurró en sueños: «Te quiero, Samir». Y que yo, también dormido, contesté: «Te quiero, Naouar».

Capítulo diez

—Las razones siempre son las mismas: el dinero y el poder; las disculpas pueden cambiar: la religión, el nacionalismo, la patria, la identidad, la justicia, los sentimientos, el honor... Pero no hay guerra mundial, civil o familiar que no salga de ahí, a ese combate se va de uniforme y es de talla única: o bien hay algo que tiene valor y alguien que pretende quedárselo, o bien hay unas personas que quieren dominar a otras y convertirlas en sus sirvientes. Eso es lo que se cuece en todas partes, la llave maestra que abre igual las puertas de Nueva York que las de Pekín, las de Moscú que las del Sáhara, y el resto es sólo la tapadera.

El profesor José Antonio Alarcón remató su discurso con un gesto horizontal de la mano, moviéndola de izquierda a derecha de forma tajante: se acabó, tabla rasa, no hay más que hablar. Habíamos ido a visitarlo en un coche de alquiler, desde Granada a Algeciras, que son menos de tres horas de viaje, y de ahí hasta Ceuta, en lo que Isabel llama el ferri y yo el transbordador. Le habíamos puesto al corriente de nuestras pesquisas y ahora estábamos cenando en uno de los restaurantes de la playa de la Ribera. En la que, por cierto, hubo no hace demasiado tiempo una batalla campal entre la ciudad autónoma y Cádiz, cuando se pretendió rellenarla con arena traída de los Caños de Meca. Se levantó tal polvareda que al final el trasvase se hizo con la que había acumulaba en el foso navegable de las Murallas Reales.

—Quieres decir que lo del desierto no era ni es un asunto territorial, sino económico, y que al rey de Marruecos y su *majzén* les interesan más los billetes que las banderas.

—A ellos y al resto de la humanidad. A ver, en esto también había una razón geoestratégica y política. Estados Unidos siempre apoyó a Marruecos como un aliado contra el comunismo, y a su monarquía por considerarla un contrapeso en el Magreb al modelo revolucionario de Argelia, que tenía más relación con la Unión Soviética.

—O sea, por la misma causa por la que le dio un espaldarazo a la dictadura en España.

—Más o menos, con sus matices. Y es lo que siguen haciendo ahora por considerar la monarquía alauí un bastión contra el fundamentalismo islamista. Pero, en cualquier caso, a lo que sí condenó entonces Washington a Marruecos y España fue a entenderse: los dos países reñían por el Sáhara y ninguno quería soliviantar a los norteamericanos, así que se ponían zancadillas, pero se andaban con pies de plomo.

—Bueno, forcejeaban por el Sáhara pero también por Ifni, por Tarfaya, y hasta por Melilla y por esto —dije, señalando con el dedo índice el suelo que pisábamos.

—Eso último era y es más una forma de presionar que una aspiración verdadera. Hassan II sabía que ahí pinchaba en hueso y Mohamed VI tampoco lo ignora. Lo que pasa es que cada uno jugaba sus cartas. En la época de la dictadura, la bomba de relojería siempre estuvo ahí, las cartas y los embajadores iban y venían de Dar al-Majzén a El Pardo, se alcanzaban acuerdos pesqueros, diplomáticos, pero luego volvía la tensión... Y lo otro, pues se decantaba con cuentagotas y a paso de caracol. Era la historia de nunca acabar, un continuo tira y afloja ya desde los tiempos de Mohamed V, que estuvo erre que erre con la reconquista desde el minuto uno, al volver de su exilio en Madagascar, y más aún con la llegada al trono de su hijo: se les cedía Tarfaya y cabo Juby, había movimientos de tropas a los dos lados de la frontera, se firmaban más tratados, se producían sabotajes y combates, se convertía a Ifni y al Sáhara en nuevas provincias españolas...

—Porque el desierto era sagrado, sobre todo desde que aparecieron los fosfatos —dije, sirviéndonos a todos otra ronda y pidiendo a los camareros, con un gesto, una segunda botella; esa noche, invitábamos nosotros.

—Efectivamente, ahí está el quid de la cuestión. Desde Madrid se argumentaba que el Sáhara Occidental era una posición básica para la defensa de las islas Canarias y desde el otro lado se reivindicaba como parte de su territorio, se hacía correr la fanfarronada de que la única frontera aceptable para ellos era el río Senegal y se pedía lo mismo que hoy pide el actual rey de Marruecos para nuestras comunidades en África: gobierno compartido y explotación conjunta. A eso el régimen militar respondió promulgando una Ley de Hidrocarburos cuyo fin era, precisamente, buscar petróleo en la zona, y constituyendo una empresa dependiente del Instituto Nacional de Industria para extraer los minerales de la discordia, y eso fue lo que precipitó que Marruecos reclamase su propiedad ante la ONU.

—He leído que la cesión de Ifni se hizo creyendo que serviría de ejemplo para obtener la de Gibraltar por parte de Gran Bretaña.

—Puede ser. Pero a la vista está que el paralelismo no funciona.

—Y, al final, la Marcha Verde lo precipitó todo.

—A ver, eso fue una pantomima, los trescientos cincuenta mil civiles dirigiéndose a la frontera en camiones, la conquista pacífica y todo aquel circo no era más que una cortina de humo para encubrir la invasión militar que se llevó a cabo entre bambalinas y que, de hecho, ya se había producido una semana y media antes, cuando fue ocupada por las armas la región de Saguía el Hamra.

—Una maniobra de distracción...

—Pues claro, hombre, si es que eso lo sé yo y lo sabe todo el mundo, aunque no lo cuente nadie en España, imagino que para no ponernos la cara colorada con la falta de vergüenza torera que se tuvo en aquellos días, porque la pura verdad es que los soldados de Hassan II ocuparon los puestos de Hausa, Edcheiría, Mahbes, El Farsía —dijo, sacando los dedos como un tigre que exhibiera sus garras—, uno tras otro, sin encontrar resistencia alguna. Y, al final del paseo militar, pues mira, ni referéndum, ni autodeterminación, ni gaitas: Marruecos se pasó a la ONU y se nos pasó a nosotros por el arco del triunfo, arrió nuestra bandera e izó la suya sin haber pegado un tiro y santas Pascuas, aquí paz y después gloria. En resumen, que se quedó con el pastel por las bravas y desde entonces es suyo.

—Y de quien quiera ayudar a cocinarlo, a cambio de meter en él la cuchara.

—Eso también. Y, como las monedas tienen su cara y su cruz, los millones van de un lado a otro del estrecho de Gibraltar y a tus pobres saharauis no les caen ni las migas, porque los abandonó todo el mundo: nosotros, Mauritania y en su conjunto eso que los vendedores de quimeras llaman la comunidad internacional y que nunca ha existido. Fin de la historia.

Brindamos como si hubiese algo por lo que hacerlo y nos quedamos callados y pensativos un buen rato. La noche de Ceuta era tranquila. El sonido del agua dulcificaba el ambiente y el efecto del vino relativizaba los problemas. Sin embargo, pensé en los campos de refugiados de Tinduf, en Argelia, a los que no habíamos podido ir en aquel viaje, pero que visitaríamos pronto. Pensé en esa gente expulsada de su tierra y en el muro que los separaba de ella con alambradas de espino, fosos y campos de minas, a un lado las tiendas de campaña, al otro los radares, los sistemas de infrarrojos para la visión nocturna, los puestos de artillería... Pensé también en el hambre

y el sufrimiento de unos comparado con la abundancia de los otros, aquellos que explotaban los yacimientos de fosfatos o de gas, los bancos de peces, las minas de hierro, uranio y plomo. Yo trabajaba para uno de ellos y no me gustó. Pero tampoco era capaz de renunciar a la historia cautivadora que él había puesto a mi alcance y que, poco a poco, con una paciencia de enredadera y la capacidad de atracción de una droga, se iba mezclando con la que yo tenía pensado escribir, antes de conocerlo. Las preguntas daban vueltas en mi cabeza: ¿estaría vivo Haidar Rachidi? ¿Dónde fue tras recuperar la abdicación de Hassan II del Corán oculto en la tienda de su tío en Granada? ¿Fueron los hombres del general Ufkir quienes se presentaron allí a buscarlo? ¿Quién mató realmente a Fahim Jamal? ¿Qué fue del tercer soldado, Nassim el-Mansouri? No podía apartarme de todo eso porque ya lo contemplaba en forma de novela. Eso sí, ya veríamos después de qué forma la contaba, quiénes serían los buenos y quiénes los malos. El tiempo, árbitro de todas las cosas, lo dictaminaría.

—¿Qué os parece si nos retiramos? —dijo Alarcón, sacándome de mis pensamientos.

—Antes permíteme que te dé las gracias de nuevo por ponerme en contacto con tu amigo el historiador: sin su ayuda, no habríamos sabido ni por dónde empezar. Otra cosa que te debo —le dije, mientras llenaba equitativamente y por última vez nuestras tres copas.

—No tienes que darme las gracias —respondió, volviendo a arrellanarse en su silla—, pero a él sí, y ya sabes cómo: si de verdad existe ese papel con la abdicación manuscrita de Hassan II y lo encontráis, aunque a mí me da que las dos cosas están aún por ver, tu obligación es compartirlo con él. Son las reglas: él te dio lo que necesitabas y tu deber es corresponderle.

—Sabes que no puedo hacer eso: si aparece el documento, que yo cada vez estoy más convencido de que sí existe, su único propietario será Akram al-Husayni. Lo estoy buscando para él, o puede que para Mohamed VI, y si doy con él, será suyo. Tiene derecho a que se lo entregue y también hay una banda de culturistas a su servicio que vendrían a por mí si le traiciono.

—¿Eso es lo que piensas, que él es un simple intermediario y que la idea de contratarte salió de palacio?

—¿Tú qué opinas?

—Yo no opino, estudio y me informo. Y resulta que, al parecer, en estos momentos el soberano está enfadado con su súbdito. No diría que haya caído en desgracia, al menos por ahora, porque eso es algo que aquí te convierte en un apestado: si el *majzén* te da la espalda, te vuelves invisible; pero sí me

consta que la relación no es la que era. Ya sabes que tengo mi casa de vacaciones a dos pasos de las tuyas, y en La Kabila todo se sabe, hasta las paredes tienen oídos.

—¿Por qué disgustó a Mohamed VI?

—Vaya pregunta... Pues por los negocios, alma de cántaro, ¿qué iba a ser, si no? Y, mira por dónde, justo lo que a vosotros más os interesa.

Qué bueno era, cómo controlaba las artes escénicas y con qué clase de buen narrador dosificaba el misterio. No me extrañó que sus alumnos siguieran sus clases embobados, ni la veneración con que, una y otra vez, se acercaban a saludarlo al cruzarse con él por las calles de Ceuta.

—¿Estamos hablando, una vez más, de la arena del Sáhara?

—Y tanto que sí, aunque Marruecos prefiera llamarlo «las provincias del gran sur». Parece que las cuentas no están claras en la empresa donde ambos, el rey y Al-Husayni, son socios de vuestro Santos Freal. Se rumorea que los cargueros que transportan la mercancía desde el puerto de El Aaiún hasta los de Santa Cruz de Tenerife, Gran Canaria o Málaga no declaraban la cantidad real, sino un tercio menos en cada viaje, y que alguien ha filtrado ese engaño a la Corte.

—Vamos, que le estaban sisando al rey.

—Blanco y en botella... Tened en cuenta que la ganancia se produce al llegar a destino, que es donde se encarece el producto. Me explico: lo que en las islas Canarias se vende a catorce euros la tonelada, en El Aaiún se compra por tres, que es el equivalente a los treinta y un dirhams que les pagan por ella. Pero además hay otra cosa, una fuente de ingresos que por lo visto tampoco compartían con él y que ha sido la gota que ha colmado el vaso de su paciencia: se trata de las rentas que se obtienen por todo el proceso de análisis, drenaje, fumigado y demás tratamientos a los que se somete al producto, antes de autorizar su comercialización. Y hablamos de cantidades muy sustanciosas.

—Me lo imagino, porque luego todo es aprovechado —dije—: he visto que la parte del león va para las constructoras, que lo necesitan para fabricar cemento; con otro porcentaje se hace el asfalto de las carreteras y el resto sirve para regenerar playas o para inventárselas...

—Y te quedas muy corto —intervino Isabel—, además se utiliza en la elaboración de vidrio, de papel, de cientos de productos cosméticos y de limpieza o de los microchips que llevan los ordenadores, los teléfonos móviles o las tarjetas de crédito. ¡Está por todas partes! Y su extracción causa un daño medioambiental notable.

—Eso desde el punto de vista ecológico, pero es que además está el aspecto moral —dije—. Esa materia prima se la están robando al pueblo saharauí, es suya, y lo dicen todas las resoluciones habidas y por haber de las Naciones Unidas. Pero se las saltan a la ligera y lo hacen allí y aquí, en eso van de la mano.

—Es que nada une tanto como desplumar a otro juntos —ironizó el profesor Alarcón. Quitarles hierro a las cosas es una de sus especialidades.

—Entonces tu hipótesis, si no lo he entendido mal —dije, obedeciendo su sugerencia implícita de no ponerme solemne—, es que Al-Husayni pretende hacerse con la deshonrosa capitulación de Hassan II para regalársela a su hijo Mohamed VI y de esa forma congraciarse con él.

—Correcto. Es una teoría, no una evidencia, pero creo que tiene su lógica y que explicaría a qué viene tanto interés, justo ahora y en estas circunstancias poco favorables para sus intereses, por ese escrito cuyo valor, a estas alturas, ya debería ser puramente arqueológico..., si no estuviéramos hablando de una monarquía que le da mucha trascendencia a los símbolos, tal vez porque se ampara en ellos para justificar sus privilegios. Visto desde ese ángulo, no te quepa duda de que Mohamed VI daría lo que fuera por conseguir esa capitulación humillante y, una vez en sus manos, poder destruirla.

La madeja se iba desenredando. Y a mí iba a costarme volver al día siguiente a Madrid y al otro a mi instituto de enseñanza secundaria: nada me urgía ya tanto como resolver los enigmas que me rodeaban y escribir la novela donde contaría esta historia en la que no podía negar que estaba atrapado y a la que ya no era posible darle la espalda: barrer las hojas caídas no hace que desaparezca el otoño.

Cuando fuimos a pagar, Isabel se dio cuenta de que no nos habían puesto en la cuenta las dos botellas de vino y avisó a uno de los camareros para que subsanase el error.

—Están ustedes invitados a la bebida —dijo—, por cortesía del señor Akram al-Husayni.

Me giré como impulsado por un resorte, pero ni que decir tiene que él, por supuesto, ni estaba allí ni lo había estado jamás. Sus ojos, sin embargo, estaban por todas partes.

Capítulo once

—Fue Ascensión —dijeron a dúo María de los Ángeles y Esperanza Labajos González. Y, a partir de ahí, se repartieron de forma alterna, y quitándose la palabra de la boca, un relato que parecía ensayado y cauteloso, hecho con la destreza de quien camina de memoria sobre un suelo de madera evitando pisar las tablas que ya sabe que crujen. Las dos eran muy ancianas y debían de haber repetido una y otra vez esa historia que yo, como se sabe, ya conocía, pero que no interrumpí por educación y para que fuesen tomando confianza, porque el recelo con el que observaron mi móvil cuando activé la grabadora fue evidente: de pronto, las dos tenían la mirada de quien busca sitio en un bote salvavidas.

—Eso no tiene vuelta de hoja, porque nos lo contó la propia Juanita: que no fue ella quien escondió al príncipe, sino la otra.

—Díaz Folgueras, se apellidaba. Se lo llevó a otras dependencias del palacio y los cadetes nunca llegaron a verlo.

—Bueno, eso porque lo dices tú, que no estabas allí. Lo mismo lo vieron que no lo vieron.

—¡Mujer, qué cosas tienes! Si lo ven, lo matan.

—Pues al rey lo vieron y no lo mataron.

—Claro, hija, pero Hassan II tenía cuarenta y dos años y Mohamed VI aún no había cumplido los ocho. El padre ya se vio que podía camelarse a los soldados, pero la pobre criatura ya me contarás tú qué iba a hacer.

—En cualquier caso —las interrumpí, para evitar que se me fuesen por los cerros de Úbeda—, su hermana tenía un rango superior, ¿no? Era una de las gobernantas de la casa.

—Era la que cortaba el bacalao en la Corte. Y cómo no iba a ser así, cuando llevaba en Rabat desde los tiempos de Mohamed V.

—Es que era muy mandona, ¿sabe usted? ¡Todo un carácter!

—Y le encantaba Marruecos. Se volvió a España para operarse del cáncer, que si no es por eso, aquí no regresa ni loca, se habría quedado allí para

siempre, igual que la otra.

—Pero cuando pasó lo de Sjurit no pudo hacer nada, los golpistas se lo impidieron.

—Se la llevaron con los demás rehenes. Luego se han inventado eso de que se tiró a una piscina a salvar al niño y no sé qué más zarandajas... ¡Pero en qué cabeza cabe, si no sabía nadar!

—A no ser que aprendiese allí. Eso ya sí que no lo podemos asegurar.

—Y un periodista también se sacó de la manga aquello de que empezó a gritarles en árabe a los secuestradores, con el heredero en brazos, y los echó con cajas destempladas.

—Aunque lo hablaba de maravilla, igual que el príncipe el español, ¿eh? Ella se lo enseñó y cuando estaban a solas era la lengua en la que conversaban.

—Era como una madre para él. ¿Sabe una cosa? Me da un poco de vergüenza contársela, pero en fin... Cuando le hicieron eso que se hacen ellos...

—La circuncisión, cariño, se llama circuncisión. Estoy segura de que este señor no se va a asustar.

—Bueno, bueno, pues muy bien, aunque no sé por qué hay que ser tan explícitas... Cuando le hicieron... esa cosa horrible —dijo, sin poder ocultar un gesto de aversión—, fue ella, nuestra Juanita, quien lo acompañó donde los médicos y después le hizo las curas, no olvide que también era enfermera.

—¿Sabe qué pasa? Pues que era estricta pero también muy cariñosa. Seguía las órdenes que se le daban, que se basaban en imponerles una disciplina estricta a los príncipes y sus hermanas, pero también les daba un beso o les hacía una caricia, ¿me comprende? «Rigor y amor, que una cosa no quita la otra», ¡cuántas veces la habremos oído repetir eso!

—«Coraje, ten fe y coraje, nunca te rindas», le decía siempre al futuro rey Mohamed VI. ¿Y sabe una cosa? Eso fue lo mismo que le repetía él cuando vino a verla al sanatorio Nuestra Señora de Loreto. «No te rindas, tía Juanita, por favor».

—Había que verlo, ¡cómo lloraba!

—Parece que lo estoy viendo: ¡qué lágrimas!

—Tengo una duda —intervine—: si no fue su hermana la que salvó a Sidi Mohamed, ¿por qué fue a ella a quien condecoró Hassan II?

—Pues ya se lo hemos dicho antes: porque llevaba allí desde 1957, era la jefa y me imagino que creerían que poniéndole las medallas a ella se las ponían a todas.

Asentí, pero cada vez me parecía más evidente que lo que pretendió aquella mujer con su versión de lo acontecido en el palacio de Sjirat, desmentida por varios testimonios y por algunos hechos probados, fue cubrirse las espaldas, quitarse protagonismo y desviar la atención para evitar las represalias de quienes, entonces o ahora, se sintiesen damnificados por la monarquía alauí... Y que, de no ser por las cuidadoras de Mohamed VI y los tres soldados que misteriosamente no liquidaron a Hassan II, se habría extinguido aquel día y en aquella fiesta de cumpleaños.

La casa de dos alturas en la que vivían las hermanas Labajos González estaba a las afueras de Madrid; era antigua, pero confortable y nada vetusta, no se apreciaba en ella el más mínimo síntoma de deterioro o quebrantamiento, ni manchas de humedad, ni muros con grietas o que necesitasen una mano de pintura. Se notaba que le habían hecho una buena reforma, todo parecía impecable, sólido y bien cuidado, incluido el jardín, donde crecían sanos y lustrosos varios cedros, diferentes frutales y un olivo. Seguro que eso ocurría en gran parte por la presencia en la propiedad de una interna marroquí, de Fez, según me informaron, llamada Zainab, de aspecto brioso y constitución atlética. Las paredes estaban sobrecargadas por objetos acumulados a lo largo de toda una vida y el aire del cuarto por el perfume humeante de una vela aromatizada.

En lo que se refiere a sus propietarias, las hermanas Labajos conservaban, pese a la edad, una especie de energía agazapada, una buena apariencia, venerable y con un toque de distinción. Lucían un cabello algodonoso, de un blanco tiza, y una y otra un collar parecido al cuello, tal vez procedente del joyero de algún antepasado. Su ropa se asemejaba de manera notable a la tapicería de los sillones en los que nos sentábamos y denotaba que tenían querencia por los tejidos suaves, el color verde menta y los estampados de flores. Estaban muy delgadas, y la holgura de las prendas que vestían te invitaba a echar cálculos e imaginarlas en la época en que estrenaron esos vestidos con un aspecto menos frágil, más robusto. A Isabel le hubiera encantado su forma de expresarse, «con palabras que parecían derretirse en sus bocas como si fueran de chocolate», habría dicho, parodiándome.

Pero la señorita Escandón no estaba allí para oírlas, porque esta vez nos habíamos dividido el trabajo: yo me encargaba de hablar con la familia de Juana y ella, aprovechando un viaje profesional, se acercaría a Valladolid a entrevistar a la única pariente que habíamos podido localizar de la otra cuidadora de Salus Infirmorum, Ascensión Díaz Folgueras. Y, después de eso y de asistir en San Sebastián a una convención de multinacionales

farmacéuticas, cruzaría la frontera para encontrarse en Francia, donde vivían exiliadas, con las hijas del general Ufkir. Su capacidad resolutive no dejaba de asombrarme.

—Su hermana pertenecía a la organización católica *Salus Infirmorum* —les dije, con todo el cuidado, a mis interlocutoras: no había dejado de reparar en los signos religiosos diseminados por la habitación y en el Sagrado Corazón de la puerta de entrada.

—Y a mucha honra. Eran unas benditas. Fíjese en que lo fundó doña María de Madariaga en 1942 y sigue abierto. Juanita tuvo mucho trato con ella, que era una mujer como no ha habido otra, un ángel. Y además escribía versos preciosos. ¿Quiere usted que le recite unos de memoria?

—Por favor —dije, animándola con un gesto de la mano para que se lanzase a declamar, con un tono retórico y una vehemencia que no concordarían con el mérito más que dudoso de los ripios doctrinales y bienintencionados que empezó a soltar, pero que en ella resultaban conmovedores.

—«¡Adelante! Bien cerca de Cristo y de su Iglesia, / apóstoles y madres, dos cosas a la vez. / Tierra de las reservas morales y divinas, / no debemos cansarnos jamás de hacer el bien».

—Y hay otros también muy bonitos —la secundó su hermana, con el mismo candor y haciendo revolotear de forma idéntica las manos—: «Hace falta tener la sonrisa en los labios, / olvidar las ofensas, perdonar los agravios, / gozar, sin arrebatos de fiebre o de pasión, / cantar como los pájaros, si nos daña una pena, / tener la frente limpia, la mirada serena: / llevar el mundo entero, dentro del corazón».

Me había documentado sobre aquel personaje y sabía a quién se referían. María de Madariaga y Alonso fue una estudiante de Enfermería de la Universidad Central de Madrid, de ideas marcadamente conservadoras, que llegó a presidenta nacional de las Juventudes Femeninas de Acción Católica, donde su éxito a la hora de ejercer el proselitismo en cientos de conferencias dadas a lo largo de todo el país obró un auténtico milagro de los panes y los peces: entre 1928 y 1936, hizo que el número de militantes pasara de nueve mil a setenta mil.

Al producirse el levantamiento militar e iniciarse la guerra, fue detenida en el portal de su casa de la calle Almagro y encarcelada en una checa, de la que logró huir para escapar a Francia con un pasaporte falso que le dio su hermano, quien poco después sería fusilado en el Cuartel de la Montaña. Ella, por su parte, regresó en cuanto pudo a España, para ser inspectora de

hospitales de la zona rebelde, con el cargo de dama auxiliar de la Sanidad Militar. Nada más instaurarse la dictadura, puso en marcha la Asociación de Hermandades Diocesanas de Sanitarias Españolas *Salus Infirmorum*, estrechamente vinculada a la jerarquía eclesiástica y cuya finalidad programática no dejaba resquicio a la duda: «Promover una acción apostólica capaz de llevar a cabo, a través de sus miembros, la evangelización del mundo de la salud, por medio del testimonio cristiano, su capacitación profesional y la adhesión incondicional al Sumo Pontífice». Con esas premisas y el aval del Estado y la Iglesia, que vieron en ella a alguien que podía hacer en ese campo lo que Pilar Primo de Rivera en la Sección Femenina o Mercedes Sanz Bachiller en los orfanatos del Auxilio Social, abrió ocho escuelas de enfermeras en Madrid, Salamanca, La Coruña, Palma de Mallorca, Cuenca, Cádiz, Tánger y Valladolid, donde las jóvenes matriculadas estudiaban, en sus dos primeros cursos, las asignaturas de Religión, Ética profesional, Moral, Nociones de anatomía y fisiología, Higiene, Física y química, Cultura general y Cocina dietética, aparte de hacer sus prácticas en diferentes sanatorios y también en los dispensarios parroquiales de los suburbios de las ciudades. En el tercer año, optativo para las que quisieran completar su aprendizaje, se impartían las especialidades de Puericultura y Pediatría, Psiquiatría, Cirugía, Radiología y Trabajo de laboratorio. No tengo que aclarar, naturalmente, que hubo dos palabras que subrayé de inmediato en rojo, porque le venían como anillo al dedo tanto a mi proyecto de novela sobre la Marcha Verde como a mi investigación para Akram al-Husayni: *puericultura* y *Tánger*.

La Hermana Mayor, como todo el mundo llamaba respetuosamente a doña María de Madariaga, repartió su larga vida entre dos pasiones en principio antagónicas, la espiritual y la científica, así que lo mismo asistía de forma regular a congresos y seminarios médicos en Mánchester, Birmingham y Londres, o viajaba a Estados Unidos para seguir unas lecciones sobre el tratamiento de invidentes en una universidad de Boston, que organizaba sucesivas peregrinaciones de enfermos al santuario de Lourdes, a Fátima o al cerro de los Ángeles. Un ser contradictorio, capaz de ponerle una vela a Dios y otra a Hipócrates.

Y sí, por supuesto, también había echado un ojo a sus obras de teatro y a sus libros de poemas, influenciados por mis queridos san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. A Isabel y a mí nos había divertido especialmente uno que trataba de ser un homenaje a la mística de Ávila, a quien sin duda soñaba emular fundando escuelas de enfermería como ella fundó conventos de la Orden de los Carmelitas Descalzos, y que, más bien, daba lugar a una

imitación no muy afortunada: «Es santidad de tal suerte / que me invade y me atraviesa, / que quiero, como Teresa, / gozar en vida mi muerte». Sin embargo, dejando aparte su estatura literaria, su boato de beata e incluso sus afinidades políticas, nadie puede negar el peso y la importancia social que tuvo su gran obra, *Salus Infirmorum*, que dirigió con mano firme durante cincuenta años y, al menos a título honorífico, hasta su fallecimiento en 2001, cuando tenía cumplidos ya los noventa y cinco.

—Sí, ya sabía de la existencia y de la obra de doña María de Madariaga. En realidad, me alegra mucho que la mencionen, porque tenía pensado de antemano hacerles alguna pregunta relacionada con su figura; también quiero hablar de ella en mi proyecto —les dije a mis anfitrionas, para dorarles la píldora. Funcionó: en sus caras pareció encenderse una luz que hasta entonces había estado apagada.

—Pues adelante, no se cohíba. Si en algo le podemos ayudar... ¿Va a escribir su biografía? En ese caso, hará usted una tarea muy noble: a personas así hay que tenerlas presentes.

—Antes dijeron que su hermana Juana y ella tuvieron una muy buena relación.

—Y como hay Dios que así fue. Juana la trató mucho, aunque fuera con todo el respeto, porque aquella mujer imponía, no se crea, con lo poquita cosa que era...

—Siempre tan dulce, siempre con su sonrisa bondadosa...

—Pero tenía algo, una personalidad arrebatadora, una energía interior que no se la he notado a nadie en mi vida.

—Era una fuerza de la naturaleza.

—El caso es que la conoció, como supondrá, cuando entró de alumna suya, aquí en Madrid, intimaron un poco más cuando hizo las prácticas en el Hospital del Niño Jesús, y ya nunca perdieron el contacto.

—Y puede tener por seguro que eso no lo hacía ella con la primera que pasase. No sé si sabrá usted que doña María era muy selectiva a la hora de elegir al personal: una *Salus* no podía serlo cualquiera.

—Eran necesarios unos modales, una presencia, un saber estar...

—Y llevar contigo una carta de recomendación de tu párroco, no te olvides de ese detalle.

—No, qué me voy a olvidar. Eso por descontado. Había que tener una buena reputación.

—Ser una persona decente, vamos... Al menos lo que en aquel entonces se entendía por decencia...

—Sí, sí, claro —las corté, para que no se me fuesen por las ramas—. Lo que quería que me confirmaran es si la señorita Labajos fue a Marruecos a raíz de abrirse la escuela de Salus Infirmorum en Tánger.

—Pues claro, allí fue, al Hospital Español, que era donde estaba la escuela y se formaron muchas chicas, algunas eran moras, luego las conocimos, ¿te acuerdas?

—Igual que si las tuviera delante: Sohora Abselam, Amina Dailali, Fátima Ben Ahmed Ben Mehand... Unas bellísimas personas. Y también me acuerdo de las de aquí, de María Luisa Lajusticia, Ángeles Erro... Gente buena como el pan.

—Anita Lasry, Carmen Díaz... Bueno, aunque, en verdad, españolas lo eran todas, ya sabe que en aquel tiempo Tánger era nuestro.

—Y todas eran compañeras de Juanita —tercié, para encarrilar una vez más la conversación—, en el Hospital Español.

—Exacto, ella fue a hacer allí unas prácticas y también a los dispensarios de Valle Florido y Beni Makada. Qué bien suenan esos nombres, ¿verdad? Son como de cuento.

A María de Madariaga le había encomendado llevar Salus Infirmorum al norte de Marruecos el ministro de Asuntos Exteriores, conocido suyo y miembro, igual que ella, de Acción Católica, con el objetivo de que formase enfermeras que pudiesen atender a los españoles del Protectorado. Ella vería en ese encargo una oportunidad catequística, puesto que podría nutrir el proyecto de jóvenes musulmanas a las que, aparte de enseñarles a hablar y escribir el castellano, se les iban a dar nociones de Anatomía y Fisiología, Matemáticas, Higiene, Técnica de cuidado de enfermos o Bacteriología, pero también clases de Religión, Moral profesional o Formación política, y no tardó en ponerse manos a la obra, se desplazó a Tánger, hizo una campaña publicitaria y de captación en la zona y pronto tenía alumnas suficientes para sacar a flote el proyecto. Una vez más, se llevó los dos gatos al agua, y si en Roma le otorgó Pío XII la cruz Pro Ecclesia et Pontifice, en Rabat le colgó Hassan II la Ouissam Alaouite.

—No se vaya a creer usted, ni por asomo, que les regalaban el título, ¿eh? —continuaron María de los Ángeles y Esperanza—; en absoluto. Al acabar el curso las vacunaban y tenían que ir a Cádiz para examinarse en la facultad de Medicina, y ahí les daban, si aprobaban, el diploma de Ayudante Técnico de Enfermería.

—O el certificado de Cuidadora Profesional.

—Sin embargo, su hermana ya fue a Marruecos siendo enfermera.

—Es cierto, pero allí se especializó en Puericultura. Y, como era la mejor entre las mejores, la destinaron ni más ni menos que a Rabat, a ocuparse de los hijos del rey.

—Y figúrese lo bien que lo haría que Hassan II llegó a decir que, entre todos los lazos de amistad que unían a España y Marruecos, uno de los más fuertes era *Salus Infirmorum*.

—Hay que ver lo bien hablaba ese señor, daba gusto oírlo. Tendría sus cosas, no digo que no, pero era todo un caballero. Y su hijo también lo es: siempre nos felicita por nuestros cumpleaños y manda flores para Juanita, que en paz descanse, el día del aniversario de su muerte.

—Su padre fue también un hombre de suerte —intervine, para meter baza—, que se salvó de los dos atentados que se llevaron a cabo contra él, y sobre todo del de Sjirat, donde estaba su hermana.

—La *baraka*, hijo, la *baraka*, y nada más —respondieron, pero noté que volvían a ponerse en guardia. Las dos levantaron la cabeza al unísono, como lo harían las dependientas de un comercio al oír tintinear la campanilla de la puerta.

—No quiero cansarlas más, me gustaría hacerles sólo una última pregunta, que es importante.

—Si es sobre el asalto al palacio, se lo repito: fue Ascensión la que escondió al príncipe —porfió María de los Ángeles.

—Ascensión Díaz Folgueras —remachó Esperanza. En ese punto, estaba claro que no había la más mínima discordancia entre ellas.

—No era eso, no se preocupen. Quería preguntarles por los soldados.

—Explíquese —dijeron, mirando de forma sincronizada sus relojes; estaban de acuerdo en que había llegado la hora de que me marchara.

—¿Su hermana les dijo algo sobre los tres cadetes que fueron enviados a matar a Hassan II y en lugar de dispararle lo salvaron?

—¿Y qué iba a decirnos, si probablemente ni los vio? Pensé que eso había quedado claro.

—No nos dijo ni una palabra, nunca jamás.

—¿Les resultan familiares los nombres de Haidar Rachidi y Nassim el-Mansouri?

—Nunca los habíamos oído —soltó María de los Ángeles, con reticencia.

—Bueno, pues me voy a despedir de ustedes. Si en algún momento recordasen alguna cosa que crean que podría servirme...

—Eso sería difícil: a nuestra edad la memoria falla mucho —me respondió Esperanza, con un tono ya apremiante.

—¡Zainab, cielo, acompaña a don Juan Urbano a la salida!

Salí de allí preguntándome de dónde sacarían aquellas dos adorables jubiladas el dinero necesario para mantener a su asistenta, el todoterreno de alta gama con placas amarillas que vi aparcado en el garaje, en el que su empleada iría a la compra y demás quehaceres, la casa y al jardinero, que sin duda malcriaba como a niños consentidos aquellos hermosos cedros del Atlas, con sus hojas entre grises y azules, tan típicos de Marruecos, sobre todo en las montañas y valles del Rif.

Capítulo doce

—No sabe casi nada porque siempre les contó muy poco —dijo Isabel, refiriéndose a la sobrina de Ascensión Díaz Folgueras, a quien había conseguido localizar en Valladolid y con quien había mantenido una charla de un par de horas antes de seguir su viaje hacia San Sebastián y asistir a la convención farmacéutica de la que formaba parte su empresa, González y Uribe. Ahora ya era otro día y me llamaba desde el coche en el que iba hacia el aeropuerto. Junto con sus palabras, se oía de fondo el ruido del motor y la cantinela publicitaria de una radio.

—Así que su señora tía era otra mujer reservada.

—Y, en este caso, lejana, porque la separaban mil kilómetros de su familia y por lo que parece no tenía la más mínima intención de desandarlos. De hecho, no lo hizo, se fue a Marruecos bastante joven, soltera y sin compromiso, con una mezcla de vocación sanitaria y espíritu aventurero, y nunca quiso regresar, permaneció allí hasta su muerte y da la impresión de que en ningún momento sintió nostalgia alguna de España o la tentación de volver.

—¿Ni de vacaciones?

—Pues no, ni eso. Salió de casa, cerró la puerta y se tragó la llave, como quien dice. El trato de la familia con ella era epistolar, sobre todo al principio, y después mediante algunas conferencias telefónicas que solía ponerles en fechas señaladas: las navidades, el día de Todos los Santos, algún cumpleaños y cosas por el estilo. La sobrina tiene la impresión de que, en lo que se refiere a su trabajo, era una mujer reservada a la fuerza, es decir, que le estaba prohibido contar intimidades de Hassan II, su familia o su Corte, lo cual es muy comprensible. Sus padres creían que las cartas que recibían de ella, más o menos una al mes, pasaban algún tipo de censura, por «unos matasellos y visados que les ponían a los sobres». Y porque lo que contaba en ellas era «demasiado bonito, todo color de rosa».

—Y de nuestro asunto, ¿qué ha dicho? ¿Les contó algo acerca de eso?

—Sobre la toma de Sjirat sabe lo mismo que todo el mundo, o sea, menos que nosotros; pero de lo que sí está completamente segura es de que su tía jamás mencionó que ella hubiese protegido a Mohamed VI frente a los cadetes. En su opinión, de haber sido eso lo que pasó, se habría vanagloriado de su hazaña: al parecer, Ascensión sólo era discreta cuando le iba el sueldo en ello, el resto de las veces presumía con facilidad de sus logros, «se daba importancia». Parece que en más de una ocasión alardeó, por ejemplo, de que su relación con el futuro Comendador de los Creyentes era tan íntima que «ella le quería a él como a un hijo y él a ella más que a su madre». Así que le resulta extraño que se hubiese callado que le salvó la vida.

—Es muy curioso, porque yo tuve este mediodía una charla telefónica muy interesante con un periodista que escribió hace unos años un artículo sobre todo esto, Javier Castro se llama, y me dijo que otra de las jóvenes de Salus Infirmorum empleadas por Hassan II, a la que había conseguido localizar en la residencia de ancianos donde estaba ingresada, le había dejado caer que Ascensión era «muy vanidosa, muy de hacerse notar y echarse flores».

—Pues dos más dos, cuatro. ¿Qué más te ha contado?

—La verdad es que me ha ofrecido dos buenas pistas: la esquila de Juanita Labajos y su tumba en el cementerio de la Almudena.

—¿Qué tienen de especial?

—La primera, que, junto al nombre, las fechas de nacimiento y muerte o la súplica de una oración por su alma habituales, aparecían resaltadas sus dos condecoraciones del reino de Marruecos, las de Oficial y Dama del Trono Alauita. ¿Qué te sugiere eso?

—Hombre, así, a bote pronto, que sus hermanas, porque doy por hecho que serían ellas quienes redactasen la necrológica, tal vez no alardearan en público de lo que hizo, pero sí que les enorgullecía la recompensa que obtuvo. Lo cual hace aún más raro que hoy en día, tantos años después, sigan en sus trece y echando balones fuera cuando les preguntas.

—Estamos de acuerdo. Tanta reserva, a estas alturas, tantas prevenciones, no tiene ni pies ni cabeza.

—Y, a la sepultura de Juanita Labajos, ¿qué es lo que le has encontrado de especial?

—He ido a visitarla esta mañana y llama la atención por ser demasiado lujosa. A ver, tampoco es que sea un mausoleo, pero sí que resulta más señorial que cualquiera de las que la rodean. Tiene más empaque y hasta una escultura, una paloma blanca.

—Tal vez la financiara Hassan II, sería otro detalle más, junto con la visita de sus hijos a la Clínica Nuestra Señora de Loreto y el envío de la corona de laurel a su entierro. Si se piensa con calma, parece lógico que corriera con esos gastos, que para él ya sabemos, por otra parte, que no suponían nada. Ya sabes: qué le importa una raya menos al tigre.

—¿Te contó la sobrina de Ascensión Díaz Folgueras algo más que pueda servirnos?

—Cuatro detalles, aunque creo que todos ellos más útiles para tu novela que para nuestra investigación. Por ejemplo, que obtuvo su diplomatura de Enfermería en la escuela Regina Angelorum de Madrid, no en la de doña María de Madariaga. En cualquier caso, se trataba de otra organización ultracatólica del mismo sesgo.

—Sí, pero que las mandaba, igual que Salus Infirmorum, a un país musulmán, con un rey bígamo y a una Corte donde se mantenía un harén con sesenta concubinas.

—Quién sabe, tal vez pretendieran convertir a los infieles, como su famosa Hermana Mayor, empezando por el heredero al trono... O puede que fueran algo más que puericultoras e institutrices...

—¿Quieres decir que eran espías?

—Me parece que no es descartable, en absoluto. Recuerda todas las tensiones que nos contó el profesor Alarcón que había, en aquellos tiempos, entre los dos países. Y tengo algo más: he leído que, al producirse la Marcha Verde, el presidente del Gobierno, el que dio por televisión la noticia de la muerte del dictador, mandó desde Madrid órdenes de volar el parador de El Aaiún, con todo el Estado Mayor de Hassan II y gran parte de los gobiernos de Marruecos y de Mauritania dentro. Otros dicen que no fue él, que se trató de un arrebato de algunos oficiales furiosos, que consideraban una rendición humillante aquella retirada. Sea como sea, la cuestión es que llegaron a colocar varias cargas explosivas en dos de las dependencias del edificio, a las que añadieron granadas, cartuchos de dinamita y docenas de botellas de butano. Pero un comandante impidió la carnicería, se presentó en el último momento en el lugar del que salía el reguero de pólvora y les forzó a apagar la mecha. ¿A que no sabes cómo se apellidaba ese oficial, que servía en el norte de África desde hacía tiempo y que impidió, casi con toda seguridad, una tercera guerra entre las dos naciones y, probablemente, que la Transición se fuese a pique?

—Sé que vas a sorprenderme. Hago un redoble de tambor. —Y lo hice, igual que si presenciara un número de circo, golpeando la mesa con las manos

para que ella lo escuchara a través del teléfono.

—Labajos. Comandante de la Policía Territorial, Fernando Labajos: igual que nuestra Juanita...

Esa era mi novia, fina como el coral.

—Debo decirte que Cañas me ha confesado que una de sus fuentes, un antiguo oficial del ejército que estuvo destinado en el norte de África, y hoy en día ya ha pasado a la reserva, le aseguró que las enfermeras eran «informantes» de nuestros servicios secretos.

—¿Y no recelaba Hassan II de ellas?

—Pues mira, si no le daba mala espina ni el coronel de caballería con el que tomaban sus hijos clases de equitación, que era agregado de la embajada de España en Rabat y Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, y que al volver a España, como premio a sus servicios, fue ascendido a general...

—«Aquel individuo era más sospechoso que un *walkie-talkie* en la mesa de una vidente» —dijo, remedando, para divertirme, el estilo de las novelas policiacas.

Pero, en realidad, era cierto: en aquella historia, llena de obstáculos, medias verdades y giros de ciento ochenta grados, todo resultaba equívoco, nada parecía ir en línea recta ni por una superficie lisa, sino justo al revés: estaba llena de pliegues y el papel lo habían doblado varias manos distintas. Los misterios se enmarañaban a la vez que se iban revelando, como el vaho que produce el agua caliente de una ducha que se condensa hasta impedir que puedas verte en el espejo, de forma que lo que por un lado aclara y limpia, por el otro, empaña. Los interrogantes eran muchos y algunas respuestas se contrarrestaban entre sí, o eso parecía.

¿Dónde fue Haidar Rachidi al abandonar Granada? Su tía Naouar nos había dicho que estuvo «en Francia y en Alemania», pero ¿se habría quedado allí? ¿En cuál de los dos países y en qué ciudad? Y, en cualquier caso, ¿de quién o de quiénes huía? ¿Tal vez lo perseguían los hombres de Ufkir para matarlo, igual que a Fahim Jamal en Rabat, o al menos para hacerse con la abdicación de Hassan II? Y más cuestiones: ¿quién mantenía a las hermanas de Juanita Labajos? Si era la casa alauí, ¿qué inconveniente podrían encontrar en decirlo y en mostrarse agradecidas? Obviamente, también había pensado en Akram al-Husayni, que para mí estaba en todas las quinielas cuando se trataba de algo que me sonase oscuro o desusado, pero respecto a ese tema concreto estaba persuadido de que no tenía ningún interés en las enfermeras, sólo en los soldados, y la prueba era que el destino del tercero de ellos, Nassim el-Mansouri, que a mí aún me intrigaba, a él había dejado de

importarle desde el momento en que supo, casi con total seguridad, que no era el que tenía en su poder el documento que tanto ansiaba.

—En fin, mi amor, que no te quiero robar más tiempo —le dije a Isabel, a quien durante los segundos que dediqué a esas cavilaciones había escuchado hablar con el conductor, bajar del automóvil y darle las gracias al recibir su maleta—. ¿Hay alguna otra cosa de las que te dijo la sobrina de Ascensión Díaz Folgueras que te pareciese relevante?

—Quizá que cuando su tía fue allí, en 1962, cuatro o cinco años más tarde que *madame Labajos*, como se la conocía formalmente en la Corte, parece que su primera impresión de la gobernanta fue que no sólo era todo un carácter, tal y como te han confirmado sus hermanas, sino que también era una especie de superintendente plenipotenciaria, que tenía bajo su control cada acto, palabra y movimiento del personal a su cargo y, esto me parece relevante, que conocía cada una de las cuatro esquinas de Sjírat y Dar al-Majzén como la palma de su mano. ¿Qué te sugiere a ti eso?

—Que hace todavía más verosímil la idea de que fuese ella, como muchos testigos afirmaron en su momento, quien les plantó cara a los soldados, mientras lanzaban juramentos y la encañonaban, y quien, antes o después de eso, encontraría una oportunidad y un lugar adecuado para ocultar a Mohamed VI y a sus hermanas y hermano.

—Yo he llegado a la misma conclusión, porque, si tratamos de armar el rompecabezas partiendo de la hipótesis de que hubo alguien con el valor suficiente para enfrentarse a los cadetes, hacerlos flaquear y proteger a los herederos de Hassan II que estaban a su cargo, esa persona fue ella, y entonces todo encajaría.

—Tampoco es tan imposible que las cosas sucediesen de aquella manera, ella era de armas tomar y a esos críos metidos en camisas de once varas les temblaban las metralletas en las manos, según contó a la prensa internacional el propio Hassan II.

—Me acuerdo, me acuerdo: según su versión, tras la famosa escena en la que él les dice que se cuadren y le besen la mano, se puso a rezar la *fatiha*, los primeros versículos del Corán, y ellos se unieron al rezo. Pero tú y yo creemos que no tiritaban de angustia sino de gusto, por lo que acababa de prometerles su Comendador de los Creyentes...

—O quizás por las dos cosas a un tiempo, ¿no te parece? Porque puede que no tener que matarlo fuera un alivio para ellos, pongámonos en su lugar. Es verdad que aquella tropa se acababa de llevar por delante y a balazos a más de cien personas, pero ninguna representaba lo que Hassan II en un sentido

histórico, político y, sobre todo, religioso. Así que se agarraron a ese clavo ardiendo, y resultó que el clavo era de oro.

—Sin embargo, eso puede valer para Hassan II, pero no para su hijo, y de alguna manera te lo explicaron María de los Ángeles y Esperanza: el padre era capaz de venderle un abanico al demonio, pero el chico tenía ocho años.

—Así que no pudo ser él quien los disuadió, pero sí su cuidadora. Y eso es lo que hace que siga sin entenderse el silencio sepulcral que guardaron acerca del día más emocionante de sus vidas Ascensión y Juanita, y aún menos el que todavía a día de hoy mantienen sus hermanas. ¿Por qué en el momento en que les sacaste ese tema se cerraron en banda, la una empezó a trastabillar y la otra se puso a responderte como si testificara en un juicio?

—Es raro, sí, y lo tendremos que aclarar, porque tal vez nuestras dos inocentes enfermeras, al final, no lo eran tanto.

—La pregunta es: ¿por qué trataría la gobernanta de desviar la atención de ese modo? ¿Simple modestia y nada más? ¿Le salva el cuello al futuro rey de Marruecos y sus hermanos y después borra de su vida ese episodio como quien tras divorciarse retira del mueble de la entrada las fotos de su boda?

—Te voy a hacer una precisión y una advertencia, Juan Urbano —me respondió Isabel, en un tono de falsa severidad—: la primera es que dijiste que sería una pregunta, pero has hecho tres y yo no voy a poder contestarlas porque acabo de llegar al aeropuerto y tengo que subirme a mi avión a París. La segunda, que no es elegante pronunciar la palabra «divorcio» cuando hablas con la mujer a la que has pedido que se case contigo.

—¿Te he dicho ya que te adoro?

—Cada media hora. Y me parece que dejas transcurrir demasiado tiempo entre una y otra vez.

Ahora que ha colgado y no puede oírme, les voy a decir una cosa: inténtenlo por tierra, mar y aire; muevan Roma con Santiago; no dejen títere con cabeza; no escatimen medios ni regateen esfuerzos; busquen hasta debajo de las piedras si es necesario y, en resumen, hagan todo lo que sea preciso, e incluso lo imposible, hasta conseguir encontrar a su Isabel Escandón. Y, si ya la tienen, no la cambien por nada del mundo.

Capítulo trece

Un imperio se puede construir con una caja de cerillas. Lo comprobé mientras Isabel volaba hacia París y yo leía, sentado a mi mesa de siempre en el bar-restaurant Montevideo, el informe sobre Narciso Santos Freal que ella me había preparado, en el que detallaba su biografía y trazaba el recorrido que los había llevado, a él y a su actual heredero, desde las montañas de León y las playas de Asturias hasta las arenas del Sáhara. En él se describía la semblanza de un triunfador, un hombre con un sentido de la oportunidad portentoso, si me permiten el trabalenguas, y con una intuición fuera de lo común, que pasó de avisado comerciante a patriarca de un imperio y que había establecido, gracias a su astucia, su voluntad y su mano izquierda, las bases de un conglomerado empresarial que aún hoy en día constituía una de las firmas más pujantes de la aristocracia económica del país.

Las peripecias de Santos Freal estuvieron unidas, desde sus inicios, a las de las familias Llodra y Fierro, especialmente a esta última. Con los primeros ya sabemos que establecería alianzas esporádicas, ya en los tiempos del Protectorado, para abrir diferentes cines y salas de fiesta en el norte de Marruecos, y se puede añadir que en algún momento invirtió en la línea de autobuses La Valenciana, aprovechando que esta pasaba por un bache y requería una ampliación de capital. Ya hemos visto también que esos negocios empezaron a tambalearse tras la independencia, con las presiones que ejercieron las nuevas autoridades sobre los bienes de los extranjeros en su tierra, que lógicamente querían tener bajo su control. Y sabemos, además, que en muchos casos las motivaciones eran más patrimoniales que patrióticas, por mucho que se presentaran envueltas en una bandera.

Pero el gran socio de don Narciso en mil y una aventuras fue Ildefonso Fierro, un estudiante de Comercio lleno de inquietudes que ejerció con él de cómplice y de modelo, señalándole un camino triunfal hacia el éxito y la fortuna jalonado con intereses en la banca, la industria minera y química, las sociedades inmobiliarias y de seguros, las constructoras, las flotas navieras y

un largo etcétera de proyectos e inversiones. «Para llevarse el gato de los negocios al agua hay que ser trabajador y observador, saber lo que haces y saber quién manda», sostenía, y trataba de cumplir ese principio a rajatabla. Su máxima se demostró acertada, si recordamos que a su entierro, en 1961, asistieron siete ministros. Era originario de la comarca de los Argüellos, un paraíso de la naturaleza situado en el norte de León, y se dedicaba principalmente a la compraventa de carbón y madera cuando, en busca de nuevos horizontes, se marchó al Principado de Asturias para establecerse en la localidad de San Esteban de Pravia, en el concejo de Muros del Nalón. Allí había nacido y residía Santos Freal, y allí se hicieron amigos. Su primera colaboración fue comprar algunas pequeñas minas en Mieres, Tineo y Villablino para aprovechar la oportunidad que les daba la Gran Guerra, que por entonces asolaba Europa, y venderles su oro negro a las potencias en conflicto. El resultado propició que ambos estuvieran en disposición de adquirir una fortaleza: el castillo de San Martín, en Soto del Barco, y también una casa en el centro de Oviedo, donde habían montado su centro de operaciones y donde se harían inseparables de su vecino, Ignacio Herrero Buj, otro notable emprendedor con contactos en la capital, que les abriría las puertas de Madrid y del mundo financiero. Fierro supo aprovechar todo aquello y acabó siendo el impulsor y máximo responsable de una entidad muy influyente: el Banco Ibérico. El palacete que adquirió como residencia madrileña, en la plaza del Marqués de Salamanca, y que aún habitan sus descendientes, es un síntoma indudable de su prosperidad.

Con su buen ojo para aprovechar las ventajas que ofrecían las diferentes coyunturas del mercado, Fierro y Santos Freal pronto darían en la diana otra vez al lanzar una firma llamada Ibérica de Contratación y Publicidad, que elaboraba, en régimen de monopolio para toda España, los millones de cajas de cerillas que circulaban por los cuatro puntos cardinales del país y que les daban una doble ganancia, porque aquellos diminutos estuches guardaban en su interior los fósforos y por fuera llevaban unos anuncios que eran muy populares y que les llenaron a ambos los bolsillos. Con un tanto por ciento de sus rentas adquirieron, también ellos dos solos, la Compañía Arrendataria de Fósforos, y sus ingresos se centuplicaron afianzando su posición: todo lo que vendría después surgió de ahí.

Siguiendo una táctica que repetiría a lo largo de su carrera, en cuanto se adueñaba de un producto, Fierro porfiaba hasta quedarse también con el medio necesario para distribuirlo, en ese caso la Compañía Industrial Expendedora, una razón social que Isabel me había dejado subrayada en rojo

porque el hecho de apropiársela fue lo que facilitó el desembarco del dúo en el norte de África, para poner allí en pie la Fosforera Marroquí de Tetuán y la Manufacture d'Allumettes Franco-Marocaine en Casablanca. Así que ya teníamos al otro lado del estrecho de Gibraltar a Narciso Santos Freal, aunque aún fuese a la sombra del monumental Ildefonso Fierro. En esa época fue cuando ambos se acostumbraron a ir de caza por las cordilleras del Rif y a pasar sus vacaciones en el parador de Ketama.

Cada uno en su sitio y con su justa proporción, pero siempre en comandita, afrontaron juntos la mayoría de los lances profesionales, y con una parte de los beneficios que lograban probaron suerte, aquí y allá, con las infraestructuras, el transporte marítimo y ferroviario, la producción textil, el urbanismo, la maquinaria agrícola, la edición —en el sello Taurus—, los electrodomésticos, las pólizas de seguro e incendios, la generación de energía hidroeléctrica y hasta la fabricación de piezas y repuestos para aviones civiles y de combate, con la factoría Industrias Subsidiarias de Aviación. Algunas de esas tentativas cuajaron y otras no, pero, cuando la cosa no funcionaba, vendían sus participaciones de inmediato, sin sufrir grandes pérdidas. Si las tenían, en cualquier caso, se las podían permitir más que de sobra, porque otras veces las ganancias eran colosales; por ejemplo, cuando, ya en el ecuador de la Segunda Guerra Mundial, entraron a la vez en dos compañías mineras de Galicia, una dedicada a explotar yacimientos de wolframio y otra de tungsteno, y se embolsaron un dineral suministrando el primero a los alemanes y el segundo a los norteamericanos.

Isabel también me llamaba la atención, con sus rotuladores fluorescentes, sobre otras dos empresas participadas por Fierro y en las que Santos Freal estuvo presente, aunque fuera en un segundo plano: la Compañía Anglo-Española de Cemento Portland y la Compañía Ibérica de Construcciones Urbanas, que tenía por objeto la edificación de viviendas para obreros en los suburbios de Madrid, por cuenta del Ayuntamiento. Para rematar la jugada, uno y otro se contaron entre los fundadores de Campsa y ocuparon una silla en su consejo de administración, como miembros de su comité directivo. Su estrategia era tan invariable como evidente, consistía en hacerse con materias primas esenciales y, si la ocasión de hacerlo se ponía a tiro, aprovechar los vaivenes geopolíticos que incrementasen su valor: «Y lo que valía para el carbón en 1911 o el wolframio y el tungsteno en 1940, ¿por qué no iba a valer ahora para el gas y la arena del Sáhara?», había escrito mi novia al margen, con su hermosa letra de palos rectos y vocales ovaladas.

Pero a Fierro y Santos Freal aún les quedaba otro pilar en el que asentar un futuro estable, y esa pieza la encontraron en las islas Canarias: el tabaco. En ese punto, además, sus caminos se separarían, aunque su relación personal siguió siendo la misma. Muy a su estilo, tras lograr de forma sucesiva la concesión de la Compañía Arrendataria de Tabacos y la subsiguiente Compañía Industrial Expendedora, Fierro se convirtió en uno de los líderes del sector y acabaría de consejero en Tabacalera, que se gestionaba de forma mixta por instancias estatales, concesionarias y privadas. A su socio «no le ofrecieron uvas de ese racimo», como declararían muchos años más tarde su nieto Gustavo en una entrevista, y para resarcirse abrió su propia manufactura de cigarrillos en Las Palmas de Gran Canaria, muy poco después una segunda en Santa Cruz de Tenerife, y en esta última fue donde pondría en funcionamiento Edificaciones y Cementos Maresa. Había llegado por fin al nombre que hoy en día sigue ocupando titulares en las páginas color salmón de los periódicos e imponiendo respeto cuando suena en la Bolsa. Con esto ya teníamos asentado también a Santos Freal en las dos orillas de nuestra historia: en el norte de África y en los puertos españoles desde los que, con el paso de los años, operaría su flota de barcos mercantes, a menudo llenos de arena del desierto.

Dediqué el resto de la jornada a reconstruir la imagen de Narciso Santos Freal a partir de las notas que me había dejado Isabel. Había sido un hombre infatigable y su obra titánica constituyó el germen de la potentísima organización que hoy preside su nieto Gustavo, algunas de cuyas filiales, entre ellas las que operan con fosfatos y dunas en El Aaiún y Esmara, mantienen tratos con nuestro Akram al-Husayni y con el actual rey de Marruecos; y algunas de cuyas trapisondas, por cierto, han sido el detonante de esta novela: si Al-Husayni no hubiera disgustado a Mohamed VI con sus cambalaches, ahora no tendría que intentar congraciarse con él poniendo en sus manos lo único que desea y aún no tiene: la abdicación de su padre, Hassan II. Me pregunté de nuevo quién habría levantado la liebre en la Corte y le había soplado al rey que le engañaban.

—Pero es que, además, estamos hablando de muchos ceros a la derecha —me dijo Isabel, al teléfono, cuando hablamos esa noche. Su voz sonaba a la par cansada y liberada después de un largo día de reuniones y charlas en cuatro idiomas.

—Ya supongo, ya... —dije, sin suponer nada que no fuese a ella en su habitación de hotel de París, dando paseos junto a una ventana a la que atribuí caprichosamente vistas la torre Eiffel. Luego repetí la secuencia, sólo que esta

vez imaginando que daba vueltas por el cuarto sin ropa, y eso me causó un revuelo interior parecido al torbellino de faldas y gabardinas que deja un tren al pasar por una estación sin detenerse.

—¿Sabes que para producir una tonelada de cemento se necesitan diez de arena? ¿Y que del Sáhara se extraen más de quinientas mil al año?

—Todas ellas ilegales.

—Es una hecatombe, la Tierra se está quedando sin ella, literalmente. Ya te dije que es el bien natural más escaso del planeta, tras el agua. Un colega de Londres me ha contado que con la que se usa a nivel global cada año se podría cubrir la superficie completa del Reino Unido. Por cierto, que España comenzó a llevársela del desierto en 1971, cuando el territorio aún estaba en su poder. Construyeron con ella la playa artificial de Las Teresitas, en Tenerife. La auténtica era negra, una aglomeración de minerales volcánicos.

La veía consultando sus notas, pasándose el pelo tras la oreja con un dedo, y me moría de amor. Pero la historia en la que trabajábamos se había convertido en una obsesión, se filtraba en todo lo que hacíamos como la luz por las lamas de una persiana, así que también oí al profesor Alarcón, diciéndome: «¡Pero, claro, si te vas a las playas de Larache y están llenas de niños que la roban por cubos para vendérsela a las cooperativas! Así que de lunes a miércoles trabajan las máquinas que autoriza el Gobierno y el resto de la semana aparecen los furtivos. A los chavales que en lugar de ir a la escuela se dedican a eso les pagan cinco dólares al día por transportar el material hasta donde les esperan los traficantes, que se la llevan en burros. Ese es el paisaje: o una caravana de excavadoras o una recua de asnos». Y, sin duda, esa estampa era también la demostración de que, cuando el mal está en el aire, todo el que respira se envenena.

—Vaya, así que 1971, justo a la vez que el asalto a Sijirat —le respondí a Isabel, por decir algo—. Si es que está todo inventado.

—Pero siempre se puede empeorar: durante las cuatro o cinco décadas del *boom* inmobiliario atracaban en Tenerife y Málaga dos cargueros de Maresa por semana. La crisis rebajó el impacto, pero, ahora que ha llegado la recuperación económica y vuelve a salir cara en las monedas, el tráfico se ha reanudado.

—Demasiado dinero en juego como para que los pobres saharauis puedan soñar con que les devuelvan su país.

—Sí, pero yo diría que son dos cosas distintas: por un lado, el expolio de la arena, que tiene que acabar, y por otro la ocupación, que también. O sea, que no se trata de que le devuelvan al Frente Polisario lo que es suyo para que

se siga haciendo lo mismo, con la única diferencia de que lo hagan ellos en lugar de los otros.

—Cómo no vas a ser lo que más quiera en el mundo —le dije, porque me admira y me enamora ese rasgo de ecologista que tiene Isabel: delata su amor por la naturaleza, por la justicia..., y la define a ella.

—Ya lo sé, mi amor, y yo a ti, pero ¿te he contado que dieciséis de las treinta y cinco empresas del IBEX 35 tienen negocios en Marruecos y casi todas ellas en el Sáhara?

Nos reímos. Me encanta la pasión que pone en todo lo que hace: no sabe tirarse de pie a ninguna piscina, sólo de cabeza. Y esa es una cualidad maravillosa, sobre todo cuando la piscina eres tú.

—Me lo habías dicho, pero está bien recordarlo, para que no olvidemos el terreno que pisamos.

—Si es por eso, no te preocupes: te puedo asegurar que no van a permitir que lo hagamos —dejó caer, poniéndose, de repente, seria.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay alguna cosa que te preocupe?

—No, nada. En fin, que es lo que hablábamos —cambió rápidamente de tema—: que las hidroeléctricas montan allí parques eólicos, en Tiskrad y Bojador; las petroleras extraen gas y buscan petróleo; las industrias del ramo de la pesca tiran sus redes en las aguas prohibidas de El Aaiún y Dajla, y después mienten diciendo que ha sido en Agadir, y para terminar venden sus mercancías a uno de los hipermercados más grandes de España. Y otros, aún peores, le venden a Marruecos buques de guerra, haciéndolos pasar por embarcaciones recreativas, vehículos blindados y material represivo, aunque lo prohíban nuestra legislación y la del continente.

—Sí —contesté, al fin—, el dinero lo puede todo y lo pudre todo. Por desgracia. Europa entera sabe lo que ocurre y mira para otra parte; y no sólo ella: una gran cantidad de la arena esquilada va a Estados Unidos, a Singapur, a Cabo Verde... He leído que después de lo que se ha construido en los últimos cuarenta años el mundo tiene casi veinte mil kilómetros más de terreno ganado al mar.

—Y, mientras por el desierto corren ríos de euros y de dólares, las y los legítimos propietarios de ese lugar viven refugiados en los campamentos de Argelia y perseguidos en cuanto salen de ellos. Y el mundo los ignora, no quiere saber nada de ellos, están ahí pero no son nadie, aparte de ciudadanos invisibles de una nación fantasma.

—Y tanto. ¿Sabes que hasta tienen una moneda que se les parece en que es real e irreal al mismo tiempo? Fabrican pesetas saharauis desde 1990, se

las acuñan de forma testimonial en Madrid, en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, y les dan una cotización paritaria con el euro, aunque a nivel práctico son papel mojado, no tienen uso posible, ni se las aceptan en ningún lugar. Una gran metáfora.

«Si es que Hassan II, nos guste o no nos guste, fue un genio que además tuvo suerte: disparó al aire y mató dos pájaros de un tiro», le oí repetir, en mi cabeza, al profesor Alarcón. «Estaba desacreditado, se sentaba en un trono tambaleante, le perseguía su fama de codicioso, débil y hortera. Y, de pronto, usa los atentados contra él para imponerse un aura de mártir; se libra de un ejército que lo amenazaba y lleva a cabo una limpia de campeonato: cinco generales abatidos en Sijirat y otros cinco fusilados en Rabat atados a un palo; se le pasa el turno de ser derrocado, porque iba el siguiente en la lista tras Faruq de Egipto e Idris I en Libia, cuando los Estados Unidos y media Europa, tras verle las orejas al lobo comunista en Argelia y en Mauritania, deciden apoyarlo sin reservas... Y la guinda es que se viste de libertador, lanza la Marcha Verde, convierte las lanzas en cañas... y gracias al Sáhara multiplica, ni se sabe por cuánto, su fortuna. Un maestro de la estrategia».

—Bueno, mi amor —dijo Isabel—, voy a acostarme, que mañana tengo que madrugar para ir a mi cita con Malika y Soukaïna Ufkir. A ver qué pasa. Espero verte por la noche.

—¿Lo esperas? ¿Hay algún problema con el vuelo? ¿No tenías ya sacado el billete?

—Sí, sí, por supuesto. Todo está bien. Ahora tengo que dejarte. Buenas noches.

Y colgó. Había algo raro y sombrío en esas últimas frases y en la brusquedad de la despedida. Y yo no podía saber la razón. Ella sí, dado que era quien acababa de ver pasar un sobre bajo la puerta, el típico en el que la última noche te mandan desde recepción una copia de la factura, y había encontrado esta nota dentro: «Ten cuidado, quien habla con traidoras oye calumnias; quien las cree nos ofende. Las gomas siguen afiladas». No hizo lo que debía, correr hacia la puerta y echar el cerrojo, sino abrirla. Ni que decir tiene que no había ni un alma en el pasillo.

Capítulo catorce

Su nombre lo había elegido el rey: Soukaïna, que en árabe significa «serenidad». Y también fue él quien decidió que su hermana Malika se instalase en palacio, desde los cinco años, para hacer de compañera de juegos de su pequeña Lalla Mariem. Las hijas de su lugarteniente más cercano, aquel que se encargaba de hacerle el trabajo sucio en Casablanca o en París, el general Mohamed Ufkir, eran tratadas con una mezcla de familiaridad y displicencia por Hassan II, cuya idea de la educación era que las niñas pasasen la tarde en su harén, donde las concubinas las maquillaban y vestían de mayores, o divertirse a su costa invitándolas a meterse en la piscina donde él y media docena de sus mujeres, escogidas con una prepotencia de señor medieval entre las jóvenes más bellas de Marruecos, se bañaban desnudos, y morirse de risa al ver cómo huían espantadas. En cualquier caso, quién hubiera podido imaginar que no mucho después esas mismas criaturas serían las huérfanas de un apestado cuyo nombre era delito pronunciar y estarían prisioneras, junto con toda su familia, en un lugar dejado de la mano de Dios, una prisión secreta levantada en las montañas del Atlas, cerca de Er-Rachidia, cuyo nombre iba a convertirse en uno de los seudónimos del infierno: Tazmamart.

Pero, antes de seguir adelante, permítanme que me identifique: mi nombre es Isabel Escandón y ya me conocen por lo que cuenta de mí, sin guardarse nada, el indiscreto autor de esta serie de novelas, el profesor de instituto y novelista Juan Urbano, mi futuro marido, si es que llego viva a nuestra boda. Estoy asustada, pero ya hablaremos de eso después; por ahora me voy a centrar en redactar estas líneas, escritas a vuelapluma, que pienso mandar por correo electrónico a mi oficina en cuanto les ponga el punto final. No me dedico a la literatura, pero haré lo que pueda. Si nadie me interrumpe, dispongo de un par de horas.

Empecemos por el principio. Esta mañana no salí a la calle sola para acudir, como estaba pactado, a mi cita con las Ufkir, sino que me aproveché,

de un modo no muy honesto, lo reconozco, del flirteo descarado que habían mantenido conmigo en los salones del Hôtel Plaza Athénée, la tarde noche anterior, los señores Shīhán Zhào y Hàoyǔ Ngai, dos de los delegados asistentes a la convención farmacéutica en la que participa González y Uribe, en su caso representando a sendos gigantes de la industria química china, BeiGene y Anhui Zhifei. Sus dos empresas rivalizan por acaparar el mercado de su país y por introducir sus medicamentos en Estados Unidos, y ellos competían por seducirme. Para lograrlo, forcejeaban educadamente, a la manera oriental, pero evidenciando que existía un odio larvado mutuo, ostensible en algunas indirectas afiladas y en algunas miradas relampagueantes. Ya que ustedes me conocen de sobra, porque el bocazas de mi novio les ha contado absolutamente todo de mí en sus obras *Ajuste de cuentas* y *Todo lo carga el diablo*, creo innecesario explicar que mis pretendientes no tenían la más mínima oportunidad de llevarme a sus camas. Ni ellos ni nadie: la lealtad es una coraza y para mí no existe nadie más que mi pareja hasta que la muerte nos separe, la persona que bajó a por mí al fondo de un precipicio que había cavado yo sola: el amor de mi vida.

El acoso de Zhào y Ngai no me agradó, naturalmente, ni su galanteo, en el que lo que no eran estereotipos eran trivialidades, pero tampoco resultaba algo nuevo para mí y supe manejarlo; por desgracia, las mujeres estamos acostumbradas a estas cosas, muchos hombres entran a las reuniones de negocios buscando con el mismo ahínco un acuerdo comercial y una aventura extramatrimonial. Conmigo, ya se lo acabo de decir, van a por lana y vuelven trasquilados, sean quienes sean; aunque en este caso tengo que añadir que, dada su torpeza a la hora de hacer de donjuanes, estos dos pincharían en hueso hasta en un animal invertebrado.

Pero después de haber recibido un anónimo en el que, hablando en plata, se me amenazaba de muerte si me entrevistaba con las Ufkir, decidí hacerme la casquivana y pedirles a ambos, por separado pero con el idéntico tono frívolo, que me acompañaran «a una misión de enorme importancia que debía llevar a cabo antes de dejar la ciudad: ir a comprarme un sombrero a Mademoiselle Chapeaux». Conocía la tienda de la vez en que me había llevado de allí el Borsalino con el que ya me han visto en otros libros de esta serie, y resulta que aquel comercio, no muy alejado de la Bastilla, tenía la ventaja de estar en la misma calle que el Hôtel de Sagonne, en cuya cafetería había quedado con Soukaïna y Malika. La maniobra funcionó, a pesar de que cuando nos encontramos los tres en el comedor donde se servía el desayuno a ambos se les avinagró la cara al ver al otro. Sin embargo, eran golfos pero

cortesés, incluso puede que estuvieran un poco chapados a la antigua, y no se atrevieron a dejarme plantada. O también es posible que aún albergasen la esperanza de conseguir mis favores, la oportunidad de embestirse igual que caballeros medievales en un torneo, descabalgando al adversario y que yo le pusiera al ganador una cinta roja en la lanza. Ya ven que me lo tomo con humor, aunque estoy temblando, por mucho que tenga la puerta de mi *suite* cerrada con llave, con el cerrojo echado y una cómoda atravesada delante, a modo de barricada. Y no es por miedo a mis casanovas de tres al cuarto.

Ya que estaba en Mademoiselle Chapeaux, me compré un exquisito modelo Justine, de color rojo cereza, y acabo de hacerme una foto desnuda, con él como única indumentaria: a Juan le gusta y a mí, no sé, me da paz saber que puedo confiar en él, es una forma de decirle: soy sólo para tus ojos, puedes mirar lo que quieras y todo el tiempo que quieras. Yo también tengo algunas tuyas, de la misma clase. Si no se tuercen las cosas ni me ocurre nada malo, le enviaré la mía dentro de unas horas, desde el aeropuerto de Orly. Seguro que, cuando llegue esta noche a casa, me estará esperando como agua de mayo. También le mandé, antes de salir, un mensaje, después de no haber contestado a otro suyo, para que esté tranquilo: «Hola, cariño, buenos días. Tengo mucho lío en estos momentos. Te llamo ya desde la terminal, antes no dispongo de un minuto. Te quiero». Sabía que no le era posible contestar ni llamarme de vuelta, porque estaba en clase con sus alumnos. Y también que no podía contarle lo de la nota intimidatoria, porque no hubiese parado hasta lograr que anulase mi encuentro.

Al salir de la sombrerería, después de mirar cautelosamente desde el umbral en todas direcciones y no encontrar nada raro o que me pareciese fuera de lugar, les pedí a Zhào y Ngai, aquellos ilusos con los que había jugado al gato y el ratón, que tuviesen la gentileza de acompañarme, dando un corto paseo, hasta el Hôtel de Sagonne. Les tomé alegremente a cada uno de un brazo, para sentirme cobijada entre aquellos grandullones, a los que aún les destelló una luz de lascivia en los ojos al escuchar dónde les proponía ir — qué se pensarían—, y al alcanzar mi destino los despedí a la vez con educación y cajas destempladas. «Les quedo muy agradecida», les dije en su idioma. «Han sido un encanto. Y ahora, si me disculpan, me espera mi prometido», les solté, con el tono de voz más tintineante que pude encontrar y levantando la mano en la que llevaba la sortija de compromiso para señalarla con el dedo índice de la contraria. Noté que la irritación y los buenos modales pugnaban por prevalecer en su ánimo, y cómo se imponían por poco los segundos. En un rasgo de maldad del que no quise privarme, les chisté,

cuando ya se alejaban por la acera, cabizbajos y, ahora ya sí completamente seguros de que los había estado toreando, y al darse la vuelta, añadí: «*Bùyào tíngzhǐ xiàng nǐ de qīzi wènhǎo*». «No dejen de saludar, de mi parte, a sus esposas».

Una vez en el interior del establecimiento, busqué con la mirada un sitio apartado y elegí una mesa con vistas al exterior y también a la entrada del local, para vigilar a quien pudiera acercarse, pedí un *café du matin* y, a la hora exacta que habíamos pactado, apareció Soukaïna Ufkir.

—¿La señorita Isabel Escandón? —dijo, mirándome inquisitivamente a la vez que me tendía la mano—. Antes que nada, va a tener que disculpar a mi hermana Malika. Se comprometió a estar hoy aquí, pero acaba de llegar de Miami, donde reside, y se encuentra muy fatigada. No se preocupe, le hubiera contado lo mismo que yo: pasamos juntas por el infierno. ¿Le parece si la acompaño?

—Claro, perdóneme —le respondí azorada por mi torpeza de no haber sido yo quien se hubiese levantado para saludarla y ofrecerle asiento.

Tengo que decir en mi descargo que si me bloqueé y no articulé casi palabra era porque me dejó literalmente sin habla tenerla allí, en carne y hueso, después de haber leído su libro, *La vida ante mí*, y el de Malika, *La prisionera*, y ser consciente por ello del calvario que habían pasado, una tortura de casi dos décadas que ponía la piel de gallina, te dejaba conmovida. Su lectura me había tenido en un continuo mar de lágrimas. Me acordaba del principio: «No escribo este relato para que se me envidie. No lo escribo para que se me compadezca ni se me admire por haber resistido y no haber muerto. Lo escribo porque estoy viva, porque he querido estar viva». Desde luego que no habíamos quedado para hablar de eso, que por otra parte no debía de ser para ella una experiencia agradable de remover, a pesar de las tres décadas transcurridas desde su liberación, pero era imposible tenerla delante y no recordarlo.

Nada más morir su padre, el general Mohamed Ufkir, en aquella emboscada tendida por el director de Seguridad Nacional junto a la embajada del Líbano, su mujer y sus hijos fueron puestos en un arresto domiciliario del que aún no eran del todo conscientes. Eso duró algo más de cuatro meses, según cree ella, porque una ley no escrita de los musulmanes considera que ese es el tiempo que hay que darle a una viuda para asegurarse de que no quedó embarazada de su esposo, poco antes de que este hubiera fallecido. Después fueron trasladadas sucesivamente a centros de detención cada vez peores: los llevaron a una casa medio en ruinas, cerca de Akka, donde ya

tenían vetado salir al exterior, y luego a otra cerca de Tazenakht. Allí pasaron tres años, en una edificación sin ventanas, sin ver jamás la luz del sol. A continuación, fueron a Bir Jdid, a cuarenta kilómetros de Casablanca, donde para aumentar sus padecimientos los separaron en celdas individuales. La manutención consistía en un plato de legumbres al día y de cuando en cuando un poco de carne en mal estado. Comenzaron a padecer intoxicaciones y otras enfermedades, pero nunca las atendió ningún médico. La madre y dos de los hijos intentaron suicidarse, uno de ellos a los nueve años, pero sin éxito. Finalmente, se puede decir que los enterraron vivos en el desierto, en la cárcel clandestina de Tazmamart. Pasaban semanas sin salir y asediados en sus zulos por una plaga de ratas igual de hambrientas que ellos y que los atacaban son saña; subsistiendo largas temporadas a base de agua con azúcar y con la única compañía de unas palomas que se acercaban a los respiraderos y que eran su único indicio del mundo exterior. Al darse cuenta, sus guardianes las degollaron y se las sirvieron de desayuno, sin tan siquiera desplumarlas. Se negaron en redondo a comérselas. Pasarían en ese agujero dieciséis años.

Durante ese tiempo recibieron maltratos físicos y psicológicos, llevaron a cabo huelgas de hambre y, cuando les dieron papel y lápiz, redactaron peticiones de clemencia a Hassan II que jamás fueron respondidas. Pero, por increíble que parezca, al final cuatro de ellos lograron evadirse; en una fuga de película, cavaron entre todos un túnel, con sus cubiertos sin filo y trabajando a contrarreloj porque, de forma simultánea, los soldados construían una segunda muralla para fortificar aún más el perímetro de aquel pudridero. «Y las excavadoras eran más rápidas que las cucharas», dice Soukaïna en su autobiografía. El caso es que se salieron con la suya, y los que estaban, dentro de lo que cabe, en mejores condiciones, Malika, Raouf, Iman y Abdellatif, se escabulleron una noche y, tras muchas vicisitudes, se las arreglaron para llegar hasta Tánger y lanzar desde allí un desesperado mensaje de auxilio, a través de Radio France International. El impacto, dentro y sobre todo fuera de Marruecos, fue tremendo.

El rey, que además de cruel y sibilino era terco, en este caso tuvo que ceder y accedió a que los sacaran de aquel campo de concentración, que según él y su ministro del Interior y correveidile no era real —«la supuesta Tazmamart sólo existe en los espíritus malintencionados, es un invento de los enemigos de nuestra patria», declaró a la prensa extranjera—, pero lo hizo sólo como consecuencia de las presiones de sus aliados en Europa y en Norteamérica y guardándose un as en la manga: el de la burocracia. La partida que jugó con esa carta los mantuvo otros tres años bajo arresto, en un

limbo que no parecía tener salida. En total, fueron sus rehenes diecinueve años, dos meses y tres días.

La llamada «diplomacia silenciosa» de Estados Unidos y de Francia no se detuvo, en parte debido a que dos naciones que se presentan como abanderadas de la democracia no pueden transigir, al menos de cara a la galería, con una vulneración tan flagrante de los derechos humanos, y en parte porque en Tazmamart estaban cautivos el subteniente M'barek Tuil, casado con una ciudadana estadounidense, y tres hermanos de nacionalidad francesa: René Midhat, Bayazid Jacques y Ali Auguste Bourequat. En ambas naciones empezaron a surgir protestas y a convocarse manifestaciones. Y al tirano de Rabat no le interesaba enemistarse ni con la Casa Blanca ni con el Elíseo, en unos momentos en los que ya tramaba el golpe de efecto de solicitar formalmente la adhesión de Marruecos a la Comunidad Europea. Era una bala de fogueo, pero que le daría el mismo resultado de siempre: más dinero de Occidente y más apoyo de las grandes potencias. «Cada vez que parecía que aquel gato de siete vidas estaba cavando su propia fosa, en realidad era otro agujero donde enterrar su tesoro». ¿No les parece que Juan Urbano habría dicho, justo aquí, algo parecido? Y tendría razón.

Con todos esos pesos en la balanza política, y puede que una vez satisfecho su desproporcionado afán de venganza contra una mujer y seis niños inocentes, el sádico monarca los indultó, por fin, tras obligarlos a firmar una carta en la que se comprometían a no denunciar las torturas sufridas. Por fortuna, no respetaron esa cláusula, arrancada bajo coacción, y ahí están para demostrarlo las memorias de Malika, que fueron un auténtico fenómeno editorial, las de Soukaïna y las de su hermano Raouf, que además es reportero; o los poemas de Myriam. Todos ellos se convirtieron al catolicismo y escriben en francés, la única que murió en su fe musulmana fue Fátima Chenna, su madre. Cuando fue enterrada, en 2013, en la ciudad de Sidi Allal el Bahraoui, las autoridades no permitieron la asistencia de ningún medio de comunicación, nacional o extranjero.

Silenciar a la familia Ufkir, negar su tormento, privarla hasta del derecho a lamentarse, era una prioridad. El último truco del sanguinario Comendador de los Creyentes contra sus siete miembros había sido la artimaña de dejarlos ir en plena guerra del Golfo, cuando la humanidad entera miraba al cielo de Bagdad.

Y hasta aquí llega el relato que le había preparado a Juan, después de estudiar a fondo el asunto, leer los libros de aquellas dos admirables y desdichadas heroínas modernas y consumir de forma compulsiva una cantidad

ingente de artículos, estudios, programas de televisión, entrevistas... Aunque reconozco que he disfrutado poniendo el asunto negro sobre blanco. Ahora, toca retomar la conversación con una de las protagonistas de la tragedia que acabo de contar: Soukaïna Ufkir.

Espero concluir a tiempo, antes de que venga a buscarme a mi habitación, tal y como le he pedido que haga, mi jefe y presidente de la empresa, Diego Raúl González, acompañado por un par de vigilantes armados pertenecientes a la seguridad de este precioso Hôtel Plaza Athénée. Él está al corriente de lo acontecido y yo me quedo más tranquila si me protege una escolta. Por lo demás, estoy mejor: el médico me ha hecho una buena cura y la sangre ya hace tiempo que no mana de mis heridas.

Capítulo quince

—Siento mucho afecto por su país. Mi familia tiene una deuda de gratitud con él —dijo Soukaïna, tras pedirle al camarero que le sirviesen un zumo de frutas natural—. Cuando en 1996 mi hermana y su hijo lograron pasar a España en barco, su Gobierno no las devolvió a Marruecos, tal y como se le exigía desde Rabat, sino que les proporcionó un visado Schengen que les permitiera moverse con libertad por toda Europa y ese fue su salvoconducto para venir a Francia. Así que es un placer atenderla.

Voy a intentar describirla, más o menos, de la manera en que lo haría Juan: era una mujer de modales reposados pero tensos, que no parecía hacer nada despreocupadamente, sino con una atención metódica a cada detalle: el modo en que se quitaba las gafas de sol, la forma disciplinada de guardarlas a buen recaudo en su estuche; el cuidado con el que, tras probar su bebida, depositaba el vaso de cristal sobre la mesa, sin emitir apenas ruido... Tenía ese toque de distinción de las personas que saben ser refinadas sin ser afectadas e irradian a la vez misterio y sobriedad, y en las que no hay nada pintoresco ni accesorio. Bastaba con sentarse frente a ella para saber que estabas ante un ser especial y que aún resultaba hermosa en su madurez de ojos centelleantes y melena negra. Había visto muchas fotografías suyas, tomadas en su infancia y su juventud, algunas incluidas en sus memorias y otras que circulaban por internet, y les puedo asegurar que no era en absoluto una sombra de sí misma: irremediablemente, habría perdido luz, como cualquiera con la edad, pero la que aún proyectaba resultaba magnética. A punto de cumplir los cincuenta y ocho años, su cuerpo todavía conservaba un atributo cimbreante, sensual, y con su manera de cruzar las piernas, apoyar unos segundos la palma de la mano en la frente, igual que quien se toma la temperatura, o acomodarse el pelo, te hacía pensar que sus movimientos tenían algo felino, algo de gato a cámara lenta. Y por encima de todo estaba su voz, que te envolvía con una cadencia insinuante, aterciopelada: si la hubiese puesto en venta, se la habría comprado una hipnotizadora.

La suma de todos aquellos rasgos impresionaba por su falta de lógica: una no espera tanta serenidad de quien ha sufrido tanto; pero el caso es que ella no transmitía rencor sino calma. Y, para mi sorpresa, tampoco tenía ningún inconveniente en hablar de lo ocurrido, lo hacía incluso con cierta voluntad de distanciamiento. Me llamó la atención una frase, «los sabores distintos sólo existen en el presente; en el pasado todo es agri dulce», porque la dijo con intención de generalizar, como si lo que les habían hecho a ella y a su familia pudiera equipararse a lo que nos ocurre al común de la gente en nuestras existencias. La mía tampoco es que hubiese sido un camino de rosas, pero al lado de lo que le había pasado a la hija del general Ufkir, cualquier drama que pudiese haber sufrido resultaba anecdótico, irrelevante.

La había localizado sin grandes dificultades, a través de una red social, e incluso había escuchado su música en una plataforma: cuando llegó a París acabó el bachillerato, cursó estudios de Derecho en La Sorbona y se ganó el pan trabajando para varias ONG o como recepcionista. Pero tenía un impulso creativo y, además de escribir su autobiografía, compuso algunas canciones, grabó discos y tuvo cierto eco actuando en salas como Le Zèbre. No podía decirse que su carrera como intérprete hubiera sido un éxito, ni que hubiese estado nunca en la cresta de la ola, pero eso, de lo que charlamos unos minutos para romper el hielo, tampoco parecía importarle gran cosa. «Habla de sí misma con la falta de pasión de una máquina expendedora», habría dicho Juan. La pregunta que yo me hice, sin embargo, fue si era debido a que estaba rota o rehabilitada, en paz consigo misma o resignada a su suerte. No obstante, a pesar de los pesares, había algo que sí la enardecía: su padre. En lo que a él se refiere era recalcitrante: lo había querido, lo echaba de menos y no terminaba de creer gran parte de las atrocidades que se le atribuían. Lo supe cuando me atreví a preguntarle cómo había ido la reunión que sabía que ella había mantenido con los hijos de Ben Barka, el disidente al que se da por hecho que el entonces ministro del Interior vino a torturar y matar a París.

—Me encontré con su hijo Bachir, efectivamente. Fue una reunión cordial. Es matemático, una persona razonable. Nos separaban la aureola de santo revolucionario de su progenitor y la leyenda negra del mío, pero nos une que los dos somos víctimas de la misma bestia: Hassan II.

—Claro, pero... está el asunto del secuestro a las puertas de la *brasserie Lipp*, en el bulevar Saint-Germain, y el asesinato...

—Discúlpeme, Isabel, lo siento, perdone que la interrumpa, pero ¿de verdad aún queda alguien que crea esa versión? ¿Un ministro del Gobierno y

el director de Seguridad Nacional viajando en persona desde Marruecos para cometer el crimen, con la maleta llena de puñales?

La imagen me trajo a la memoria que ella durmió con un cuchillo bajo la almohada los tres años que separaron su salida de Tazmamart de su partida hacia el exilio: no era para usarlo contra quienes fueran a detenerla, sino contra sí misma. Sólo se quedaría en su país si era bajo tierra.

—Bueno, también se dice que Hassan II le dio el tiro de gracia al general Ufkir, a las puertas de la embajada del Líbano, con su propia mano...

—Y es cierto, lo sé de buena tinta. Pero fíjese en cuál fue luego el relato oficial: que se había suicidado. ¿Se imagina? Su cuerpo tenía cinco tiros en la espalda y, efectivamente, uno en la nuca. La bala salió por el ojo, atravesó el cristal de sus gafas... Mi madre las guardó toda su vida. No sé quién debe de tenerlas ahora, tal vez Malika. O quizá se hayan extraviado.

—Lo siento mucho, Soukaïna, ha tenido usted que sentir mucho dolor —dije, tratando de nadar y guardar la ropa.

—Entre otras cosas, por las campañas de intoxicación de un régimen que hoy, salvo por un par de retoques cosméticos, es idéntico al de ayer: Mohamed VI es el mismo perro con diferente collar y, como dicen ustedes, de casta le viene al galgo. Eso le expliqué a Bachir Ben Barka: que si hace cincuenta años a mi padre le atribuyeron conexiones con los servicios secretos de Francia, Israel y Estados Unidos, aparte del mando de la CAB1 marroquí, del que no hay evidencia palpable, ahora dicen del suyo, y lo publican *The Observer* ;en Gran Bretaña y aquí *Libération*, que era un agente doble que trabajó para regímenes comunistas antagónicos entre sí, como China, Checoslovaquia o la Unión Soviética, que estaba a sueldo del Mossad y hasta que llegó a flirtear con la CIA. Así funciona esto.

No insistí, porque además no era eso por lo que había ido a hablar con ella. En su lugar, le hice un resumen de la investigación en la que estábamos metidos, callándome los aspectos más comprometedores y dejando de lado la supuesta abdicación de Hassan II, a la que me referí como «un documento que comprometería su honor», sin dar más nombres que los de los tres cadetes. No le sonaba haberlos oído.

—Bueno, espero no ofenderla con esto —dije, empezando a dar el rodeo característico de quien es consciente de que va a transmitir una mala noticia o a proporcionar una información desagradable—, pero el caso es que la madre de uno de los soldados, Fahim Jamal, el que apareció muerto en las calles de Rabat, afirma que tras el asalto al palacio de Sijrat su hijo fue a ponerse bajo la protección del general Ufkir... Y, bueno, esa mujer, la señora Raïssa, a

quien visitamos en Zeluán, asegura que esa fue la última vez que se le vio con vida.

—Zeluán... —dijo, ensimismada, como si tratase de conjurar una imagen del pasado y componiendo, mientras lo hacía, una pose de fumadora a la que sólo faltaba el cigarrillo para estar completa—. No, me temo que no conozco ese lugar, ni el resto de mi antiguo país. Y tampoco sé nada de eso que me pregunta. No sé quién es ese pobre muchacho del que me habla, pero sí que parece absurdo pensar que mi padre lo matase. ¿Por qué? No es posible y además no es verosímil. Son puras fantasías, clásicas de quien pierde a un ser querido y trata de rellenar el vacío con especulaciones —filosofó—. Es un reflejo defensivo, supongo que inevitable. Me compadezco de ella.

—Pero, sin embargo, no la cree.

—Sería como creer que dos más dos es igual a cinco.

No se puede decir que intimáramos, porque había en ella algo que resultaba disuasorio, que aconsejaba guardar las distancias, tal vez su propia fragilidad, que era la de las cosas agrietadas que si se tocan pueden romperse o cortarse, pero sí que charlamos un rato de forma agradable, intercambiamos nuestros números de teléfono, se interesó por mi profesión y se mostró cortésmente admirada por mi facilidad para hablar lenguas tan distintas entre sí como el chino, el italiano, el inglés y el francés, aunque ella también dominaba las dos últimas, además del árabe. Le conté el viejo chiste de la selección de personal en la que le preguntan al aspirante cuántos idiomas domina: «¿Incluido el nuestro?». «Sí». «Entonces, ninguno». Mereció la pena recurrir al comodín del humor, porque hacerla reír fue como encender un árbol de Navidad. Aunque pronto se fue la luz y volvió la compostura.

—¿Así que nunca ha conocido a alguien llamado Fahim Jamal, Haidar Rachidi o Nassim el-Mansouri?, ¿nadie le ha hablado de cualquiera de los tres o le ha preguntado por ellos antes que yo?

Entornó los ojos y guardó silencio, cavilando su respuesta con la misma intensidad con que lo hacía todo. Durante unos segundos, su grado de concentración casi daba a entender que rezaba una plegaria.

—No, lo siento, me parece que no. Alguno de ellos, es posible... Pero no... En realidad, esos nombres y apellidos son habituales en Marruecos, para mí suenan a algo ya oído. Es como si a usted le preguntan si hubo en su pasado un Sánchez o Martínez, o a un anglosajón un Smith o un Johnson. ¿Me entiende? De todas formas, se lo voy a consultar a Malika, por si acaso. Ahora estará dormida, pero cuando responda a mi mensaje, si hay algo que pueda servirle, se lo reenvío.

Así que mis pesquisas no iban a servirle de mucho a la causa. Había tenido el privilegio de conocer a aquella mujer fascinante y le aportaría a Juan un par de detalles curiosos o tres para su novela, de los que posiblemente él sacaría petróleo, pero la cosa no iba mucho más lejos. Y la experiencia, sin dejar de ser enriquecedora, también era decepcionante. Para mí, Soukaïna y Malika Ufkir eran dos símbolos, pero el resto de la humanidad se había desinteresado por ellas: después de consumir con avidez las noticias sobre su historia mientras estaban de actualidad, las olvidó. Tal vez el mundo sólo puede seguir adelante si da la espalda a sus héroes. Si te quedas mirando la estatua, dejas de avanzar.

Nos estrechamos la mano. Mientras lo hacíamos, deseé volver a verla. Era una sobreviviente; ella y su familia, a pesar de todo, habían tenido fortuna: tres cuartas partes de los reclusos de Tazmamart sólo salieron de allí con los pies por delante. Algunos llegaban en muy malas condiciones, tras pasar por las comisarías de Rabat, Casablanca o Fez, los cuarteles del ejército o incluso los centros de detención secretos de la Media Luna Roja; otros, al ser derribado aquel lugar espantoso, aún fueron transferidos a una antigua colonia de vacaciones cerca de Ifrán, en el Atlas Medio, de donde jamás regresarían. A la mujer e hijos de su antiguo compañero de farra y ministro del Interior, Hassan II no los quiso matar sino dejarlos morir, y su perversidad terminó volviéndose contra él, porque al alargar de tal manera el suplicio dio tiempo a que ocurriese el milagro.

Le conté, antes de despedirnos, porque no me pareció bien ocultárselo, que me habían tratado de intimidar y había recibido una advertencia relacionada con nuestra conversación. No pareció alarmarla en exceso y hasta me dio la impresión de que estaba acostumbrada. Ella y Malika tenían que haber sufrido grandes presiones, sin duda. Eran personas incómodas también para el actual rey de Marruecos, al que supuse que le gustaría tanto cerrarles la boca como hacer pedazos la abdicación de su padre y así evitar su desprestigio. Me tranquilizó: estábamos en otra época, «más hipócrita pero menos salvaje», ella vivía en París, su hermana en Miami y Mohamed VI no correría el riesgo de irritar a sus dos mayores socios, Francia y los Estados Unidos. Y a mí tampoco me harían nada. Parecía estar muy segura; desde luego, bastante más que yo.

Esos mismos países son los que miran para otra parte cuando una autocracia del signo que sea los favorece o al menos perjudica a sus adversarios. Con Marruecos lo hacen desde los tiempos de Mohamed V. Y nada ha cambiado desde entonces: cuando hoy los soldados marroquíes

desmantelan violentamente el campamento de Agdaym Izik, donde se habían concentrado veinte mil saharauis para reivindicar su derecho de autodeterminación, Occidente cierra los ojos, calla y otorga, no vaya a ser que surja otra primavera revolucionaria en la zona, iba reflexionando cuando el taxi que me habían llamado desde el Hôtel de Sagonne llegó a la puerta del mío. Eché una ojeada a la calle a través de las ventanillas: todo parecía tranquilo. Vi la cara de preocupación de Diego Raúl González, que me esperaba junto a la puerta giratoria de la entrada, como le había pedido que hiciese, no sin antes darle mi palabra de que se lo explicaría todo «en cuanto estuviésemos fuera de tiro», una expresión desafortunada que pretendía calmarlo y que en cambio le puso histérico. Vi también a las dos personas que lo acompañaban debido a que le supliqué, por lo que más quisiera, que no fuese a recibirme él solo. Vi al portero hacer una reverencia a los clientes que llegaban y a los botones cargar las maletas de los que se iban.

Lo que no vi, hasta que la tuve encima, fue la moto. Quién sabe de dónde salió, cosa de brujas. Llevaba dos pasajeros, irreconocibles tras sus cascos integrales, y, mientras el conductor me daba un golpe al pasar, una especie de revés agravado por el material duro del que estuvieran hechos los guantes, que me hizo girar como la bailarina de una caja de música, el que iba de paquete me robó el bolso. El tirón fue bestial y yo hice lo que no hay que hacer nunca, que es intentar agarrarme a las asas, resistirme a perderlo. Solo sirvió para que me arrastrasen unos metros y que saliera dando tumbos hasta estrellar la cabeza quién sabe contra qué, tal vez un bordillo, una farola, algún objeto del mobiliario urbano. Cuando comprobé qué era el líquido caliente que resbalaba por mi cara igual que lava por la ladera de un volcán, perdí el conocimiento. Al recuperarme, supe que mis asaltantes habían tirado el bolso unas decenas de metros más allá y que me habían quitado sólo dos cosas: el dinero que llevaba en la cartera y el móvil en el que acababa de grabar mi charla con Soukaïna Ufkir. Cuando fui a mirar en la tableta asociada a mi teléfono, para que los gendarmes vieran en el geolocalizador dónde se encontraba el terminal, descubrí que tenía un mensaje suyo: «Malika sabe quién es Nassim el-Mansouri. Era el jefe de los policías que nos custodiaban en Tazmamart».

Capítulo dieciséis

Aquella mañana, sentado en la sala de espera del hospital, aguardaba tres cosas: a Isabel y dos llamadas. A ella le estaban haciendo un escáner, una resonancia magnética y otras pruebas, mientras yo trataba de recuperar el habla y calmar los nervios, desatados tras la impresión sufrida al verla salir del aeropuerto de Madrid en el estado en que llegó. En la exploración previa, los médicos habían comprobado que tenía lo que definieron como «lesiones penetrantes» y, en principio, habían descartado otros riesgos, a falta de lo que dijese los análisis radiológicos. Sin embargo, yo había seguido con inquietud el cuestionario previo que le hicieron en la consulta: ¿había sufrido pérdida de consciencia, náuseas, mareos, pupilas dilatadas, estado letárgico o somnolencia, presión arterial desacostumbrada...? La doctora al mando me quiso tranquilizar de esa manera en que lo suelen hacer los sanitarios cuando, por pura y simple cautela, no quieren ni que te asustes ni pillarse los dedos, con lo que a menudo te dan una de cal y otra de arena, y al final te quedas como estabas, si no peor: no estimamos que corra peligro, salvo que haya algún derrame interno; carece de síntomas preocupantes, aunque en los traumatismos en la cabeza las complicaciones no siempre se manifiestan de inmediato... Lo que le hicieron en París no había ido más allá de darle tres puntos de sutura en la ceja izquierda y recetarle una pomada de árnica contra los hematomas del pómulo, los brazos y la mandíbula. Su jefe nos haría llegar un mensajero a casa, a primera hora, con un surtido de productos de González y Uribe que, según él, la dejarían como nueva en una semana y que nos llenó la cabeza de terminología: las enfermedades consisten en que dejas de llamar al pan, pan, y al vino, vino, para llamarlos fenoxietanol y parahidroxibenzoato de metilo.

Me había enterado de la historia que cuentan los dos capítulos que ustedes acaban de leer —y que, en el caso de que esta novela llegue a publicarse, pienso dejar tal cual, sin tocarles ni una coma—, mientras mi futura mujer volaba de París a Madrid. Me había llamado justo antes de embarcar,

anunciándome que había tenido «un accidente sin importancia», que había sido «cosa de nada», tan leve que no le impedía llevar a cabo el viaje. También me contó que me había mandado «el informe Ufikir» al correo electrónico. Y, antes de despedirse, me dijo que no me preocupara y que nos veríamos en Las Rozas, pero no tardé ni cinco minutos en salir disparado en mi coche hacia Barajas: noté algo en su voz que no me gustó, y que se esforzase tanto en convencerme de que no le ocurría nada alarmante me hizo temerme lo contrario. Lo único que hice antes de echarme a la carretera fue activar una aplicación de lectura automática de textos en el móvil y conectarlo al navegador de a bordo, para escuchar, mientras conducía, lo que me había enviado. Cuando llegué al estacionamiento de la terminal las piernas me temblaban y el corazón era una puerta que trataban de derribar los GEO con un ariete.

Tras el encuentro, el abrazo salpicado de ayes a causa de los cardenales que tenía repartidos por la piel como una constelación violeta y las explicaciones que ya supondrán, me prometió ir al sanatorio al amanecer, esa noche sólo quería descansar, no podía con su alma y la sola idea de una madrugada en Urgencias le resultaba insoportable. Además, se encontraba «molida, pero bien». A pesar de todo, en el camino de regreso llamamos a la única neuróloga que ambos conocíamos lo suficiente como para molestarla a aquellas horas, una antigua relación mía, conocida suya y que tal vez recordarán aquellos de ustedes que hayan leído mi novela *Ajuste de cuentas*: Natalia Escartín, con la que en su día acabé muy mal pero a quien, con el tiempo, le agradecí el haber conocido a la incomparable señorita Escandón, pues fue ella quien nos puso en contacto. Tras la sorpresa y los parabienes de rigor, le contamos una versión descafeinada del «atropello» y nos dio algunas indicaciones y el nombre de un anticoagulante de emergencia, que paramos a comprar en una farmacia de guardia. Luego, el que se quedó de centinela fui yo: no pegué ojo, asegurándome cada tanto de que Isabel se encontraba bien. Y, al día siguiente, allí estábamos, mi futura mujer sometida a una revisión minuciosa y yo intranquilo por ella y a la expectativa de saber quién de las dos personas por las que había solicitado ser recibido me llamaba antes: la primera era el empresario Gustavo Santos Freal; la segunda, otro viejo conocido: el antiguo inspector y hoy ya comisario Sansegundo, de la Policía Nacional.

Mientras esas peticiones fructificaban, era obvio que la estancia en París de Isabel nos había traído novedades de gran calibre, pero que también le añadían incógnitas y vaivenes a nuestra investigación. Si lo que sostenía

Malika Ufkir era cierto, y al parecer estaba cien por cien segura de haber oído a sus carceleros del penal subterráneo de Tazmamart referirse en innumerables ocasiones al «capitán Nassim el-Mansouri», eso significaba que la supuesta venida a España del escurridizo cadete fue eventual o utilitaria y que no pudo durar mucho: aquel centro de tortura y confinamiento estuvo operativo entre 1973 y 1991. Así que, si ese individuo fue a Granada con Haidar Rachidi, o tras él, y después se puso al frente de aquella fortificación siniestra, es evidente que tuvo que regresar pronto a su país. ¿Por qué lo haría? ¿Qué hizo con su parte de la recompensa y cómo se las ingenió para que llegase a él desde el banco de Andorra al que sabíamos que se había dirigido su compañero de armas? ¿Por qué razón, si tras cobrarla se habría transformado en un hombre rico, aceptaría volver a cruzar, esta vez en sentido contrario, el estrecho de Gibraltar para hacerse cargo de un puesto que, por mucho que conllevara un ascenso, seguía estando en un desierto donde para él también había cuarenta y cinco grados cuando lucía el sol y temperaturas bajo cero cuando se ocultaba?

—Además, podemos hacer algunas conjeturas —dijo Isabel, ya en casa, recién salida de la ducha y echada en nuestra cama, mientras le extendía pomada hecha a base de heparina sódica por los moratones de la espalda.

—A ver —dije, concentrándome en los hombros.

—Cada uno de los tres soldados hizo una cosa diferente: uno fue a Rabat, se puso en manos del general Ufkir y no sabemos exactamente qué ocurrió, pero sí dónde está: en una tumba del cementerio de Zeluán; otro llegó a Granada, supuestamente dejó oculta la abdicación del rey en casa de sus tíos, se marchó a Andorra a cobrar su recompensa y después anduvo por Alemania y Francia, antes de volver y recuperar el codiciado papel; y el tercero se quedó en Marruecos, o tal vez salió de allí y regresó muy pronto, fue ascendido a oficial y se le puso a cargo de Tazmamart, un presidio que era muy importante para Hassan II, porque allí saciaba su sed de venganza contra quienes lo habían desafiado, pero también muy peligroso, dado que la existencia de aquel campo de castigo era comprometedora, podía acarrearle sanciones y un aislamiento internacional que hundiría a su país.

—Y eso sería muy perjudicial para sus cuentas —apunté, bajando por su columna vertebral hasta los riñones. La oí gemir entre dientes, pero no supe si de placer o de dolor.

—O sea, que el hecho de que le encomendase aquella misión, que vista desde palacio era delicada, aunque fuese bestial, demuestra a las claras que confiaba en él.

—Puede que también se tratara de una fórmula para estar en Marruecos y evitar las represalias de los conjurados a los que traicionó: ¿quién iba a ir al fin del mundo a buscarlo?

—Es probable.

—En cualquier caso, ¿qué pasó con él? ¿Se volatilizó, igual que si fuera de humo? Porque en realidad podríamos pensar, en su caso, exactamente lo mismo que de las cuidadoras de Mohamed VI: que es muy extraño que nunca, en ningún lugar y ante nadie alardeara de su proeza ni se vanagloriase de haber evitado la desaparición de la monarquía alauí, impidiendo con su decisión de no apretar el gatillo que prosperase aquel «golpe de subdesarrollados», como lo describiría Hassan II. Este, que no en balde ostentaba también el título de *zaím*, es decir, de caudillo, era muy dado a recompensar a quienes lo servían a ciegas; recuerda que al general Ufkir por liquidar a Sheikh el-Arabi en Casablanca lo nombró ministro, y por cargarse a Ben Barka en París lo ratificó en su cargo y se negó a entregarlo a la justicia francesa; o que al piloto que llevaba el avión en el que lo atacaron, que desobedeció la orden de aterrizar en Kenitra y que, pese a llevar el fuselaje lleno de agujeros de bala, logró hacerlo en Rabat, lo nombró jefe del ejército del Aire. Sin embargo, otra vez con la ayuda del historiador con el que me puso en contacto el profesor Alarcón, he repasado los miembros de sus distintos gobiernos y los que formaron parte en algún momento del Estado Mayor de sus fuerzas armadas, y Nassim el-Mansouri no aparece por ningún lado.

—Bueno, pero ahora ya sabemos un poco más de él —dijo, de un modo que me hizo pensar que estaba a punto de caer rendida. Mi discurso la había noqueado.

Los misterios son así, pueden tener muchas ramificaciones, pero al final todas van a dar al mismo árbol. Y su teoría era plausible, quizá aún se trataba nada más que de una intuición, pero siempre conviene atender a una corazonada que haga encajar lo que sospechas con lo que ya sabes.

—También es casi seguro que el papel con la renuncia de Hassan II lo tenía Rachidi y lo llevó a Granada —dije, amasando con dedos de masajista la parte de atrás de sus piernas—, porque ¿qué otra cosa podía ser lo que escondió en el Corán que luego dejaría en el bazar de Samir y Naouar?

—Y, si lo ocultó para ponerlo a salvo —ronroneó Isabel—, entonces es que pensaba que alguien se lo intentaría quitar.

—¿Pero quién? ¿Ufkir? ¿Eran sicarios enviados por él los que fueron preguntando a la tienda de sus tíos o eran de verdad, como les contaron para

identificarse, antiguos compañeros de la academia militar de Ahermumu? ¿Se trataba del propio El-Mansouri o de alguien que actuaba en su nombre? Ya sé que este último no debería preocuparnos, porque, si damos por bueno que no tenía lo que nos ha encargado buscar Akram al-Husayni, entonces ya se sale de nuestro radio de acción.

—Sin embargo, tú sientes curiosidad y no vas a resistir la tentación de resolver el acertijo —respondió, con el retintín de quien te conoce tanto que le resultas previsible.

—Pues mira, no lo niego. Me intriga ese personaje y sé que a ti también. En cualquier caso, en estos momentos no me preocupa lo que no sé, sino lo que no entiendo.

—¿A qué te refieres?

—Es que, por más vueltas que le doy, no comprendo a qué ha venido lo tuyo. No tiene explicación. ¿Quién podría estar tan interesado en que no hablastes con Soukaïna y Malika? Es un sinsentido. ¿Qué iban a decirte que no se sepa ya de su padre, de quién y de qué forma lo mató o acerca de Tazmamart, con lo que ha llovido desde entonces y cuando ya lo han contado una y mil veces en sus libros y a los medios de comunicación de medio mundo?

—Quizá para no remover las cosas. Hoy en día, están casi en el olvido, fueron noticia una temporada y dejaron de serlo —dijo, yo creo que ya medio dormida.

—Un clásico, la gente se rasga las vestiduras y luego se cambia de traje y regresa a su vida. Pero hay otra pregunta: ¿cómo sabían, sean quienes sean, que habías concertado esa cita?

—No lo sé, mi amor. Lo descubriremos, pero a partir de mañana, ¿vale...?

La volteé con cuidado. Me dieron ganas de besar cada una de sus heridas y de descargar en quien se las hizo todos los golpes de *krav magá* que me sabía, los que me enseñaron los dos agentes que me servían de escolta en la época que rememoro en *Los treinta apellidos*, cuando me buscaban los matones a sueldo del empresario Martín Duque, el antiguo jefe de Isabel al que contribuí a mandar a la cárcel, seguido de ella. Fue duro cumplir con mi deber, pero cuando salió vino a buscarme y al verla descubrí que la estaba esperando. Lo pasado pasado está, hoy somos felices y yo la quiero tanto que siempre que la miro desearía ser la tortuga de Darwin, aquella que se llevó de las islas Galápagos en 1835 y murió en Londres en 2006, ciento setenta y un años más tarde, cuando se calcula que tendría cerca de doscientos. Si les

confieso que yo estaría todo ese tiempo con mi novia, y aun así se me haría corto, entenderán que el simple hecho de pensar que podría haberla perdido en el incidente de París, la certeza de saber que sólo habría sido necesario un centímetro más o menos abajo o arriba, un impacto en la sien o en la nuca, para que todo hubiese acabado, me provocaba eso que la doctora Escartín llamaba «reflejo pilomotor» y los demás llamamos piel de gallina.

—¿Te ha gustado lo que he escrito? —dijo, medio adormilada por la mezcla de ungüentos, caricias y fisioterapia, pero con una sonrisa de bienestar en los labios.

—Me ha encantado. Sí, es magnífico... Aunque, bueno, hay dos o tres detalles... —balbuceé, aparentando que titubeaba—, simples minucias... Nada que me quite el sueño...

—¿Qué detalles? —dijo, abriendo mucho los ojos y temiéndose ya la burla.

—Nada, nada, por favor, ni te preocupes —respondí, conteniendo a duras penas la risa.

—¿Qué? —insistió, medio incorporándose, apoyada sobre el codo que no tenía lesionado.

Gesticulé de forma impostada, haciendo como si buscara a tientas las palabras.

—«Sendos gigantes de la industria química» —la cité, acampanando la voz—. «El sádico monarca...».

—¡Oye! ¡Serás idiota...!

—«Miradas relampagueantes...». «A vuelapluma...».

—¡Te la estás ganando!

—«Recalcitrantes...».

—¡Juan Urbano! —gritó, lanzándome una almohada y dejándose caer de nuevo, con una mezcla de quejido y suspiro, como rindiéndose ante quien cree que no tiene remedio.

—Pero también está eso de que me querrás hasta que la muerte nos separe... Y lo de «mi futuro marido...» —dije besando lentamente su cuello, sus clavículas, sus pechos, su ombligo, esto último mientras tiraba de los elásticos de su ropa interior.

—Mmmmmmm. Que me dejes... —susurró, mientras se agarraba a mi pelo igual que si se preparase para un ataque de vértigo.

—Y lo de bajar por ti al abismo.

Clic.

Capítulo diecisiete

Los colores hablan, dicen cosas de quienes los eligen: una falda verde o un vestido negro ocultan cuerpos, pero transparentan estados de ánimo; el tono de azul de una pared explica el carácter de los dueños de la casa; una niña o un niño de marrón te hacen pensar que sus padres no los quieren. Los colores saben la verdad y esa es la lección que aprendimos la semana de los dos entierros, el que fue triste y el que hizo a alguien feliz.

El lunes, al terminar las clases en el instituto, el comisario Sansegundo se acercó al Montevideo para tomar un café conmigo. Traté de invitarle a comer, pero, como me temía, no accedió: su idea de la integridad se parece a una armadura de la Edad Media, lo protege y lo cohibe, sirve para detener los golpes, pero no para dar un abrazo. Lo conocía desde hacía años y no se puede decir que tuviéramos una relación de amistad, pero sí que nos caíamos simpáticos tras compartir las aventuras que se narran en *Ajuste de cuentas* y al final de *Los treinta apellidos*, durante las que aprendí que era un hombre incansable e insobornable, un policía vocacional, de los que están en el gremio por idealismo y para que se haga justicia, sea quien sea la persona que se salte la ley. Por lo demás, seguía teniendo el mismo aspecto de tipo duro, el mismo rostro anguloso, como tallado en piedra, la mirada punzante y el físico de quien ya lucha contra los estragos de la edad, pero se mantiene en buena forma. Su carácter aún se definía con palabras esdrújulas: hermético, pragmático, sardónico... Y, lo más importante para mí, no había perdido las ganas de ayudarme.

—Estaba en lo cierto —me dijo, sin más preámbulos y al tiempo que me estrechaba la mano, nada más ocupar su sitio en la mesa donde lo esperaba y justo antes de advertirme que no tenía libre más que un cuarto de hora. El coche oficial sin distintivos que lo había llevado hasta allí y que se quedó aparcado cerca de la puerta del bar-restaurant, con el chófer dentro, confirmaba su prisa.

—¿Sobre Haidar Rachidi? ¿Sabe entonces dónde está? ¿Lo ha localizado? —respondí, sin poder refrenarme, tal vez contagiado de su premura. Olvidaba que su naturaleza también es paradójica: se trata de un hombre tranquilo que lo hace todo vertiginosamente, quisquilloso y decidido a partes iguales, que se toma las cosas con calma sin perder un segundo.

—Cada cosa a su tiempo —dijo, igual que si me hubiese leído la mente—, ya le haré yo saber cuándo puede lanzar las campanas al vuelo.

—Le pido disculpas, se me olvidó que usted nunca vende la piel del oso antes de cazarlo —bromeé.

—Ni después tampoco, Urbano. Soy comisario de policía, no peletero. Vayamos al grano: mis colegas de la BKA, en Múnich, me han echado un cable porque nosotros los ayudamos otras veces a pescar a más de un prófugo de su justicia refugiado en la Costa del Sol o las islas Canarias. Y, de vez en cuando, para lograrlo hay que saltarse en cierta medida el reglamento. ¿Me entiende? ¿Queda claro que esto no puede salir de aquí?

—Por supuesto —respondí, lo cual provocó en él una media sonrisa.

—Le anticipo que estaba en lo cierto y que su hombre fue, como me dijo en nuestra conversación telefónica, a Alemania.

—Eso pensábamos, que se dirigió allí tras pasar por Andorra y por Francia. Pero no sabemos adónde exactamente, o sea, que lo mismo podía ser Hamburgo que Berlín.

—Ninguna de las dos. Se instaló en la ciudad de Palzem. Es un lugar pequeño, de poco más de mil habitantes, y yo diría que bastante anodino.

—Un buen sitio para ocultarse.

—Y mejor aún para escapar de él: me dicen que está a dos pasos de Bélgica y con un pie en Luxemburgo, aparte de a dos horas y media por carretera de Düsseldorf, Fráncfort, Colonia o Stuttgart.

—Así que se buscó una encrucijada, en el buen sentido del término.

—El caso es que se asentó en ese lugar y desde él viajaba por todo el país con fines comerciales. Y, por las fechas que usted mismo me ha comentado, es obvio que también fue desde allí a Granada. Doy por hecho que se estará preguntando cómo es que lograba moverse con tanta libertad por Europa.

—¿Una visa Schengen, como la que le concedió el Gobierno de España a Malika Ufkir?

Me miró de la forma en que lo hace quien trata de calcular si le conviene fiarse de ti. Los dos sabíamos que no, pero yo sospechaba que, en el fondo, no le había desagradado salir en otros libros míos.

—Permítame insistir en que cualquier cosa que le diga es confidencial y, por lo tanto, quedará entre nosotros —dijo, más que nada para cumplir el expediente.

—Lo sé. Y usted sabe que seré una tumba.

—¡No me haga reír, Urbano, que nos conocemos! El día en que usted sea una tumba, no habrá esqueleto que no conozca de pe a pa la historia del muerto de al lado.

—¿Me está llamando buen narrador o cotilla?

—Por los viejos tiempos —dijo, levantando sarcásticamente su taza. Y, tras apurar el contenido, regresó al asunto que le ocupaba—. Casi acierta con lo del visado, pero su cadete misterioso fue un poco más allá y pidió asilo político, alegando que lo perseguían en su país por motivos ideológicos y que, si regresaba a Marruecos, su vida correría un grave peligro.

—¿Se lo dieron?

—Le fue concedido, en efecto.

—Y se quedó en ese lugar, Palzem.

—Ahí mismo, a orillas del río Mosela y a un paso de Luxemburgo, que según he leído es, junto con Países Bajos, la única nación de Europa que está entre los diez mayores paraísos fiscales del mundo.

—Una buena elección para su dinero.

—Yo ahí ya no entro. Aunque he de decir que las cosas le fueron bien, porque se compró una casa allí, en un tal Esch-sur-Sûre.

—¿Y sigue en ella?

—Nada parece indicar lo contrario. La propiedad es suya, aunque, si usted mira las escrituras, no lo sabría.

—¿Eso es una adivinanza?

—No, Urbano, tampoco me dedico a hacer pasatiempos, sino a detener a los malos para que el juez de turno los suelte otra vez y yo tenga que perseguirlos de nuevo —concluyó, mientras se levantaba con una agilidad notable, hacía un gesto al subordinado que lo esperaba al volante del automóvil y con la otra mano volvía a saludarme igual de escuetamente que al llegar.

—Así que nuestro Haidar Rachidi...

—... Ya no es él, al menos en su documentación, dado que se cambió legalmente el nombre. Obtuvo un permiso de residencia por tener un medio de vida estable, carecer de antecedentes y no estar reclamado judicialmente por delito alguno, tal y como establece la norma; y a los ocho años, que es el mínimo que marca allí la ley, obtuvo la ciudadanía.

—¿Y para eso tampoco le pusieron impedimentos?

—No me consta, pero tampoco creo que ese detalle tenga la más mínima relevancia. Todo apunta a que supo jugar sus cartas al principio y, a partir de ahí, la vida le fue sobre ruedas, se hizo con un nuevo pasaporte y se convirtió en un próspero hombre de negocios.

—Ya sería al revés: la burocracia siempre se pone de parte de quien tiene dinero para saltársela.

—No me dé un mitin, que no me he traído la pancarta. Y ahora, si me disculpa, le voy a tener que dejar.

—O sea que ya no es la misma persona, no se llama igual y ni siquiera es marroquí...

—En eso se equivoca, sí que lo es. Alemania permite la doble nacionalidad en tres supuestos: si has nacido en la Unión Europea, si eres suizo o si provienes de Irán, Argelia o Marruecos. De manera que ya lo ve, su soldado ni siquiera tuvo que desvestir un santo para vestir a otro. Quién sabe, puede que esa fuera la razón que lo llevase hasta allí. En fin, Urbano, celebro haberlo visto una vez más y, en esta ocasión, con tan buen aspecto. Si necesita cualquier otra cosa, ya sabe dónde me tiene.

—Siempre es un placer disfrutar de su compañía, comisario Sansegundo. Pero deme un minuto más, quisiera aclarar tres detalles.

Me lanzó una mirada conminatoria, al tiempo que ponía cara de resignación. Luego le hizo un ademán al chófer, similar al de los árbitros de fútbol cuando indican por señas a sus ayudantes en la banda que prolongarán un minuto más el tiempo añadido.

—Número uno —dijo, tirando por la calle de en medio.

—¿Cómo se llama ahora?

—Ludwig Bauer —dijo, comprobándolo en un papel que sacó del bolsillo—. Pregunta número dos.

—¿A qué se dedica?

—A la venta de fosfatos. Y le va de cine, disfruta de una clientela numerosa en el mundo rural, donde se usan sus productos como fertilizantes. Según me dicen, extraoficialmente —recalcó, dedicándome una última mirada admonitoria—, mis colegas de la BKA, es uno de los peces gordos del ramo y ha hecho dinero a espuestas.

—Y tres —dijo, adelantándose a él—: ¿nos hará a Isabel y a mí el honor de asistir a nuestra boda?

—Ni lo dude. Iré con mi señora. Espero que el banquete esté a la altura del favor que le acabo de hacer.

Y salió del Montevideo.

—Es muy gracioso —me dijo Isabel al oído—, porque Ludwig significa «soldado», y Bauer, «campesino, agricultor». Qué capacidad de síntesis: resumió sus dos vidas en dos palabras.

Era la mañana de los dos entierros, el de Fernando Santafé y el de Esperanza Labajos, de cuyo fallecimiento me había enterado al dar con su esquila en el periódico. En ella, su hermana María de los Ángeles rogaba una oración por su alma y se informaba de que «el funeral por su eterno descanso» se oficiaría en la iglesia de San José de la Montaña, en la calle Fernández de la Hoz, de Madrid, desde donde la comitiva fúnebre partiría hacia el cementerio de la Almudena. Los horarios de las dos inhumaciones eran compatibles, pero las ceremonias resultaban incomparables, porque la primera de ellas, como ya he anunciado, hizo feliz a Caridad Santafé y a su hijo, Diego Raúl González, que lograban al fin cerrar una herida abierta en su familia con la llegada desde Nador de los restos mortales del cabo de los húsares de Pavía caído junto al río Kert. Le mandé a Akram al-Husayni una fotografía de aquella mujer centenaria, que fue una de las tres pioneras españolas que compitieron por primera vez en unos Juegos Olímpicos de Invierno y de cuyas peripecias estaba al tanto porque yo las conté en la novela *Todo lo carga en diablo* y él me aseguró que la había leído. En la imagen que le envié se la veía junto al panteón donde ya reposaba su hermano, sentada en su silla de ruedas y mirando a la cámara del teléfono con ojos vidriosos y con la mano derecha sobre el corazón. En su estado no es posible saber hasta qué punto es consciente de las cosas, pero la emoción que sentía en aquellos instantes era real y era perceptible.

El jefe de Isabel se nos acercó para darnos de nuevo las gracias, mientras la respuesta de Al-Husayni, en forma de *āyah* o aleya del Corán, aparecía en mi pantalla: «La rectitud es tratar con equidad, justicia y decencia a la familia, y ejercerla es un camino al paraíso». Le pedí que me permitiese empujar la silla de su madre hasta la salida. Era una mañana invernal, pero se estaba bien al sol, que a esa hora ya empezaba a cobrar algo de fuerza.

—Una pregunta, Diego: ¿qué sabes del fosfato? Tengo entendido que se usa en la fabricación de algunos medicamentos.

—Es una sal mineral sin la que no podemos vivir ni nosotros ni ningún ser vivo, incluidos los vegetales. Si se acaba, nos extinguimos. Te supongo

enterado de que se usa, más que nada, para fabricar abonos, ahí es donde tienen su filón quienes comercian con él.

—Me suena, sí, algo me ha dicho el comisario Sansegundo.

—En la industria farmacéutica lo utilizamos para algunos complementos vitamínicos y en los laxantes salinos que mandan tomar los especialistas del aparato digestivo antes de hacer cualquier prueba que requiera una limpieza intestinal. Pero es peligroso, puede dañar los riñones, atarte a una máquina de diálisis y hasta causar la muerte. Y además no es bueno tener ni poco ni demasiado, así que en González y Uribe hacemos unas tabletas de hidróxido de aluminio, sólo para casos graves, y otras de carbonato de calcio para tratar la hiperfosfatemia, y un suplemento de magnesio y vitamina D contra la hipofosfatemia. ¿Adoleces de alguna de las dos cosas? ¿Te hago llegar un tubo de alguno de ellos?

—No, no, muchas gracias, era simple curiosidad.

—¿En serio? ¿Y no tiene algo que ver con lo que le ocurrió a nuestra Isabel en París? Aunque los dos creáis lo contrario, no soy tonto ni me falla la cabeza, al menos no todavía.

—Bueno, algo te hemos contado —dije, tirando balones fuera, mientras veía a mi novia acariciar el pelo y besar las manos de la anciana, a quien realmente idolatraba—. En cuanto tenga las cosas más claras y un rato libre, comemos juntos y te lo explicamos todo.

—Más os vale.

Me despedí de los tres, que iban a dejar a Caridad en casa, al cuidado de la persona que la atendía cuando su hijo estaba ausente, y me encaminé a otra zona del cementerio, con el fin de presentarle mis respetos a la familia Labajos González y, por qué no decirlo, a ver si por hache o por be me caía algo del cielo: con el azar, nunca se sabe. ¿Habría algún marroquí entre los concurrentes? Crucé los dedos.

El grupo que se reunía en torno a la sepultura familiar, la misma que había ido a ver poco tiempo antes, atraído por la historia de su hermana Juanita, lo formaban cinco personas que identifiqué como las y los sobrinos que constaban en la esquila de Esperanza, más un sacerdote que en aquel instante acababa su responso, un par de operarios municipales que recogían el instrumental con que habían abierto y cerrado la tumba —ese ruido espantoso de paletas y cemento— y una figura encorvada que resultó ser María de los Ángeles. Parecía de pronto consumida, muy diferente de la mujer resuelta a la que había visitado en su domicilio de las afueras de Madrid. La paloma que

remataba el conjunto de mármol oscuro lanzaba sobre ella una sombra de mal agüero.

Me acerqué a darle el pésame, y, aunque se vio que tardaba en ubicarme y que, cuando lo hizo, mi presencia allí le sorprendió, no pareció tampoco que le molestase y no deslizó ningún comentario, más allá de darme las gracias de forma casi inaudible antes de volver a clavar los ojos en la piedra donde estaban grabados los nombres de sus dos hermanas y, sin duda, ya imaginaría el suyo: toda lápida es una cuenta atrás. A mí, al leer el de la mayor de las tres se me pasaron por la cabeza, como una ráfaga hecha de titulares, su imagen como enfermera de la Salus, su papel de medio tutora y medio madre de Mohamed VI y sus hermanos, su más que probable condición de espía y, antes que nada, su vertiente de heroína en la toma y liberación del palacio de Sijrat. Nos habíamos preguntado si Hassan II no recelaba de ella y de Ascensión Díaz Folgueras, si nunca dudó que fueran confidentes de los servicios de seguridad españoles. Puede que sí y que tal vez las considerase un mal necesario. Un sobrino carnal suyo, Moulay Hicham el Alauí, dice en su *Diario de un príncipe destronado* que «las niñeras occidentales eran una institución entre los alauís porque, como muchos musulmanes, están obsesionados por ese Occidente que ven que nos sobrepasa, que nos domina, y por eso quieren que sus hijos se sumerjan en su cultura, para que la tierra del islam no vaya eternamente rezagada». En cualquier caso, parece que aquellas dos cuidadoras en concreto, aparte de resultar vitales, eran muy queridas, tanto por el anterior monarca como por el actual. ¿Acaso no era él quien cuidaba, incluso ahora y desde la distancia, de las hermanas de su tía Juanita? ¿Quién si no?

Fueron mis ojos los que me hicieron ver que estaba confundido, que había apostado al caballo perdedor. Pero ahora había encontrado la respuesta. No me la dio ninguna de las personas que tenía delante, sino algo que había detrás de ellas: las flores. Las que captaron mi atención estaban ahí, presidiendo el ritual, en el centro de todo. Eran las más inesperadas, las más llamativas, las que brillaban como ninguna. Y, sobre todo, eran las mismas que habían estado sobre la última morada de Samir Rachidi, en Granada, en el camposanto de La Rauda, en la dehesa del Generalife, tal y como nos contó Naouar, su viuda: eran un hermoso ramo de tulípanes rojos.

Llamé a Isabel.

—Mi amor, sí, sí, lo siento, ya sé que ahora estás ocupada, pero es sólo un segundo. Tú has estado con frecuencia en Luxemburgo, ¿no es cierto? ¿Recuerdas, por casualidad, de qué color son allí las matrículas de los coches?

Vale, y que tú sepas es el único país de Europa donde se usan. Nada, era nada más que eso, luego te lo explico. Te quiero.

Amarillas. Las matrículas del país donde vive Ludwig Bauer, antes conocido como Haidar Rachidi, son de color amarillo yema de huevo, exactamente igual que las del todoterreno de alta gama que vi estacionado en el garaje de las hermanas Labajos.

¿Lo ven? Los colores hablan. Los colores dicen la verdad.

Capítulo dieciocho

La empresa de Ludwig Bauer, o Haidar Rachidi, se llamaba Wüstendünger Phosphate, así que su nombre ya lo decía todo: traducido, significa «fosfatos fertilizantes del desierto». Su anagrama, hecho con las dos iniciales del nombre comercial enmarcadas en un círculo dorado, se iluminaba orgullosamente en la fachada de una torre de oficinas de la ciudad de Saarbrücken, donde tenía su sede. Nuestro hombre no daba puntada sin hilo, porque esa población del sureste de Alemania, situada a orillas del río Sarre, se había transformado en un núcleo de negocios esencial para la economía de todo el continente, beneficiada por su situación geográfica, que facilitó que formase parte de la denominada euro-región de SaarLorLux, que incluye las zonas vecinas de Francia, Luxemburgo y Bélgica. Su prosperidad la expresaban los números: más de quince mil empresas punteras tenían su dirección fiscal en la localidad, entre ellas algunas multinacionales con centenares de franquicias repartidas por medio mundo y decenas de miles de empleados en nómina. Y para él, además, el emplazamiento no podía ser más cómodo, dado que está a hora y media en coche de Esch-sur-Sûre. Si necesitaba ir más lejos, disponía de una estación de ferrocarril de la que salía un tren de alta velocidad que llegaba en ese mismo tiempo a París o Fráncfort. Sin duda, sabía organizarse.

A Akram al-Husayni no le mantenía al tanto de una parte de mis descubrimientos, entre otros de este, porque ¿quién me aseguraba que en el caso de conocer el paradero de nuestro segundo soldado no se adelantaría a nosotros, igual que hizo al visitar en Zeluán a la señora Raissa, la madre del difunto Fahim Jamal? Algo me hacía temer, por otra parte, que si compartía con él ese dato la integridad física de *herr* Ludwig Bauer correría peligro. No era una evidencia, sino algo intuitivo, pero provocado por la violencia latente que emanaba de Al-Husayni; y, en cualquier caso, tampoco resultaba muy difícil imaginar cómo se las gastarían sus *ayudantes* si él los azuzaba contra algún desdichado. Bajo mi punto de vista, no le traicionaba con mis

precauciones y resquemores, en cualquier caso, puesto que me contrató para encontrar un papel, no a una persona.

Al revés nos hubiese resultado más sencillo, porque una cosa era dar con quien poseía el documento y algo muy distinto hacerse con él. ¿Qué opciones teníamos: quitárselo por la fuerza? Porque las otras, que eran tratar de comprárselo o de convencerle de que nos lo diera, no parecían muy realistas: su éxito profesional y las cuentas de resultados de su empresa indicaban que no le faltaría dinero, y el hecho de que hubiera guardado el manuscrito como oro en paño durante cinco décadas no invitaba a creer que ahora se fuera a deshacer de él tan sólo porque Akram al-Husayni lo necesitara para obtener el perdón de Mohamed VI.

Envié una solicitud para entrevistarle al Departamento de Relaciones Públicas de Wüstendünger Phosphate, contando que trabajaba en un libro sobre «los minerales como fuente de productos alimenticios sanos», y dejando caer que también hablaría con la competencia, que había visto en la red que era la Chemische Fabrik Budenheim KG, en cuya publicidad se presentaba como «la gran central de producción de fosfatos de alta pureza del Rin» y alardeaba de vender «doscientas treinta mil toneladas de mineral al año en más de cien países». Asimismo expliqué, para dar una imagen solvente y fiable, que la conversación podríamos llevarla a cabo en inglés, español, francés, chino o italiano. Yo también había encontrado una mina: Isabel Escandón.

Mientras esperaba que llegase una respuesta desde Saarbrücken y otra de María de los Ángeles Labajos, de la cual su asistenta y quién sabe si también vigilante, Zainab, me había comunicado por teléfono, en un tono algo rudo, que «en esos momentos no se sentía con ganas de recibir visitas», obtuve la de Gustavo Santos Freal: «El señor presidente» me podría «hacer un hueco en su agenda» y dedicarme «unos minutos, antes de tener que acudir a una reunión importante», me comunicó una de sus secretarías. Parece que invocar en mi petición el nombre de su socio Al-Husayni, al que tampoco había alertado de mis intenciones en esa ocasión, me había allanado el camino una vez más. El precio era, sin duda, que él estuviera al corriente de mis movimientos, de los que, por otra parte, sólo le interesaba uno: el que me llevase hasta lo que él ambicionaba.

Había llovido durante toda la noche y era una de esas hermosas mañanas de Madrid en las que el cielo recuerda que es azul y el frío evoca la nieve de la sierra del Guadarrama. Pronto regresarían la polución y el aire tóxico que producimos los seres humanos, que podríamos dejar de envenenar los ríos de

la Tierra en vez de gastar millones en ir a buscar agua a Marte o a la Luna, pero que ni hacemos lo primero ni dejaremos de hacer lo segundo porque las dos cosas desembocan en la palabra que mueve los hilos: «dinero». Saltando de una idea a otra, me dirigía al despacho del paseo de la Castellana en el que se me había convocado, que estaba en el último piso del impresionante rascacielos propiedad de la compañía Maresa, cuando pensé que todos mis caminos llevaban a Marruecos, al Sáhara y a una catástrofe medioambiental. La extracción de fosfatos, tres cuartas partes de cuyas reservas conocidas están en el país magrebí, provoca una cadena fatal que me había explicado Diego Raúl González: al verter o propiciar que se filtren los fertilizantes en los sistemas fluviales, sus nutrientes alimentan las algas en ríos y lagunas; estas, a su vez, crecen, se multiplican y atraen a millones de microbios que chupan el oxígeno de la superficie y causan el exterminio por asfixia de los peces y la flora del lugar. El resultado es lo que se conoce con el término indudable de «aguas muertas». En esa definición entran los tramos inferiores del Támesis, el Rin o el Yangtsé y grandes áreas del mar Báltico y el golfo de México.

Todo lo que está vivo puede morir o se puede matar. El Sáhara fue una zona verde en el pasado, tenía grandes lagos permanentes, kilómetros de sabanas y praderas e incluso algunos bosques, según le oí contar, en un programa de televisión divulgativo, a un experto en paleoclimatología. Lo demostraba el hecho de que allí se hubiesen encontrado fósiles de grandes animales, entre ellos cocodrilos, elefantes e hipopótamos, anzuelos prehistóricos y muestras de arte rupestre en las que se representan manadas de jirafas. Ahora no había nada de eso, pero lo que quedaba, la arena y lo que se ocultaba bajo ella, había atraído a gente como Akram al-Husayni, el antiguo Haidar Rachidi y Gustavo Santos Freal, que estaban autorizados a desvalijar la naturaleza siempre y cuando le diesen la parte del león al rey.

A la espera de sacar algo en claro de Labajos y Bauer o Rachidi que fuese bueno para los intereses de Akram al-Husayni, me planté ante Santos Freal en busca de algún dato que me ayudase, al menos, con mi novela ambientada en la época de la Marcha Verde. Era tal y como lo esperaba: un individuo de modales ligeramente atildados y muy corteses, vestido con ropa hecha a medida y con el toque a la vez sofisticado y rebelde de una corbata de fantasía que, en cierto modo, le llevaba la contraria al traje con el que combinaba. El pelo, rubio en general pero ya blanco en las sienes, no lo tenía ni largo ni corto, sino en el punto intermedio que hace falta para transmitir una seriedad de persona madura junto a un eco de juventud. Hablaba en un tono bajo, casi

confidencial, como si fuera un cantante que no quisiese forzar la voz antes de un concierto, y su amabilidad a la carrera te hacía ver que su tiempo era oro y, entre líneas, que desde luego tenía algo mucho más importante que hacer que perderlo contigo. Resumámoslo diciendo que se trataba de la clase de persona que siempre parece a punto no de irse, sino de zarpar.

Le conté que estaba preparando un reportaje periodístico sobre grandes compañías europeas que tenían su campo de acción en el norte de África, aunque fuese en diferentes sectores, y mencioné la Wüstendünger Phosphate y a Ludwig Bauer.

—Sí, conozco esa marca, aunque sólo de oídas; nuestro *target* es distinto.

—Su presidente juega con la ventaja de dominar bien el terreno que pisa; en realidad no es alemán, sino originario de Marruecos: su nombre era Haidar Rachidi —tanteé. No mostró ninguna reacción sospechosa.

—¿Ah, sí? No lo sabía —respondió, con un desinterés que me urgía a centrarme en el objeto de nuestra entrevista y a no irme por los cerros de Úbeda.

—Pensé que tal vez tendrían alguna relación, a través de Akram al-Husayni, al ser ellos compatriotas y desarrollar todos ustedes sus actividades en el Sáhara Occidental.

—Entre otros lugares. Somos una multinacional, nuestro radio de actividades es amplio. Pero eso ya lo sabe usted, naturalmente. Lo mismo que yo sé que no está preparando ningún artículo, sino otra de sus novelas, y que se trae algo entre manos con el señor Al-Husayni. ¿Tiene usted alguna razón para ocultarlo?

Vaya, aquel hombre estaba tan ocupado que no podía permitirse el lujo de andarse con subterfugios. Me había pillado y reconozco que casi me alegré: «El que me niega lo que no merezco / me da advertencia, no me quita nada», dice Quevedo.

—Le pido disculpas —dije—, tiene usted razón. Es cierto que tengo otro libro en marcha, en parte ambientado en Marruecos; y también que cumplo un encargo de su socio Akram al-Husayni.

—¿Y se puede saber qué tipo de encargo? —dijo, encendiendo un cigarrillo, tras ofrecirme uno. La ley antitabaco no llega hasta la planta noble de las compañías del IBEX 35.

Su pregunta era importante, porque delataba que su socio no le había puesto en antecedentes sobre el asunto de la abdicación de Hassan II. Así que el problema sería de los dos si Mohamed VI les cerraba el grifo, pero al parecer la solución Al-Husayni había decidido buscarla en solitario y llevarse

todo el mérito. ¿O no contar con Santos Freal significaba que pretendía quedarse con lo que le escamoteaba al rey?

—Una vieja historia de familia, nada que ver con sus intereses comunes —respondí.

—¿Qué necesita entonces de mí, señor Urbano? ¿En qué puedo ayudarle? Antes de nada, y ya que hemos optado por la sinceridad, déjeme comunicarle que si he accedido a esta conversación no es porque venga usted de parte de quien viene, ni tampoco porque me interese lo que esté haciendo o dejando de hacer en estos instantes, sino por lo que hizo en el pasado.

—No le sigo.

—Ayudar a poner en su sitio, que no podía ser otro que entre rejas, a Martín Duque: eso fue un puntazo, como dicen mis hijas. Era un impostor y un hortera. Leímos su novela y nos gustó bastante. Sin embargo, eso también significa que conozco sus prejuicios contra la gente como yo, así que le llevo ventaja: sé perfectamente con quién estoy hablando y usted no, porque sólo ve en mí un cliché. Y como diría uno de sus personajes: «No se llega a ninguna parte saltando de un lugar común a otro».

Lo que me faltaba: primero Isabel y ahora ese tipo.

—Tengo que reconocerlo —dije, levantando las manos en señal de rendición—: me ha salido usted por donde menos lo esperaba.

—Líbrese de sus escrúpulos, lo volverán arbitrario. Soy un hombre de negocios, soy rico y soy un lector voraz desde que tengo uso de razón; viajo en *business class* pero mientras lo hago devoro libros en tres idiomas; me puedo divertir yendo con mis amistades al hipódromo, al fútbol o al baloncesto, que me apasionan, y también encerrándome a solas en la biblioteca de mi casa, que, por cierto, tengo que hacerle saber que es excelente. ¿Acaso cree que las personas de mi posición estamos el día entero contando billetes? No, hombre, tenemos empleados que se ocupan de eso. Y, ahora, aproveche los quince minutos que le quedan, déjese de callejear, como solía decir mi abuelo, y hable claro.

—Conozco la historia de su abuelo: un señor admirable e infatigable.

—Lo era, hasta tal punto que, en su caso, sí que sirve el tópico: levantó un imperio con sus manos. Mire, puede que le encargue una de sus biografías a la carta, es alguien que no merece caer en el olvido. Nosotros nos hemos limitado a continuar su obra, a cambiar lo que hacía falta para adaptarnos a los nuevos tiempos y evitar que se disgregue: el resto nos vino dado.

—Y fue también él quien puso la primera piedra de ese imperio en Marruecos.

—Déjeme que lo adivine —respondió, chasqueando los dedos como si tratara de despertarme de un trance—: lo que usted proyecta es escribir sobre los malvados inversores extranjeros que saqueamos, en connivencia con una monarquía totalitaria y corrupta, al honrado pueblo saharauí.

—Me gustaría hablar sobre el negocio de la arena —respondí, ya sin disimulos— y sobre los barcos de su compañía que van de El Aaiún a Lanzarote, Fuerteventura y Gran Canaria.

—Y a Málaga, no se olvide —dijo, con una sonrisa victoriosa—. Pero, antes de que siga, permítame que le plantee algunas cuestiones. Usted tiene una vivienda, ¿no es cierto? Y ha venido hasta aquí por una carretera bien asfaltada. Naturalmente, su casa tiene ventanas y su coche cinco lunas, un parabrisas y un depósito de gasolina. En ese caso, debe saber que todo eso sale de la arena: con ella se construyen los pavimentos, los edificios y las infraestructuras, sin ella no hay grava ni hormigón; con ella se fabrica el cristal; sin ella no tendríamos petróleo ni gas, porque, si no se mezcla con agua y varios compuestos químicos, no es posible el *fracking*, la técnica con la que los extraemos del subsuelo. ¿Me va a atacar con una defensa de las energías renovables? Se la compro y hacemos juntos un brindis al sol, yo también quiero legarles a los míos un planeta verde y un oxígeno respirable; de hecho, en Maresa preparamos grandes iniciativas orientadas al desarrollo sostenible, pero eso será en el futuro; hoy día, por suerte o por desgracia, dependemos en gran medida de unos productos contaminantes sin los que el mundo se detendría.

—El mundo ya se ha detenido para algunos. Sólo da vueltas para quienes lo mueven.

—Y eso nos lleva al Frente Polisario, la Marcha Verde, las resoluciones de la ONU y la invasión del desierto por Hassan II, ¿me equivoco? Mire, ese conflicto lo conozco, no me pilla de nuevas, me sé la teoría y hasta puede que comparta algunas de las reivindicaciones que se hacen al respecto, pero mis actividades no dependen de los vaivenes políticos sino de las reglas del mercado, que son muy simples: fabricamos lo que la gente demanda. Punto final.

—¿Aunque eso los haga cómplices de una injusticia o de una dictadura?

—Le propongo que esta tarde, al regresar a su domicilio, haga un inventario del número de objetos de toda clase fabricados en China que tiene en sus armarios roperos, en los de la cocina o en su caja de herramientas. Y tampoco es una democracia. Yo preferiría que lo fuese, pero es lo que hay y con eso tenemos que lidiar.

—¿Y el Sáhara Occidental? ¿Le gustaría que se lo devolvieran a sus dueños legítimos? Tal vez si grandes corporaciones como la suya dejaran de hacerle el juego a Marruecos, ese último resto del colonialismo desaparecería.

—Mire, es que lo relevante no es el quién, sino el para qué. ¿No recuerda el ejemplo de mi abuelo y de sus socios?

—Los Fierro, los Llodra...

—Exacto. Ellos y otros llegaron a acuerdos con las autoridades españolas del Protectorado, tanto las de la época republicana como las de después; y tras la independencia lo hicieron con los marroquíes, con Francia, con Portugal y con quien fuese necesario para seguir obteniendo materias primas sin las que no podemos subsistir. Y, si mañana esa zona se constituye en un país independiente, nosotros colaboraremos de igual manera con la aún inexistente República Árabe Saharaui Democrática, porque la arena está ahí y da igual la bandera que le claven encima, usted la necesita igual que yo, y déjeme añadir que no causa ningún daño medioambiental llevársela de ese lugar, como sí lo hace sustraerla de las playas o del fondo de los ríos, doy por hecho que sabe eso y que habrá visto que Maresa jamás ha participado en el drenaje y vaciado de ningún litoral, tal y como hacen otros: mire de qué forma han devastado las costas de Cabo Verde, por ejemplo. Es igual que el fosfato, ya que sacó antes a colación a Ludwig Bauer y su Wüstendünger Phosphate: ese mineral también está allí, más que en ningún otro lugar de la Tierra, y ni usted, ni yo, ni el resto de la humanidad estaríamos vivos si no lo sacaran del desierto para echarlo en las huertas y las plantaciones. Es lo que llamamos *win-win*, ganamos todos.

—Yo creo que ganan y pierden siempre los mismos.

—Sus convicciones lo engañan, no les haga caso. Con las toneladas de arena que transporta mi flota desde el Sáhara, donde no sirve para nada, hasta las islas Canarias, se construyen hoteles, urbanizaciones o complejos residenciales, se pavimentan los caminos y se rehabilitan playas que se habían llevado poco a poco el viento y la marea, y gracias a eso vienen a España a pasar sus vacaciones millones de extranjeros que dan trabajo a mucha gente y que se gastan sus euros y sus dólares en nuestro país. Y los de aquí también las disfrutamos, como Dios manda. ¿De verdad cree que somos los malos de esta película?

—Lo que llevan sus barcos de aquí para allá es el bien natural más escaso del planeta, después del agua.

—Y es un asunto de Estado para nuestra nación, dado que vivimos del turismo: sin olas, chiringuitos y sombrillas, nos vamos a pique. Por eso se

invierten millones de euros cada año en la regeneración de las costas, señor Urbano. Y lo que nos queda, porque con el cambio climático, el deshielo polar y la subida del nivel del agua, cada vez es más difícil mantenerlas.

—Pero es que, además —porfié—, resulta que ustedes se la compran a alguien que no es su dueño.

—No le digo ni que sí ni que no, pero eso cuénteselo a quienes le permiten explotarla. Reclame a la Unión Europea o a los Estados Unidos. A día de hoy, Marruecos es quien manda allí y si quieres algo tienes que hablar con Mohamed VI. Antes lo hizo España, y esto ya lo sabrá: la primera llegada documentada de arena del Sáhara Occidental a Canarias se remonta a 1955. ¿Prefiere que hablemos de fosfatos? Pues hoy se los llevará *herr* Bauer a Alemania, pero nuestros geólogos los localizaron en la costa de El Aaiún en 1947 y en los sesenta se creó Enminsa, la Empresa Nacional Minera del Sáhara, luego llamada Fosfatos de Bucraa. De manera que el negocio es el mismo y cambian los propietarios.

—Y a ustedes les da igual ocho que ochenta.

—Y a usted, que quiere tener su apartamento en verano y una autopista para llegar hasta él, sin preguntarse de dónde vienen los materiales de los que están hechos o por el sistema legislativo que rige en el lugar del que provienen. Nosotros somos un servicio público.

—No sé si llorar o reír.

—Si se decide por lo segundo, alégrese: la risa es terapéutica. Yo le agradezco, por mi parte, que me haya dado una buena idea: le propondré al señor Bauer hacerme cargo de la arena que saca de sus minas para llegar hasta el fosfato, y así él obtendrá una ganancia extra y yo ahorraré en costes. ¿Lo ve? Todos contentos: *win-win*. Y ahora, lamentablemente, voy a tener que volver a mis asuntos y renunciar a su grata compañía. Le he pedido a una de mis empleadas que le entregue al salir un dossier completo de nuestras iniciativas, varias de ellas filantrópicas. Y le invito a que nos veamos más tranquilamente en otra ocasión y sólo para charlar de literatura, eso me produciría un enorme placer. A ver de qué manera podríamos encontrarnos... ¿Juega usted al golf o practica la equitación o la caza del zorro? ¡Es broma, hombre, no ponga esa cara! Cuando tenga un momento, si me hacen ustedes el honor, será un placer recibirlos a usted y a su prometida en mi domicilio. Sé que algunos de mis colegas se mueren de ganas de conocer al hombre que mandó a la cárcel al nuevo rico de Martín Duque.

Fue conmigo hasta la puerta y me despidió con un efusivo apretón de manos. Mientras salía de aquel despacho y de aquella torre, frustrado por lo

que consideraba una pérdida de tiempo, no podía imaginar que algo de lo que se había dicho en esa conversación, que entonces consideré amable e intrascendente, era una auténtica bomba de relojería que haría saltar por los aires los muros de cartón piedra de aquella farsa, tras los que estaba oculta la historia real de los tres soldados de Sjirat.

Capítulo diecinueve

Si la señora Labajos se encontraba con fuerzas para hacerlo, me recibiría el sábado, a la hora del aperitivo y «durante un tiempo máximo de media hora», me dijo Zainab, su asistente, cuidadora y al parecer chica para todo, también chófer y secretaria, cuando me devolvió por sorpresa y contra todo pronóstico mi llamada de una semana antes. Me pregunté si el cambio de opinión al aceptar esa segunda visita tendría algo que ver con la solicitud, aún sin respuesta, que había enviado a las oficinas de Ludwig Bauer, o Haidar Rachidi, en Saarbrücken. ¿Era posible que hubiesen contrastado ambas peticiones y al sumar dos y dos y verse al descubierto él quisiera tratar de enterarse de cuánto sabía yo realmente? A la luz de nuestros últimos descubrimientos, era una posibilidad.

Mientras llegaba el momento de afrontar las dos entrevistas pendientes, me dediqué a mis clases en el instituto y a cuidar a Isabel, que ya estaba casi restablecida por completo de lo ocurrido en París. También acabé el libro sobre los Llodra, que explicaba muy bien la manera en que el fin del Protectorado les complicó la existencia a los españoles que trabajaban en el norte de África e hizo que a algunos, entre otros a los propios dueños de La Valenciana, les desapareciese, en menos que canta un gallo, el país bajo los pies: eran de Tetuán y Tetuán dejó de ser España. En consecuencia, ellos se transformaron, como por arte de magia, en extranjeros.

Aquella familia, sin embargo, era de las que vendían cara su derrota, y siguió al pie del cañón, aunque fuese a trancas y barrancas, hasta las mismas puertas del siglo XXI, tras haber sufrido toda clase de vicisitudes y haber montado y visto caer mil y un negocios, igual que sus amigos y socios esporádicos, los Fierro y los Santos Freal, aunque con la diferencia de que estos aún continuaban en activo en la región. En su caso, no hay duda de que su segunda gran obra, tras la emblemática compañía de autobuses con la que habían comenzado a despegar como empresarios de éxito, fue la edificación

del complejo residencial La Kabila, el lugar donde aún tenían sus casas de verano Akram al-Husayni y Mohamed VI.

El relato de los contratiempos sufridos por los Llodra a lo largo de tres generaciones probaba la perseverancia de una gente hecha a sí misma y acostumbrada a sobreponerse a las dificultades, que, sin embargo, a partir de la independencia de Marruecos, vio cómo todo se volvía una carrera de obstáculos. Que su voluntad de hierro fuese al fin doblegada también nos enseña hasta qué punto en el nuevo Estado las cosas dependían de los caprichos de Hassan II y su interminable lista de cortesanos, tecnócratas y funcionarios, cuya estrategia del palo y la zanahoria podía volver loco a cualquiera: un día, sus edecanes aparecían en el horizonte y anunciaban que su majestad asistiría al día siguiente a comer al restaurante de la urbanización y durante el banquete el monarca se mostraba amable y dadivoso con los propietarios; a la semana siguiente, los llamaba algún mandamás de la temible Maroc Tourist para conminarlos a despedir a todo el personal que no fuese magrebí y para informar sin contemplaciones de que, a partir de ese momento, la plantilla sería supervisada por ellos; una mañana se dejaban caer por allí unos oficiales del ejército que les daban quince días de plazo para que construyesen un coto de caza donde el Comendador de los Creyentes pudiera ir a ejercitar su puntería, y ellos lo lograban trabajando sin desmayo, abrían y desbrozaban caminos, vallaban la zona, atraían con cebos diversos bandadas de perdices y piaras de jabalíes, edificaban un refugio de madera con vistas a la laguna Smir, llena de flamencos y patos..., y a última hora la visita se suspendía. Y si no aceptaban sin rechistar las órdenes que les llegaban de aquí y allá, si no pagaban los interminables sobornos y mordidas necesarios para lograr cualquier permiso burocrático o no se asociaban, por la fuerza, con los altos cargos que querían su parte del pastel, les hacían la vida imposible. Por ejemplo, les imputaron de forma caprichosa un delito aduanero y fue el ministro de Finanzas en persona quien los amenazó con imponerles una multa de un millón de dirhams y penas de diez años de cárcel. Por cierto, que de ese atolladero los sacó un viejo amigo de la infancia, el doctor Fadel Benyaich, aquel médico de palacio que había estudiado la carrera en Granada, estaba casado con una española y que se inmoló durante el asalto a Sijrat, al intentar distraer y confundir a los cadetes de Ahermumu vestido con la túnica del soberano.

Todo se arreglaba a base de influencias y quien no las tenía se iba a pique, como ocurrió con la mayor parte de los españoles nacidos o radicados en el norte de África, a los que se empujó a trasladarse en masa a la península.

Curiosamente, ni en el libro que había leído sobre los Fierro, ni en mi conversación con Gustavo Santos Freal se mencionaba nada de eso, de manera que debemos suponer que picaban alto con fundamento y que sus relaciones eran tan influyentes que no afectaron de manera irremediable a sus negocios. O que supieron ponerle una vela a Dios y otra al diablo y manejar la situación con más astucia. Tal vez por ese motivo los Santos Freal seguían allí y los Llodra tuvieron que irse tras perder los paradores de Chaouen y Ketama, el hotel Mohamed V en Alhucemas, el cine Avenida, de Tetuán, y La Valenciana: para ellos, todo se derrumbó al llegar los vientos adversos del nuevo Estado, lo mismo que cae un castillo de naipes con las cartas marcadas.

—Pues tome nota —me había dicho el actual presidente de Maresa, cuando le mencioné ese asunto— y se dará cuenta de que el éxito, sobre todo cuando no decae, es fruto del trabajo bien hecho, de la constancia y el buen ojo; no basta con tener padrinos, como suele decirse. Conozco a la perfección la historia de los Llodra, unas bellísimas personas que, sin embargo, no fueron capaces de mantener una posición que era de lo más favorable: cuando montaron La Kabila, el rey Hassan II les mandó allí a sus hijos y a media familia. Mohamed VI, de hecho, sigue teniendo en la zona su casa de verano. Si después se hundieron «será que pisaron la tabla equivocada», como solía decir mi padre.

Puede que tuviera su tanto por ciento de razón, pero no había más que ver las molestias que se estaba tomando Akram al-Husayni por recuperar el favor del rey Mohamed VI, y el visible desasosiego, por no decir terror, que le producía el haberlo perdido, para darse cuenta de que, a grandes rasgos, en Marruecos todo seguía igual y formar parte de la élite o caer en el ostracismo dependían de con qué ojos te mirasen desde el palacio de Dar al-Majzén: ahí era donde se abría o cerraba el paso a nivel, donde se decidía cuándo atizar el fuego y cuándo echarle un jarro de agua fría.

Acababa de hablar con el profesor José Antonio Alarcón, que me llamaba para contarme que Akram al-Husayni lo había invitado esa tarde a tomar un té en su casa del Rincón del Medik, cuando recibí una respuesta desde la secretaría de dirección de Wüstendünger Phosphate que en ese momento pensé que me facilitaba las cosas. Lo que me comunicaban era que el señor Ludwig Bauer «desafortunadamente» estaba muy ocupado, «sin fechas libres en su agenda para atender nuevos compromisos», pero que tenía previsto un viaje a Madrid durante la semana próxima, con motivo de una «reunión

empresarial», lo que «quizá le permitiera dedicarme unos minutos», si yo me desplazaba a su hotel «cuando se me indicase».

Adiós a la visita de cuarenta y ocho horas a Saarbrücken o, mucho mejor todavía, a Esch-sur-Sûre, donde Isabel y yo habríamos sido felices paseando junto al río y subiendo a visitar las ruinas de su castillo de cuento de hadas. Hola a la emoción de vernos al fin las caras con uno de los tres protagonistas de nuestra historia. Me sentía como si después de leer *Fortunata y Jacinta* hubiese quedado con ellas a tomar un café en el bar de la esquina. Lo más importante, me dije, es preparar bien la manera de hacerle saber al antiguo Haidar Rachidi que conocemos su identidad, y pensar bien qué oferta se le podría hacer por la abdicación de Hassan II, que imaginé que a estas alturas debía de ser más un amuleto personal que un seguro de vida. Además, Gustavo Santos Freal me había dado una idea cuando me dijo, no sé bien si en broma o en serio, que se pondría en contacto con Bauer para intentar comprarle a precio de ganga la arena que sacaba de sus minas de fosfato al aire libre y que quedaba abandonada junto a los grandes cráteres que provocaba esa explotación del subsuelo, una y otra vez denunciada por las organizaciones ecologistas. ¿Y si Akram al-Husayni se adelantaba y le hacía él la oferta? Seguro que entre saqueadores del desierto se entendían. Además, pensé, así no roban arena de dos sitios diferentes.

Mientras meditaba los pasos a seguir para lograr mi objetivo, llamó al timbre un mensajero que me traía, precisamente, un regalo de Santos Freal. Cuando lo abrí, no pude creer lo que veía: eran las *Obras en verso del Homero español*, la primera edición de los poemas de Góngora, cuya historia sabía de memoria: fue autorizada por las instancias políticas y eclesiásticas en 1620, aún en vida de su autor, pero no salió hasta 1627, cuando llevaba siete meses enterrado, y lo hizo, además, sin su nombre en la cubierta, por orden de la Santa Inquisición. ¿Cuántas veces les había contado yo eso a mis sucesivos alumnos del instituto, para explicarles que uno de nuestros más grandes escritores nunca llegó a ver publicados sus versos y así hacerles reflexionar sobre las diferencias entre el mérito y la fama? Había una nota manuscrita junto a aquella pieza de museo: «Era de mi madre, una gran bibliófila. No se me ocurre nadie que pudiera valorarlo con más conocimiento de causa que tú», decía, y estaba firmada por «tu, espero que pronto, nuevo amigo, Gustavo». Me quedé tan perplejo que no supe qué hacer. Tampoco pude evitar preguntarme cuál sería el precio de aquel tesoro, que fácilmente podía equivaler a mi sueldo de todo un año como profesor.

—¿No sabes de qué modo podrías corresponderle? Esa duda te la resuelvo yo ahora mismo: no lo hay, no está a tu alcance ponerte a su altura —dijo Isabel, cuando la llamé para contárselo.

—¿Se lo devuelvo, entonces?

—No seas absurdo, eso te convertiría en un maleducado.

—O en alguien libre de ataduras.

—Cariño, es que la libertad no consiste en desconfiar por norma de todo el mundo. ¿Por qué no puede ser verdad que le guste la literatura y esté encantado de conocerte? ¿Porque es rico? Diego Raúl también, y adora la música clásica, canta ópera en la ducha y va a clases de bailes de salón, se pasa toda la semana esperando que llegue el viernes por la tarde para darle pista a los chachachás, los mambos y los boleros.

—Santos Freal tiene más pinta de jugar al pádel en un club que a ti y a mí no nos admitiría como socios.

—¿Y eso lo convierte en el conde Drácula? No seas ridículo, compórtate como un caballero y envíale tus cinco novelas dedicadas, eso lo agradecerá. Y acompáñalas con un ramo de rosas, eso le sorprenderá. Tú encárgate de los libros y yo lo haré de las flores.

—No tengo que decirte que esto me plantea un dilema moral, porque se supone que a mí este tío no debería caerme bien: quiero escribir una novela para defender a los saharauis y él se dedica a expoliarlos. En estas cosas hay que tomar partido, no se puede jugar a la vez en los dos equipos.

—Bueno, mi amor, no voy a repetirte lo bien que nos vienen a los demás esa arena del desierto que él trae a España en sus transbordadores o el fosfato que sacan del desierto los Ludwig Bauer de este mundo, ni que a día de hoy es imposible vivir sin cualquiera de las dos cosas; pero te hago notar que los jefes del Frente Polisario no dicen que no haya que comerciar con esos recursos, sino que quieren hacerlo ellos. Y ojo, que antes de que me digas nada ya sé que tienen razón en que el territorio es legalmente suyo y Marruecos está allí por la cara.

—No estoy muy seguro de que Santos Freal sea la clase de persona con quien yo pueda tener una bonita amistad.

—Te vuelvo a poner el mismo ejemplo: somos amigos, y yo empleada, de Diego Raúl González, que es dueño de una farmacéutica, es multimillonario y es una gran persona.

—Es distinto, a él lo conocemos y nos une la historia de Caridad Santafé, su madre. Y que trabajes para él no significa nada, también lo hacías para Martín Duque.

—¿Eso ha sido un golpe bajo?

—Ni por asomo. ¿Cómo puedes ni siquiera pensar algo así? Yo estoy investigando para Akram al-Husayni, que es otro tanto de lo mismo, así que no puedo darte lecciones. No quería ofenderte.

—Entonces, a cuento de qué nombras la sogá en casa del ahorcado.

—Lo menciono porque creo que lo único que quiere el dueño de Maresa es exhibir como si fuera un trofeo de caza al tipo que llevó a la cárcel a aquel truhan que él y los suyos consideraron siempre un advenedizo.

—¿Y por eso te regala la primera edición de Góngora? No tiene sentido. Por otra parte, tú escribiste ese libro, eres el culpable de que la gente hable de él, y más quienes pertenecen al mundo del que trata, ¿no crees? Cuando saques el de la Marcha Verde y el Sáhara, alguien lo comentará en Ceuta y en El Aaiún, en Rabat y en las islas Canarias.

—O en ningún sitio, si pasa sin pena ni gloria. Eso nunca se puede saber.

—Eso que tú tienes se llama atiquifobia, está diagnosticado como el miedo anormal, persistente e injustificado al fracaso. ¿Te pido unos ansiolíticos de González y Uribe?

—Muy graciosa.

—Mira, tengo que dejarte ahora, me está entrando otra llamada y... ¡Caramba, pero mira quién es! ¿Aguantas un segundo?

Le dije que esperaría a que acabase y no me importaron los quince minutos que tardó en volver a la línea, porque se me estaba ocurriendo algo que le quería consultar. ¿Y si tratábamos de montar una cita a tres, en su casa? Si lograba juntar a su socio Akram al-Husayni, a Haidar Rachidi, o Ludwig Bauer, y a Santos Freal, tal vez la mezcla funcionara y podrían meterse en el mismo bombo la arena, los fosfatos y la abdicación de Hassan II, y usar esta última de comodín. Podría presentarle a Al-Husayni al propietario del preciado papel como un coleccionista de arte que compró el documento en el mercado negro o tal vez en alguna casa de subastas. Me jugaba el cuello a que Al-Husayni no haría preguntas, si callárselas facilitaba que lograra lo que quería. Se lo conté a Isabel, en cuanto me volvió a dar paso, antes de que ella abriese la boca. Cuando lo hizo, el que se quedó mudo fui yo.

—Pues que pongan otro cubierto en la mesa, porque, en lugar de tres, los invitados podrían ser cuatro —dijo—. ¿Sabes quién me telefoneaba? La sobrina de Ascensión Díaz Folgueras, nuestra segunda enfermera. ¿Y sabes quién la ha ido a visitar a su casa de Valladolid? Nassim el-Mansouri, nuestro tercer soldado. Ya estamos todos.

—Vaya, qué oportuno. ¿Te ha contado cómo la localizó y qué quería?

—Le aseguré que él había sido muy amigo de su tía, que le hablaba mucho de su hermana y de aquella casa familiar de la calle de Tenerías, cerca del río Pisuerga; que coincidió con ella cuando ambos estuvieron alojados en el palacio de Hassan II y que nunca perdieron el contacto.

—¿El-Mansouri vivió en Dar al-Mazjén?

—Eso parece.

—Así que dirigió Tazmamart y fue huésped del rey. ¿Qué hacía en Valladolid?

—Estaba de paso, en viaje de negocios, y quería «presentarle sus respetos» y que supiera lo feliz que había sido Ascensión en la Corte, donde Mohamed VI «la idolatraba como a una madre».

—¿Le contó qué clase de negocios o dónde podría localizarle?

—Para mí que sólo le dijo cosas que no significasen nada: que se dedicaba a «la exportación e importación», que es lo que se usa de tapadera para que no se sepa lo que haces, y que residía «en la costa este de los Estados Unidos», que lo mismo puede significar en Atlanta que en Filadelfia, en Nueva York que en Boston o en Miami. Y ahora sí que tengo que colgar, mi amor, están esperándome en la sala de reuniones. Nos vemos esta noche. *Wǒ ài nǐ*.

—Y yo a ti.

Yo no tenía entonces la ventaja que tienen ustedes ahora, que es la de ver que quedan muy pocas páginas antes de que se acabe el libro y, en consecuencia, que esta historia tiene que estar a punto de resolverse; pero mi impresión fue la misma: nos acercábamos al final, pronto encontraríamos las últimas palabras del crucigrama. Si en lugar de una novela esto fuese un barco, ya se vería la costa desde la cubierta. Eso sí, no cometan el mismo error que yo en aquel momento: no olviden que una cosa es tirar de la manta y otra muy diferente que esté debajo de ella quien tú creías.

Capítulo veinte

Todos estaban felices. A Santos Freal le había encantado la idea de encontrarse con «dos personajes de mi próxima novela», como se los había descrito, sin entrar en detalles, y también le interesaba estrechar lazos con el presidente y máximo accionista de Wüstendünger Phosphate; al fin y al cabo, la idea había sido suya. Al antiguo Haidar Rachidi y actual Ludwig Bauer lo sedujo la posibilidad de venderle a la compañía Maresa la arena que no necesitaba para nada y que, de hecho, le suponía un problema. Akram al-Husayni se mostró eufórico ante la posibilidad de que «aquel coleccionista de arte y empresario alemán», que fue como se lo pinté, tuviera en su poder la abdicación de Hassan II, con la que esperaba ganarse para siempre a su señor, y especulaba con que pudiera abrirse a venderla a cambio de incrementar sus ganancias en el Sáhara. No le revelé su verdadera identidad, no quería que tratase de añadir su cabeza como trofeo, llevársela a Mohamed VI como se decía que el general Ufkir le había llevado a su padre la de Ben Barka y proclamar solemnemente: «Majestad, aquí tiene el papel que impedirá que la memoria de su padre sea mancillada, y traigo también, para más seguridad, la prueba de que el hombre que lo tenía nunca podrá chantajearos con él».

La entrevista con Bauer, celebrada en su hotel dos días antes de aquella velada, empezó bien y se fue tensando según mis preguntas derivaban de quien era hacia quien fue. No sé cómo sería el joven Haidar Rachidi, pero Ludwig Bauer era un hombre corpulento, algo entrado en kilos, de manos grandes adornadas con un anillo de oro en cada dedo anular y rostro equino, tocado con un bigote anacrónico. Sus labios eran prominentes y estaban teñidos por una sombra violeta. En conjunto, emanaba una especie de refinamiento orondo y su forma de moverse, sostener el vaso del que bebía una infusión de té con menta o alisarse la corbata de seda roja denotaba una naturaleza hedonista. Me lo representé como una persona jovial endurecida por el tiempo, debido a la manera en que se atrincheraba en una amabilidad disuasoria, tras una cortesía de protocolo. Sus ojos no eran inquisitivos como

los de Al-Husayni o burlones como los de Santos Freal, sino huidizos, y, en las raras ocasiones en que te miraba de lleno parecían desconfiados, temerosos. A pesar de todo, se transparentaba en él un fondo afable, expresado en la campechanía, a veces algo obsequiosa, con la que trataba al personal del establecimiento. Y conmigo fue igual de considerado, al menos hasta que puse algunas de mis cartas sobre la mesa y le llevé a un terreno que, sin duda, le resultaba comprometedor. Pero, de inicio, las cosas fueron rodadas, tras identificarme como otro de los invitados del presidente de Maresa a la misma reunión a la que él ya había confirmado su asistencia.

—Muchas gracias por recibirme, *herr* Bauer —dije en inglés, que era el idioma en el que nos habíamos saludado, aunque rápidamente me informó de que también podíamos entendernos en español, una lengua que hablaba con toda soltura y con un aromático deje entre francés y árabe.

—Un placer —respondió—. El señor Santos Freal me lo recomendó encarecidamente como novelista. ¿Son ustedes muy amigos? Me gustó su llamada, creo que podemos llegar a algunos acuerdos.

—Bueno, eso no sería en absoluto raro: operan en la misma zona del Sáhara.

—Un lugar extraordinario y la capital mundial del fosfato, si me permite definirla así —soltó, tras echarle un vistazo meditabundo al techo, para hacer pasar por una ocurrencia súbita lo que debía de haber repetido cientos de veces a lo largo de su vida. Nada raro, todos usamos esos latiguillos.

—Mientras preparaba este encuentro y el que tendré con el señor Akram al-Husayni, que es el socio marroquí de Gustavo —dije, mencionando al primero para escrutar su reacción, que fue inexistente, y usando el nombre de pila del segundo para exagerar mi relación con él y ganarme su confianza— he aprendido que estaba equivocado con respecto al desierto: ahora sé que es una gran fuente de riquezas.

—Sí, ya lo creo que sí —asintió, riendo—, es mucho más que sol, camellos y beduinos.

—Por ejemplo, arena y fosfatos: las dos especialidades de ustedes tres. Y unos bienes más escasos de lo que se podría creer.

—Relativamente escasos —me corrigió—, pero, sobre todo, imprescindibles. Usted ya sabrá que el mineral con el que trabajamos en Wüstendünger Phosphate está presente en cada una de las células del cuerpo humano y que sin él nos extinguiríamos. ¿Sabe qué es lo que más me enorgullece de mi trabajo? Que me dedico a elaborar los fertilizantes que hacen falta para que crezcan alimentos sin los que el mundo se pararía.

—Tengo entendido que usted es originario de Marruecos, el mayor productor mundial de fosfatos, por delante de China, Argelia, Estados Unidos y Siria.

—Las minas que explota mi compañía se encuentran en Marruecos, señor Urbano, pero yo soy alemán —me corrigió, haciendo ver de forma ostensible su contrariedad ante mi pregunta y que la interpretaba como un desaire. Su ofensa fue muy significativa: somos aquello sobre lo que mentimos. Y él ocultaba, al menos, que tenía los dos pasaportes.

—Sin embargo, esas minas son de propiedad estatal, ¿no es cierto? Están bajo el control de la Oficina Jerifiana de Fosfatos —corregí el rumbo, regresando a su zona de confort, para enfriar su molestia. No era una rendición, sólo un repliegue.

—Tienen su método —dijo, susceptible—. Nacionalizaron la explotación de los principales recursos del país, tras la independencia; pero Rabat se abre tradicionalmente a la inversión externa.

—Por lo que he visto —continué, en mi papel de periodista, consultando mis notas—, hay cuatro minas principales: la de Jurigba, que es la más grande del mundo a cielo abierto, y las de Yusufía, Ben Guerir y Bucraa. Y su firma explota la última.

—Así es.

—En el Sáhara Occidental.

—Correcto —respondió, una vez más receloso ante lo que podría ser un asunto problemático.

—¿Sabe que fueron geólogos españoles quienes descubrieron ese yacimiento, en 1947, en la meseta de Izic?

—Algo me han contado.

—El Instituto Nacional de Industria constituyó la Empresa Nacional Minera del Sáhara e hizo una cinta transportadora de más de cien kilómetros que llevaba el material hasta la costa. Esa instalación fue sabotada por el Frente Polisario —dejé caer, una vez más con la intención de hacerle descubrir su posición sobre el tema.

—Ha sido una zona conflictiva, sí. Ahora, al menos hasta donde yo sé, las aguas están en calma. Pero vamos a hacer una cosa, señor Urbano —dijo de pronto, decidido a cortar por lo sano con mis perífrasis e interludios—: déjese de menudencias y explíqueme qué es lo que quiere en realidad de mí. ¿Hablar del pueblo saharaui y sus recursos supuestamente expoliados? ¿Esa es su manzana de la discordia?

Había llegado la hora de coger al toro por los cuernos, como hubiese dicho mi madre. Crucé los dedos.

—Digamos que son dos manzanas —respondí—. Por un lado, intento estudiar y comprender lo ocurrido en esa zona desde que España la dejó en manos de Marruecos, para una novela que habla de la Marcha Verde, de los acontecimientos que la propiciaron y de lo que pasó después de que Hassan II ocupase lo que el *majzén* llama las provincias del sur.

—Continúe —dijo, a la par que emitía un suspiro melodramático, como si escucharme fuera una penitencia que se obligase a sobrellevar con resignación. Sin embargo, a pesar de esa puesta en escena, noté que se envaraba al oír el nombre del monarca.

—Pero, claro —seguí, ya dispuesto a jugarme el todo por el todo—, para que él pudiera hacer lo que hizo en 1975, tenía que cumplir una condición: estar vivo... Quién sabe qué habría pasado si hubiese muerto en 1971...

Sus ojos llamearon. Bebió lo que quedaba de su té con menta, tal vez para sofocar el fuego. Se veía que estaba manteniendo una lucha interior por controlar sus emociones.

—¿Qué sabe o cree saber de mí, señor Urbano? Explíquemelo de forma concisa o esta conversación habrá terminado.

—Lo sé todo, señor Ludwig Bauer, antes conocido como Haidar Rachidi...

—¿Y qué pretende? ¿Extorsionarme? Si es así, ha errado el tiro: su información carece de valor hoy en día. Tal vez hace cincuenta años habría podido sacar tajada, pero ya no.

—Le garantizo que no tiene absolutamente nada que temer de mí. Soy escritor y hago libros, no chantajes.

Me observó como si leyese las contraindicaciones de un medicamento, valorando los pros y los contras de fiarse o no de mí. Decidió correr el riesgo: no puedes hacer un traje si no cortas la tela.

—En ese caso, hable con franqueza y yo también lo haré. Para empezar, le repito la pregunta: ¿qué es, exactamente, lo que sabe de mí?

—Usted era cadete en la escuela militar de Ahermumu y fue enviado, junto con otros mil cuatrocientos compañeros, a tomar el palacio de Sjirat. También fue uno de los tres soldados a quienes se ordenó ejecutar a Hassan II. La leyenda cuenta que él les hizo ver la magnitud del crimen que iban a cometer, les recordó que además de su rey era el Comendador de los Creyentes y usted y sus compañeros le perdonaron la vida. Pero las cosas no fueron así; en realidad, él compró su perdón, les ofreció mucho dinero a

cambio de que no dispararan y cuando, en gran parte gracias a ustedes, se truncó el golpe de Estado en el que se tramaba exterminar a su familia, fue fiel a su palabra, ayudó a dos de ustedes a salir del país, para librarlos de las represalias que hubieran podido sufrir y dio instrucciones para que les entregaran la recompensa. Usted fue a cobrar su parte a un banco de Andorra, después de venir a España y estar unos días en Granada, en casa de sus tíos Samir y Naouar, e imagino que con esa pequeña o gran fortuna, reconozco que no tengo ni idea de la cantidad que le fue entregada, puso en marcha sus negocios y se convirtió en el triunfador que es hoy en día. Mucho trabajo y buenas decisiones, supongo.

—No me adule, no es necesario. ¿Algo más?

—En Alemania pidió asilo político y adoptó legalmente su identidad actual. Sin embargo, antes no fue sincero conmigo, porque mantiene la doble nacionalidad. No puedo saber por qué, pero no ha renunciado a su pasaporte marroquí.

—Llámelo romanticismo. Prosiga.

—Doy por hecho que sus buenas relaciones con la Corte de Rabat, muy comprensibles dadas las circunstancias, le facilitaron, al menos en parte, sus inversiones en el Sáhara Occidental.

—No le digo ni que sí ni que no. ¿Puedo preguntarle qué caminos siguió para llegar a esas conclusiones y con qué ayuda ha contado?

—Usted puede preguntarlo, pero sabe de sobra que yo no puedo responder.

—Ya... No puede revelar sus fuentes...

—Es el abecé de cualquier investigación.

—Muy bien. Así que ha seguido mi pista y ha reconstruido mi prehistoria. ¿La de los otros dos también?

—Fahim Jamal y Nassim el-Mansouri. El primero quiso ponerse bajo la protección del general Mohamed Ufkir y parece que este lo mató, o eso jura y perjura su madre, la señora Raissa, aunque hay algo extraño en esa historia. Su cuerpo fue hallado en una calle de Rabat y está enterrado en Zeluán. El segundo estuvo aquí en España, no sé si con usted, persiguiéndolo a usted o cada uno por su lado. Parece que regresó a Marruecos y hay indicios fiables de que llegó a estar al mando de la prisión secreta de Tazmamart.

—El pobre Fahim Jamal... No le cargue su muerte a Ufkir, no le hace falta para ser un bandido, ya tiene demasiadas en su expediente. A nuestro compañero lo mató Nassim el-Mansouri, tal y como quería hacer conmigo.

—¿Por qué?

Volvió a mirar a las alturas, como quien busca inspiración.

—Avaricia y servilismo a partes iguales. Quería convertirse en el único que conociera el secreto de Hassan II, de manera que su plan era eliminarnos y ofrecerse como su perro guardián. Sé que estuvo alojado una temporada en unas dependencias para el servicio de Dar al-Majzén. Y, cuando llegó la hora de buscar a alguien que llevara Tazmamart, se lo ofrecieron y aceptó: para él sería el primer peldaño de la escalera que lo conduciría a la alta sociedad.

—Un tipo con aspiraciones —dije.

—Y peligroso, señor Urbano. Muy peligroso. Lo conozco desde que ambos éramos unos niños, los dos procedemos de la misma zona, lo que ahora llaman la Ruta de las Kasbahs, en el valle del Drâa; nacimos en el *ksar* de Aït Benhaddou, nuestros padres eran compañeros de trabajo, fuimos a la misma escuela, ingresamos juntos en Ahermumu... Siempre fue una persona exaltada, violenta y conflictiva. Aquella mañana espantosa, cuando entramos en el palacio de Sjirat, puedo asegurarle que fue de los primeros en empezar a disparar con su ametralladora contra la multitud.

—¿Usted no abrió fuego? ¿No lo hicieron todos?

—Yo estaba paralizado, al igual que otros muchos. Él, sin embargo, aullaba igual que una hiena borracha de sangre. El coronel Ababu se fijó en su sed de destrucción, en cómo vociferaba «muerte a los opresores» y «abajo la tiranía» a la vez que tiraba de gatillo, y por eso lo eligió para ejecutar al rey.

—Pero, cuando lo tuvo a su merced, El-Mansouri cambió de idea —dije, para espolearlo.

—Fahim y yo le suplicamos que no lo hiciese, que no cometiera aquel crimen atroz. Su majestad nos escuchó discutir y creo que en ese momento vio un rayo de luz, hizo su oferta..., y así empezó todo.

—Nassim el-Mansouri vio salir al genio de la lámpara y le pidió sus tres deseos...

—Era un camaleón, un oportunista. En cuanto oyó lo que decía Hassan II, volvió su arma hacia Fahim Jamal y hacia mí, haciendo ver que era él quien nos obligaba a perdonarle la vida, y cuando bajamos las nuestras en señal de asentimiento, no porque él nos obligase, sino porque era lo que queríamos, se arrodilló ante él y le besó la mano. Fue todo muy histriónico y muy cínico.

—¿Por qué le siguieron el juego?

—¿Y por qué no? Le repito que lo único que queríamos era detener aquel disparate. Por añadidura, al parecer íbamos a ser ricos. Y, además, le teníamos miedo.

—Lo comprendo.

—Si le cuento todo esto es para que sepa el riesgo en que me encontraría si usted levanta la liebre y me descubre. Ese loco es capaz de ir a por mí, aunque haya pasado medio siglo desde que empezó a seguirme. Si es que no está bajo tierra, claro.

—¿Cuándo fue la última vez que supo algo de él?

—Hace ya mucho. Lo ubiqué mientras permaneció en el ejército. Alcanzó el grado de coronel y, tras la Marcha Verde, estuvo destinado en el Sáhara, como ayudante de campo del general Ahmed Dlimi.

—¡El director de Seguridad Nacional que emboscó y abatió a Ufkir junto a la embajada del Líbano! El que iba con Hassan II en el avión contra el que dispararon los cazas en 1973. Y también el que construyó un muro en el desierto para aislar a los saharauis.

—O para proteger Marruecos de los ataques terroristas, señor Urbano. Depende desde qué lado lo miremos. —Se revolvió, no supe si en defensa de su país de origen o sólo de sus intereses empresariales—. Déjeme que le cuente algo que muy poca gente sabe y que, de hacerse público, me podría crear algún conflicto en Marruecos, donde cualquier ayuda al Frente Polisario se considera alta traición: todos los años dono una buena cantidad al Programa Mundial de Alimentos, para que los distribuyan entre los refugiados de Tinduf, especialmente entre los niños.

—Quizá podrían darles de comer sus familias, si fueran propietarias de su tierra... La caridad es encomiable, pero no deseable.

—Las cosas son como son y los empresarios no tenemos la culpa de nada. Su amigo Santos Freal, yo y tantos otros tratamos con quienes mandan allí en estos momentos.

—¿Por qué se ha decidido a contarme la verdad?

—Ya se lo dije antes: a cambio de oír la suya. Tengo mis defectos, pero también mis principios, soy un hombre de palabra. En segundo lugar, porque llevaba una eternidad sin compartir mi pasado con nadie y he sentido alivio al darle rienda suelta, aunque sea sólo por esta vez. Y hay una tercera razón, que ya le he adelantado: hacerle notar que me pondría en un grave riesgo si difunde lo que sabe de mí.

—Tengo que contarle algo: Nassim el-Mansouri sigue vivo y está tras nuestros pasos, quizá con la esperanza de que lo llevemos hasta usted —le previene, antes de contarle su visita a la sobrina de la enfermera Ascensión Díaz Folgueras, en Valladolid. Su inquietud fue evidente.

—Más motivo aún para extremar la cautela —dijo—. Escuche, si ese canalla nunca me ha encontrado es porque no sabía a quién tenía que buscar.

Ni él, ni nadie. Eso cambiará si usted me descubre. Así que estoy en sus manos y lo que ocurra, o no, será responsabilidad suya; tiene la llave, pero, si no la utiliza, la puerta seguirá sin existir. Si quiere dinero a cambio de su silencio, lo entenderé. Sé hacer tratos, me dedico a eso.

—No es dinero lo que estoy buscando.

—¿En serio? Y entonces ¿qué es lo que quiere?

Le dije lo que quería. Entendió que era el precio de que yo mantuviese la boca cerrada, y confieso que no le saqué de su error: él no era un santo, sino otro de los expoliadores del Sáhara; y yo tampoco lo soy.

Cuando salí de su hotel, ya sabía el precio que Akram al-Husayni iba a tener que pagar por la abdicación de Hassan II. Y dónde estaba.

Capítulo veintiuno

La mansión de Gustavo Santos Freal y su familia estaba, dónde si no, en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, rodeada de jardines y silencio. Había garitas, barreras de control, cámaras en los muros, un par de coches de policía junto a lo que supuse que eran embajadas y también se veía pasar, haciendo rondas sistemáticas, un par de patrullas de vigilancia privada. Quien tratase de perturbar aquella calma sería expulsado del paraíso por un ángel vengador con uniforme de guardia jurado. En su propia casa también nos abrieron la verja de entrada dos miembros de seguridad a Isabel y a mí, que habíamos llegado una hora antes que los otros tres invitados, Akram al-Husayni, Ludwig Bauer y Diego Raúl González, porque el dueño quería mostrarme la biblioteca heredada de su madre, que resultó ser, efectivamente, un tesoro. Había libros de valor incalculable para mí, que tampoco soy un gran bibliófilo, sobre todo volúmenes muy antiguos de poesía y narrativa, también obras de teatro y algunas biografías. Las vitrinas que los albergaban eran de un elegante color verde musgo y estaban rematadas con un capitel de fantasía en el que se adivinaba la mano de un buen ebanista. Junto a un gran ventanal, había unos sillones en torno a una mesa de vidrio, adornada con un jarrón lleno de rosas blancas, donde en los viejos tiempos todos los jueves solían reunirse varias amigas a beber café y hablar de literatura. No dejé de reparar en algunos cuadros de artistas muy conocidos, que le daban a las paredes un esplendor de museo, y que, en cierta forma, le llevaban la contraria a las estanterías, donde se alineaban libros más bien clásicos, a menudo verdaderas antigüedades, mientras que ninguno de los lienzos era realista o académico. Me pregunté si la señora de la casa tuvo una sensibilidad diversa o era que la pintura contemporánea fue la especialidad, por ejemplo, de su marido. Quien eligió aquellos óleos, en cualquier caso, sabía lo que se hacía: la mayor parte valían una fortuna.

Nos ofrecieron champán, servido en sofisticadas copas de cristal tallado, y brindamos con Santos Freal y su esposa, que se llamaba Virginia y había sido

música profesional: tocaba el piano y el violín, y esto último lo hizo durante años en las mejores orquestas del país y, de hecho, el matrimonio se había conocido en el Teatro Real, en la recepción que siguió a un concierto en el que ella había participado. Ambos contaban su historia de amor como lo hacen las personas que aún se quieren, así que hasta eso parecía perfecto en aquel lugar donde cualquier imperfección habría resultado discordante.

Mientras charlábamos sobre esto y lo otro, llegó Diego Raúl, a quien los anfitriones conocían nada más que de vista y con el que ella pareció congeniar de inmediato, entre otras cosas por su común afición a las plantas decorativas, que descubrieron al alabarle él las que sumaban una gollería vegetal en varios rincones del cuarto donde nos habían conducido, y al que pronto llegaron dos camareras con más bebida y algunos canapés o entrantes sobre sus bandejas. El siguiente en aparecer fue Bauer, a la hora exacta de la cita y con una botella de vino superlativo de regalo. En cuanto a Akram al-Husayni, iba a retrasarse unos minutos, pues venía directamente de Marruecos y las conexiones aéreas le daban el tiempo justo para ir a su hotel, dejar la maleta, tal vez cambiarse y llegar a la cena. Pero, además, su vuelo sufría una demora de alrededor de veinte minutos, según nos hizo saber desde el aeropuerto, así que nos dispusimos a esperarlo, con nuestras bebidas en la mano y sin prisas.

A él, sin embargo, me lo imaginé ansioso por conocer al dueño de Wüstendünger Phosphate, a quien yo, con el fin de protegerlo, había pintado como un simple intermediario cuya gran pasión, más allá de sus asuntos profesionales, era el coleccionismo de objetos históricos y que, en una cadena azarosa, resultó que conocía a un compañero de subastas y anticuarios al que, a su vez, le habían hablado de un inglés que le compró hacía años a un particular el manuscrito con la abdicación de Hassan II.

—¿Sería a los propios Haidar Rachidi o Nassim el-Mansouri? —me preguntó Al-Husayni en nuestra comunicación telefónica.

—Eso lo desconoce: sabe quién la tiene, que es un ciudadano inglés, pero no a quién se la compró. En ese mundo las cosas se hacen en secreto y con discreción.

—Así que uno de los dos lo vendió...

—Lo vendió, se lo quitaron, fue extraviado, pasó a mejor vida y alguien lo encontró entre sus pertenencias... Quién lo puede saber.

—¿Entonces no ha podido averiguar qué fue de ellos? ¿No tiene algún indicio de a dónde fueron a parar?

—No los he buscado, mi misión era encontrar el objeto, no al dueño —solté, para dar por acabado el interrogatorio.

—Y dígame, Urbano, ¿cómo se las ingenió usted para llegar hasta nuestro Ludwig Bauer?

—Pues, mire, una de las líneas de investigación que seguí fue justo esa: preguntar en los lugares donde algo así podría haberse puesto en circulación. Ya sabe, igual que tras el atraco a una joyería o el robo de una obra de arte se va a investigar a los mercados negros, o cuando una persona desaparece se llama a los hospitales y los tanatorios.

—Es usted un número uno.

—Pero ya le digo que la discreción es la norma en ese ambiente, donde no todas las transacciones que se hacen cumplen de forma muy estricta la legalidad.

—Lo comprendo.

—Sin embargo, existen las casualidades, al menos cuando las buscas lo suficiente, y le confieso que a él no lo fui a entrevistar por usted sino por mí, lo mismo que a otros empresarios con intereses en el Sáhara Occidental. Ya sabe, para la novela de la Marcha Verde.

—Ah, sí, ese error suyo —ironizó, con desgana.

—Cuando le pedía algunos detalles para trazar su perfil biográfico y me dejó caer, de pasada, que era un coleccionista y aficionado a la historia de Marruecos, de donde es originaria parte de su familia, cambiamos de tercio, le pregunté lo mismo que les había preguntado antes a otras muchas personas y esa vez di en el clavo.

—¿Es que él también andaba a la caza de la misma pieza?

—No, no, en absoluto. Sus intereses van por otro lado. Simplemente, recordaba que se lo había contado alguien en El Aaiún. Ya sabe cómo son esas cosas: preguntas si tienen dibujos de Goya y te ofrecen las herraduras del caballo del Cid Campeador.

—Bueno, amigo Urbano, pues la verdad es que a mí también me importa bien poco quién la tenga o cómo llegase a sus manos, con tal de que pase a las mías —dijo, soltando una de sus «risotadas de hipopótamo», como las llamaba Isabel.

Se le notaba emocionado, iba a gastarse un dineral pero lo consideraba una cantidad bien invertida, porque ese papel era la llave que volvería a abrir para él las puertas de la Corte. Ludwig Bauer, por su lado, quería sacar una buena tajada de aquella transacción, ya que le forzábamos a deshacerse de su talismán. Era una persona inteligente, que cuando se vio entre la espada y la pared eligió el pragmatismo. Aquel documento, en realidad, ya no le servía de gran cosa y al separarse de él, muy probablemente, se libraría al mismo

tiempo de Nassim el-Mansouri, que tendría que rendirse a la evidencia: en cuanto Al-Husayni se le adelantase y lo pusiera en manos de Mohamed VI, este lo destruiría. «En el fondo, lo que usted me da es la oportunidad de vengarme de él y darle la puntilla. Cuando llegue a sus oídos lo que ha pasado, y ya me ocuparé yo de que las murmuraciones se difundan por Rabat y El Aaiún, sabrá que ha fracasado y que al final gané yo», me había dicho Bauer, en un arrebató de orgullo más fuerte que su miedo.

—¿Qué le parece si ahora contrato yo sus servicios, señor Urbano? Localíceme a ese chiflado, si de verdad está en España dígame dónde y si ha regresado a la costa este de los Estados Unidos, porque es allí donde está su centro de operaciones, tráigame un informe de sus movimientos y sus negocios, que no serán trigo limpio, y le busquemos las vueltas. Aunque ya le adelanto yo lo que va a hacer allí: lo de siempre, ser el correveidile del rey, que, por supuesto, «mantiene sólidos lazos de amistad y cooperación con la Casa Blanca», como se repite una y otra vez desde Rabat, y que también ha hecho jugosas inversiones y depósitos en los bancos norteamericanos... ¿Querría investigar todo eso para mí?

—No lo dice en serio.

—En realidad, no —dijo Ludwig Bauer—. Mi ventaja sobre Nassim, durante todos estos años ha sido que a mí él no me interesaba. Si le soy sincero, lo tenía casi olvidado, hasta que usted lo ha traído de vuelta. Hice mi vida, y no me ha ido mal.

Le iba a ir aún mejor, gracias a Santos Freal y Akram al-Husayni, a raíz de lo que habló con el jefe de Maresa sobre su futura colaboración en el Sáhara, que ellos llamaron «hacer un *cluster* empresarial» que les permitiera «maximizar la creación de valor, mientras se minimizaban los costes». A grandes rasgos, a uno le sobraba arena de sus minas y otro podía hacer sitio en sus barcos de carga, para transportar fosfatos. Ludwig Bauer parecía feliz y, seguramente, se reafirmaba en su idea de que salía ganando al deshacerse, tras guardarla durante cinco décadas, de la abdicación de Hassan II.

—Tengo la convicción de que ahora me conviene librarme de ella y dejar atrás esa etapa —me dijo, en su hotel—, igual que en su momento pensé que sería beneficiosa para mí cuando la cogí de la mano del general Madbuh en el palacio de Sjirat.

—¿Por qué lo hizo? ¿Cómo?

—Suerte e intuición. Vi allí el cuerpo, tiroteado por la espalda, se había corrido el rumor de que lo asesinó el coronel Ababu, que para entonces ya se había ido a Rabat a anunciar por radio el triunfo de la sublevación, la muerte

de la familia real y la proclamación de la república. Me impresionó mucho encontrar así a Mohamed Madbuh, que era una personalidad en Marruecos y nuestro líder en aquel asalto. El papel lo retenía entre los dedos, me acuerdo perfectamente, y tuve el impulso de ver qué era. Me quedé perplejo; allí estaban la renuncia al trono de su majestad, su firma y su sello.

—¿Es cierto que se usó a modo de tinta la sangre de un soldado herido?

—Lo es.

—Y decidió quedárselo, sin más.

—Me lo guardé, sin pensarlo dos veces. Y más adelante, cuando ya estaba en Francia y me sentía algo más seguro, le hice llegar una carta a Hassan II para decirle que lo tenía y que no se preocupase, que mientras siguiera en mis manos lo custodiaría gente de mi más absoluta confianza y jamás se haría público.

—Era un aviso en toda regla: si le pasaba algo, se descubriría el pastel.

—Más bien era un seguro de vida, por si a él o a Ufkir se les pasaba por la cabeza eliminar a los testigos de su humillación. Recuerde las leyendas que corrían sobre él, aquella historia de que fue a París a matar a Ben Barka, por ejemplo; o la manera en que no paró hasta acorralar al disidente Sheikh el-Arabi en Casablanca y provocar su suicidio. Estaba paranoico, no me importa admitirlo.

—Nadie le puede negar que tenía razones de peso para sentirse asustado. Esa gente no hacía prisioneros.

—No tardé mucho en saber, además, que El-Mansouri me seguía. Primero me avisaron mis tíos Samir y Naouar de que alguien fue preguntando por mí a su bazar de Granada; y pocos meses más tarde, me comunicaron desde el hotel donde me alojaba en Marsella que las limpiadoras se habían encontrado la habitación revuelta, con la cerradura forzada, mi equipaje abierto, la ropa fuera del armario... No tuve la más mínima duda de quién estaba detrás de todo eso. Esa misma tarde, sin ni siquiera ir a recoger mis cosas, persuadido de que aún merodeaba por allí, tomé un tren a Lyon, pero acabé bajando en Saint-Étienne. Y luego, ya en coche, fui subiendo hacia el norte, quedándome en sitios pequeños y menos fáciles de localizar: Vichy, Chalon-sur-Saône, Nancy, Metz... Hasta llegar a mi país de adopción, donde pensé que le resultaría más complicado preguntar por mí y seguirme el rastro al no hablar el idioma, porque el español y el francés sí que los chapurreaba, al igual que casi todos los marroquíes. En fin, que pasé algunos meses en Kaiserslautern y después en Düren, y el resto ya lo sabe: me establecí unos años en Palzem y

luego fijé mi residencia en Esch-sur-Sûre y la sede de mi compañía en Saarbrücken.

—¿Y El-Mansouri nunca dejó de hostigarlo?

—Sí, claro que sí. Desapareció en la época en que se encargaba de Tazmamart. Él cuidaba la prisión, pero al hacerlo también estaba atrapado allí, en el desierto. Y, mientras eso ocurría, yo, por mi parte, le expliqué mi caso a las autoridades de Alemania, un país por el que siento una gratitud inconmensurable, y, gracias a su comprensión y con su auxilio, borré del mapa a Haidar Rachidi. No puedo saber si ese loco habrá seguido persiguiendo a un fantasma, pero supongo que, si es verdad que se fue a hacer las américas, se olvidaría de mí. Por eso me llama tanto la atención que ahora reaparezca en Valladolid. Algo de lo que usted ha hecho le ha debido de alertar.

—¿Eso cree?

—Usted pisó una rama seca, señor Urbano, y el lobo lo ha oído —me reprochó.

Su deducción tenía lógica y también explicaría el acoso a Isabel en París. Por una parte, que yo agitase las aguas y descubriera nuevos indicios pudo reactivar su interés, o el de Mohamed VI, quién sabe, por el manuscrito de la abdicación; incluso el propio Akram al-Husayni podría haberse ido de la lengua, al fin y al cabo no se movían en círculos muy distantes; y, por otro lado, si era cierto que El-Mansouri andaba pavoneándose a la sombra de la estatua de la Libertad o del monumento a Lincoln, las cosas iban a cambiar mucho para él si transcendía que dirigió con mano de hierro, tal y como nos contaron Soukaïna y Malika Ufkir, un campo de concentración secreto de Hassan II. Los movimientos por los derechos civiles, sin duda, se le echarían encima. Y en Washington le habrían puesto una cruz.

Así que, aparentemente, todo acabaría bien, cada uno tendría lo que quería y el único que estaba obligado a perder algo, Ludwig Bauer, lo hacía con una gran ganancia que, además, le reportaría un pacto comercial ventajoso gracias a la alianza con sus nuevos socios. Y, en cuanto a mí, en el mismo instante en que le pusiera el punto final a esta aventura, me dedicaría a dos proyectos fundamentales: escribir mi novela y preparar mi boda con Isabel Escandón, la mujer de mi vida. Sin embargo, había algo en mí que no creía que las cosas fuesen lo que parecían, notaba dar vueltas en mi mente la duda, la sospecha, ese «mortal veneno / que en vaso de cristal quita la vida».

Pensaba, y no por casualidad, en ese poema, leído esa misma tarde en las *Obras en verso del Homero español* que me había regalado Gustavo Santos

Freal, cuando le oímos dar efusivamente la bienvenida al recién llegado Akram al-Husayni.

—Querido amigo, qué satisfacción recibirte una vez más en nuestra casa. Déjame que te presente al señor Diego Raúl González —dijo, volviéndose hacia él, que, según me contó luego, cuando reconstruimos la escena, bajaba en esos momentos la escalera del recibidor junto a Isabel y Virginia, que les había estado mostrando una terraza de la segunda planta convertida en invernadero. Ludwig Bauer y yo estábamos en el salón.

—Sé que dirige usted una gran farmacéutica —respondió, con jovialidad, el recién llegado—. Una labor extraordinaria, la de hacer medicamentos que curan enfermedades y alivian dolores. Es para mí un honor conocerlo.

—Igualmente, un placer.

—Bueno, bueno, sigamos con las formalidades, cuanto antes nos las quitemos de encima, mejor. A la señorita Escandón y a mi esposa ya las conoces, lo mismo que a nuestro ilustre Juan Urbano, y ahora llega el momento de saludar a un nuevo amigo, *herr* Ludwig Bauer —oímos decir a Santos Freal al tiempo que el grupo se acercaba. Nos levantamos, unos y otros expectantes y los dos marroquíes con las manos tendidas para el saludo. Pero entonces se miraron a la cara, soltaron un grito de sorpresa y parecieron quedarse congelados.

—¡No puede ser! —exclamó Bauer, lívido, dando un paso atrás.

—¡Tú! —gritó Al-Husayni, avanzando hacia él con los puños apretados y el rostro enrojecido por la ira.

Mientras retrocedía, el primero le arrojó a la cara el té que llevaba en la mano y el otro lanzó un puñetazo que alcanzó a su rival en la mandíbula y lo hizo trastabillar, pero no caer.

—¿Se... se... conocían? —balbuceó Virginia.

Hubo una barahúnda de voces, carreras, sillas volcadas, un estrépito de cristal que se rompía cuando Ludwig Bauer dejó caer su vaso vacío. Akram al-Husayni miró a su alrededor, buscando un arma. Seguí su mirada hacia los cuchillos de la mesa dispuesta para la cena y, cuando vi que se dirigía hacia ellos, me interpose; se me echó encima, ciego de rabia, e intentó golpearme, pero eso no es sencillo cuando se trata de mí: soy cinturón negro de *krav magá*. Paré su golpe con el antebrazo, hice un movimiento de bloqueo y contraataque, le di la vuelta y lo inmovilicé con una llave paralizadora. Diego Raúl y Santos Freal nos contemplaban atónitos, mientras Isabel y Virginia se llevaban de allí al presidente de Wüstendünger Phosphate, cuyo labio sangraba. Al observar los ojos desorbitados por el pánico con los que aún

miraba a su atacante, recordé cómo termina el poema de Góngora: «Verdugo eterno, / vuélvete al lugar triste donde estabas, / o al reino, si allá cabes, del espanto; / mas no cabrás allá, que pues ha tanto / que comes de ti mismo y no te acabas, / mayor debes de ser que el mismo infierno».

Le pregunté a mi presa, que ya había desistido de forcejear, bloqueado por mis brazos, que estaban enredados en los suyos e inmovilizaban su cuello igual que una serpiente pitón enroscada en las ramas de un baobab, si podía confiar en que se tranquilizaría y no haría más disparates cuando le soltara, y él asintió, sin aliento. Los dos vigilantes jurados que nos habían abierto la verja de entrada aparecieron en escena, seguramente avisados por Virginia. Sus pistolas y sus cinturones llenos de balas imponían respeto. Les hice una seña para que no interviniesen. Miraron a su jefe y este confirmó mi orden.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? —dijo Gustavo Santos Freal, en un tono que habría servido igual para dar una orden que para hacer una súplica.

—Puedo hacerlo yo —dije, triunfante— y puede hacerlo usted mismo, señor Akram al-Husayni. ¿O prefiere que lo llame por su verdadero nombre, coronel Nassim el-Mansouri?

Capítulo veintidós

—¿Cómo sabías quién era? ¿Cuándo te diste cuenta? ¡Y por qué no me lo habías contado!

Mientras me lo decía entre dientes, Isabel me dio un codazo en el hígado. Pero era broma, se sentía más admirada que enojada. Akram al-Husayni o Nassim el-Mansouri me había hecho la misma pregunta. Estaba sentado, reponiéndose del forcejeo, bebiendo un té verde que le acababan de servir.

—Tiene razón su prometida, explíquenoslo —dijo, intentando recuperar la templanza.

—Son muchas cosas, pequeñas por separado pero elocuentes cuando las relacionas unas con otras. Por ejemplo, sobreactuó al enviar a alguien a Valladolid, a casa de la sobrina de Ascensión Díaz Folgueras, para hacerse pasar por usted. Era algo inexplicable, absurdo. ¿Qué sentido podía tener la reaparición de aquel fantasma, a esas alturas, excepto el de demostrar que El-Mansouri y Al-Husayni no podían ser la misma persona dado que el segundo, ese mismo día, había invitado al profesor José Antonio Alarcón a visitarlo en su casa del Rincón del Medik? Él me llamó para contármelo, como era lógico. ¿No suponía demasiada casualidad? ¿No parecía más una coartada que una coincidencia? En ese asunto, además, fue reincidente: al principio de nuestra investigación ya nos hizo pensar que el misterioso cadete estuvo en casa de la familia de la enfermera, inmediatamente después del asalto a Sjirat, y no era cierto. Demasiadas pistas falsas, que me hicieron preguntarme si no irían encaminadas a confundirnos.

»También me escamaba, cada día más, la desaparición total de ese tercer soldado. ¿Acaso se había desintegrado, igual que un muñeco de nieve? Se lo repetí en casi todas nuestras conversaciones: qué inexplicable resultaba que se hubiese evaporado, según parecía sin haber vuelto a salir de Marruecos, y que sus hombres no obtuvieran ni rastro de él cuando habían seguido con tanta facilidad el de Fahim Jamal; o que sus influencias no le sirviesen de nada a alguien con el poder que demostró al conseguir en un quítame allá esas pajas

que se exhumaran los restos mortales de Fernando Santafé en Nador, junto al río Kert, y se repatriasen a España. Y, desde luego, me resultaba cada vez más extraño su desinterés por él, mientras que era tan grande la insistencia que mostraba, hasta ayer mismo, por descubrir el paradero de Haidar Rachidi. Si no necesita averiguar dónde está es porque ya lo sabe, pensé, aunque al principio no fui más allá.

»Los sucesos de París fueron, igualmente, obra suya. Quiso amedrentar a Isabel y hacer lo imposible para que no estableciese ninguna relación con las hijas de Ufkir y estas no le revelaran que usted había dirigido en el pasado la prisión clandestina de Tazmamart, y supongo que pagó a un par de delincuentes comunes para que le robasen el bolso. Espero que golpearla desde su motocicleta no formase parte del plan y fuera una iniciativa personal de los maleantes. En todo caso, aquella parodia del espionaje, el pretender hacernos creer que aún quedaban agentes de Rabat en Francia rondando a Soukaïna y Malika, me hizo preguntarme cuáles eran las auténticas razones de esa pantomima y quién podía estar al tanto de aquel viaje. Y sólo había tres personas en esa lista, aparte de mí: se lo había contado a Diego Raúl González, al profesor Alarcón y a usted.

»Supongo que Marruecos es un buen país a la hora de ocultarse o cambiar de personalidad, dada la tendencia a enmascarar las cosas de un régimen que tiene mucho que esconder, comenzando por los negocios de la Casa Real, que le atañen de forma tan directa. Usted había estado mucho tiempo desaparecido, primero por razones de seguridad, tras lo que hizo, o más bien no hizo, en Sjjirat, e incluso llegó a hospedarse en el palacio de Dar al-Majzén. Después se perdió en el desierto casi veinte años, el tiempo que estuvo al mando en Tazmamart, y ser parte de un lugar que, oficialmente, no existía, terminó por convertirle en un espectro. Así no le resultó muy complicado transformarse en Akram al-Husayni, sobre todo si contaba con la ayuda de los dos reyes a quienes ha servido, Hassan II y Mohamed VI: una palabra suya y en tres minutos se cambia lo que se tenga que cambiar en cualquier pasaporte. A ellos también les venía de perlas fabricar un hombre nuevo, con el expediente en blanco y una biografía hecha a medida, que se ocupara de algo tan lucrativo y delicado como la exportación de arena del Sáhara.

»Pero por la boca muere el pez, quien cuenta mentiras comete errores y así lo hizo la persona que mandó a Valladolid con la misión de suplantarle, al darle a la sobrina de Ascensión Díaz Folgueras, seguramente para ponerle un señuelo de credibilidad al embuste, un dato que tenía una base real: sus trapicheos en Estados Unidos. He hecho una búsqueda intensiva, que no ha

sido excesivamente complicada porque en una democracia los registros mercantiles son públicos y la prensa económica informa de los movimientos comerciales, y el resultado fue que su antiguo nombre no aparecía por ninguna parte, pero el nuevo sí. La única variación que hizo su emisario, bendita inocencia, fue que usted no opera en la costa este, sino en la oeste, concretamente en Seattle y San Diego, donde vende su arena a corporaciones tecnológicas que obtienen de ella los minerales que se necesitan para fabricar los microchips que llevan los ordenadores y los teléfonos móviles. Cada vez parecía más notorio que donde acababa El-Mansouri empezaba Al-Husayni.

»Para ir terminando, sé que la otra mitad de lo que me ha dicho es cierto, que necesitaba la abdicación de Hassan II para que Mohamed VI quedase en deuda con quien le ayudaba a evitar que el nombre de su padre y su leyenda resultaran manchados por su cobardía de escribir, rubricar y sellar aquel documento ignominioso: con él destruido, las fantasías acerca de la *baraka* del Comendador de los Creyentes, su serenidad ante el peligro y su poder de sugestión quedaban a salvo para toda la eternidad: su gesta se contaría por los siglos de los siglos. Y también son verdad las habladurías que deslizaban que alguien en la Corte le había contado al rey que le estaba estafando. Cuando tuvo conocimiento de ellas, supo que necesitaba desesperadamente un golpe de efecto con el que recuperar su confianza, porque, de lo contrario, su carrera de empresario estaría acabada: adiós a su mansión, su yate y su ejército de secretarios, si insiste en calificarlos de ese modo. Ya se sabe que en Marruecos existen arriba, abajo y nada en medio, de manera que quien cae en desgracia no se vuelve a levantar. Así que recuperó su antigua obsesión por el papel que podía salvarlo y que sabía que estaba en poder de su amigo de la infancia y compañero en la academia militar de Ahermumu, Haidar Rachidi, dado que él mismo lo hizo saber, para usarlo de escudo. Pero el caso es que, cuando fue a reanudar su cacería, él también se había desvanecido. Justo entonces aparecí yo por Ceuta, invitado por el profesor Alarcón a presentar un libro en la biblioteca pública, me vio en los periódicos y tuvo la ocurrencia de contratar mis servicios.

—Si me lo permite —intervino Santos Freal, provocando que todos nos girásemos hacia él—, estoy en condiciones de hacerle una pequeña aportación: fui yo.

—¿El que hizo qué?

—Filtrar en Rabat el rumor fundado de que nuestro querido socio, aquí presente, nos estaba robando, al *mazjén* y a mí. ¿Qué te creías, querido

Akram, Nassim o como demonios te llames, que no íbamos a darnos cuenta? Pero, hombre de Dios, ¿por quiénes nos tomas?

El colérico El-Mansouri o Al-Husayni volvió a entrar en ebullición, se puso tan tenso que se podría haber tocado el contrabajo con las venas de su cuello. Muy posiblemente se hubiera levantado a agredir a Santos Freal de no estar allí los dos vigilantes armados. Pero el caso es que estaban, tenían la clase de rostros pendencieros de la gente que se pasa las veinticuatro horas del día con ganas de gresca, para justificar su sueldo, y se les notaban a kilómetros las ganas de contar en una taberna cómo le habían «soltado un par de hostias bien dadas a aquel moro arrogante». El fracaso se puede sufrir a solas, pero todo éxito necesita un público.

—Muy bien, señor Urbano —dijo Al-Husayni, al que de pronto parecía habersele venido el mundo encima—, y ahora ¿qué es lo que piensan que van a hacer conmigo? ¿Llamar a la policía? No tienen nada contra mí, ningún delito del que acusarme. Tengo abogados que me sacarían de cualquier problema en diez minutos. Y le recuerdo que trabaja para mí y ha firmado un contrato que incluye una cláusula de confidencialidad.

—Se dice que mató a Fahim Jamal.

—No me haga reír. En cualquier caso, hace cincuenta años de eso. El crimen, lo cometiera quien lo cometiese, ha prescrito.

—Podemos hacerle llegar a Mohamed VI noticias que serían muy perjudiciales para usted.

—Ya lo creo que sí —metió baza Santos Freal, encantado de hacerme de doctor Watson—: una auditoría de nuestras cuentas, en lo referido a las actividades que desempeñamos en el Sáhara, me parece que no te dejaría en muy buen lugar... De hecho, estoy madurando la idea de sustituirte en mis afectos y en mis negocios por *herr* Bauer, que me ha causado una gran impresión y de cuya integridad tengo las mejores referencias.

—Sí —dijo Isabel—, y si, como fin de fiesta lo desenmascaramos en Washington, su imagen sufrirá tal desprestigio que dudo que lo vuelvan a recibir en ningún foro influyente. ¿Un antiguo torturador a cargo de un campo de exterminio moviéndose a sus anchas por «el país de la libertad», como ellos se llaman a sí mismos? ¿Un súbdito que sisaba a su rey? Mala cosa.

Los ojos de Al-Husayni echaban chispas, se notaba que la soberbia y la furia hervían en su interior; pero era un hombre inteligente, sabía que había perdido y que le quedaba una sola carta: intentar salvar los muebles.

—¿Me están amenazando o proponiéndome un trato? ¿Qué quieren? —preguntó, para cerciorarse.

—Le ofrezco repetir el modelo, que haga lo mismo que hizo Hassan II en 1971: firme una renuncia.

—¡Está loco!

—En absoluto. Será un documento privado en el que acepta que engañó al rey con los cargamentos de arena y se compromete a no perseguir a Ludwig Bauer. Si le ocurre algo, la diana estará pintada sobre usted. También revocará lo que firmamos en su momento. A cambio, le devolveré el dinero que nos ha adelantado y suscribiré no citar ninguno de sus dos nombres: Nassim el-Mansouri y Akram al-Husayni no aparecerán ni en mi novela ni en ninguna otra publicación. Ese papel jamás verá la luz si los dos cumplimos con los términos estipulados en él.

—No puede hacer eso. Se está tirando un farol.

—Lo acepta o mañana escribo un artículo contando su verdadera historia y reproduciendo una foto del manuscrito de la abdicación. Será una bomba, una noticia como esa correrá por Marruecos como una llama por un reguero de pólvora. Y me parece que la furia de Mohamed VI contra usted no tendría límites.

—¡Yo le salvé la vida a su padre! ¡Yo! ¡Jamás moverá un dedo contra mí!

—¿Está completamente seguro? ¿No se acuerda de Hassan II pegándole un tiro de gracia al general Ufkir? ¿Se ha olvidado de otros colaboradores suyos, muy estrechos, que murieron en raros accidentes de coche al salir de una reunión con él? Pues ya sabe: de casta le viene al galgo. Rabat tampoco paga a traidores.

—Se lo repito, su majestad nunca me haría nada.

—Eso como mínimo: no hará nada, ni en su contra ni a su favor, y sin su aval usted no es nadie, acabará proscrito y en la más absoluta ruina, será olvidado, todo el mundo le dará la espalda, oirá murmuraciones a su paso, regresará al valle del Drâa con los bolsillos tan vacíos como cuando salió de allí —dramaticé. Se puso pálido, estaba, de repente, encogido, casi parecía un ser indefenso. Era la viva imagen de la derrota.

—¿Qué pasará con la abdicación? —diría, media hora más tarde, nada más rubricar su confesión.

—Le repito lo mismo que le dije antes: nada. Lo mejor es que no pase nada.

Y así es: todo sigue igual. La abdicación de Hassan II continúa en el mismo lugar en el que ha estado desde que salió de Granada, dentro del Corán que

Haidar Rachidi dejó escondido en el bazar de sus tíos Samir y Naouar y que luego depositó en casa de María de los Ángeles y Esperanza Labajos, en un cajón del cuarto de su asistente Zainab, que es sobrina lejana suya y a la que encomendó su cuidado y el de las dos mujeres. Lo vi allí con mis propios ojos al día siguiente, cuando Ludwig Bauer, Isabel y yo fuimos juntos a la visita que tenía concertada. La anciana lo quería mucho, saltaba a la vista, él las había cuidado, a ella y a Esperanza, lo mismo que ambas lo habían amparado y dado cobijo en su momento, las semanas previas a su visita a Granada, porque así se lo había pedido su hermana Juanita. A cambio de guardar su tesoro, si es que tenían conocimiento de él, no les había faltado de nada: el mantenimiento de la casa, el pago de los gastos de toda naturaleza y el todoterreno de matrículas amarillas, entre otras cosas, corrían por cuenta de su benefactor, que justificaba su generosidad en la deuda que tenía con la enfermera de la Salus, quien, según les dijo, había atendido y salvado a sus padres enfermos cuando él se lo rogó, visitándolos con medicinas y alimentos en la comuna rural de Mers El Kheir.

Me tembló un poco el pulso cuando tuve en las manos el codiciado papel: mucha gente había estado dispuesta a matar y morir por él durante tanto tiempo. No leo árabe, pero no lo necesitaba para saber lo que ponía ni dudar de su autenticidad, dado que allí estaba el sello real, estampado en rojo tras ser humedecido, a falta de tinta, en las heridas de uno de los soldados caídos durante el asalto al palacio de Sjjrat. Una demostración de que la Historia, por desgracia, siempre se escribe con sangre.

Nada más salir de allí, dejando a María de los Ángeles y a Zainab en su mundo lleno de secretos y tulipanes rojos, nos fuimos los tres al aeropuerto de Barajas. En la radio del taxi las noticias hablaban de una carta del presidente del Gobierno de España a Mohamed VI en la que le ofrecía reconocer el Sáhara Occidental como una autonomía, aunque dentro del reino de Marruecos. Era la postura que siempre había defendido Rabat y fue tan bien recibida allí que de inmediato volvió a Madrid la embajadora Karima Benyaich, la hija del médico que en 1971 se inmoló en el palacio de Sjjrat para intentar confundir a los cadetes haciéndose pasar por Hassan II.

Nos despedimos de Ludwig Bauer al llegar a nuestro destino: él regresaba a Alemania e Isabel y yo volábamos a Málaga y de allí, en helicóptero, a Ceuta. Habíamos quedado en el mismo restaurante de la última vez con el profesor José Antonio Alarcón. Al día siguiente, iniciaríamos nuestra expedición, tantas veces soñada, a los campamentos de refugiados de Tinduf.

—No te vas a creer lo que tengo que contarte —le había adelantado a nuestro amigo por teléfono. Y esa noche, en la playa de la Ribera, a orillas del mar Mediterráneo, le repetí, punto por punto, la historia que acababan de leer. Aparte, por supuesto, de invitarlo a mi boda con Isabel Escandón, que formará parte de nuestra próxima aventura. Cuídense mucho. Nos vemos en mi siguiente libro.

*... ahuyenta a los banqueros, Señor,
haz que la espada
que blande el arrogante no recuerde a una cruz;
ordena que no crezca dinero del dinero;
pon una calavera en la mesa del rey.*

JULIAN TUWIM

Gratitud y bibliografía

Esta novela no existiría si no hubiese ido a Ceuta a presentar mi anterior libro de la serie de Juan Urbano, *Todo lo carga el diablo*, y en la cena que siguió al acto no me hubiera contado mi anfitrión, el profesor José Antonio Alarcón, que además estaba a cargo de la biblioteca pública de la ciudad, la historia de los tres soldados de Sjirat. «Me acabas de regalar el principio de mi próxima novela», le dije, y la empecé a escribir esa misma noche en mi habitación del hotel Puerta de África. Desde ese momento, le he pedido ayuda en muchas ocasiones, me ha orientado en las lecturas que me ayudarían a documentarme, me ha enviado las que no pude localizar y ha sido un guía excepcionalmente generoso. A él está también dedicada *Los dos reyes*.

Libros

- Nuestro amigo el rey*. Gilles Perrault. Plaza & Janés, Barcelona, 1991.
- Marruecos y Hassan II. Un testimonio*. Abdallah Laroui. Siglo XXI, Madrid, 2007.
- La incógnita Ufkir*. Claude Clément. Dopesa, Barcelona, 1974.
- El escándalo del millón de Larache*. Rafael López Rienda. Ediciones del Viento, A Coruña, 2021.
- El Sáhara Occidental, la titularidad de sus recursos naturales*. María Sánchez González. Universidad Internacional de Andalucía, 2011.
- D.^a María de Madariaga y Alonso (1905-2001). Fundadora de Salus Infirmorum*. Francisco Glicerio Conde Mora. Cádiz, 2008.
- Ildefonso Fierro. La aventura de un emprendedor*. Elena San Román. Almuzara. Sevilla, 2011.
- Diario de un príncipe desterrado*. Mulay Hicham el Alauí. Ediciones Península. Barcelona, 2015.
- La prisionera*. Malika Oufkir y Michèle Fitoussi. RBA. Barcelona, 1999.

- La vida ante mí*. Soukaïna Oufkir. Círculo de Lectores. Barcelona, 2009.
- Yo, bufón del rey*. Mahi Binebine. Alfaguara. Madrid, 2018.
- Vicisitudes de un viejo tetuaní*. Luis Llodra Isacco. Innovación y cualificación. Antequera, Málaga, 2006.

Artículos

- Rosa Pardo Sanz. «Una relación envenenada: España y Marruecos 1956-1969», en *La España del presente: de la dictadura a la democracia*, coordinado por A. Mateos y A. Herrerín. Asociación de Historiadores del Presente. Madrid, 2006.
- Concepción Mata Pérez: «La Escuela de Enfermeras de Salus Infirorum en el Hospital Español de Tánger», en *Cuadernos de Investigación de Fondos del Archivo UCA*. Cádiz, 2021.
- Javier Castro-Villacañas: «Juanita y Ascensión, las niñeras españolas que salvaron de la muerte al rey Mohamed VI». *El Español*, 4 de agosto de 2019.
- Elena San Román y Águeda Gil: «Negocios y capital social. El caso Fierro», en el X Congreso Internacional de la AEHE. Universidad Pablo de Olavide de Carmona. Sevilla, 2011.
- Laura Feliu Martínez: «Las Políticas de promoción de los Derechos Humanos de Estados Unidos y Francia. El caso de los golpes de Estado en Marruecos». *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*. Universidad Autónoma de Madrid, 2013.